



LOS INTERCESORES DEL OPUS DEI

ENRIQUE MUÑIZ (ED.)

© *Istituto Storico San Josemaría Escrivá*, 2020

© *Fundación Studium*, 2020

El texto del presente libro, traducido y actualizado, procede de la revista *Studia et Documenta* 8 (2014), pp. 7-145.

Queda prohibida toda divulgación pública, total o parcial, sin autorización expresa de los titulares del copyright.

ISBN: 978-84-09-21840-0

Enrique Muñiz (Ed.)

Portada: Jesús Gil Sáenz.

Además de la colaboración de los autores para la actualización de cada uno de los trabajos que componen este libro, agradecemos la ayuda de Bienvenido Barelli, Javier Aranguren, José Luis González Gullón, Jorge Oliveira, Luis Ramoneda, Eduardo Ares y el Patronato de Torreciudad, que ha cedido las fotografías de las imágenes de los intercesores del retablo del santuario de Torreciudad que figuran en la portada.

**LOS
INTERCESORES
DEL OPUS DEI**

Enrique Muñiz (ED.)

ÍNDICE:

[Presentación](#)

[San Nicolás de Bari](#)

[San Juan María Vianney, santo cura de Ars](#)

[San Pío X](#)

[Santo Tomás Moro](#)

[Santa Catalina de Siena](#)

Presentación

En la edición de 1990 del documento *De spiritu et de piis servandis consuetudinibus*, en el que se sintetizan los rasgos fundamentales del espíritu y costumbres del Opus Dei, se hace la siguiente referencia a los santos intercesores: «De acuerdo con la continua tradición de la Iglesia de acudir a la intercesión de los santos, los fieles del Opus Dei y los socios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz encomiendan: a la intercesión de san Pío X, las relaciones de nuestra Obra con la Santa Sede; a la intercesión de san Juan Bautista María Vianney, las relaciones con los Revmos. Ordinarios de los lugares; a la intercesión de santo Tomás Moro, todo lo referente a las relaciones con las autoridades no eclesiásticas, cualesquiera que sean; a la intercesión de san Nicolás de Bari, todo lo relativo a los medios económicos necesarios para ejercer el apostolado de nuestra Prelatura; y finalmente, a la intercesión de santa Catalina de Siena, que amó con obras y de verdad a la Iglesia de Dios y al romano pontífice, el apostolado para la recta formación de la opinión pública, que los fieles del Opus Dei quieren ejercer en todo el mundo, con verdad y caridad»¹.

En los dos números siguientes de ese mismo documento se añade que, en la fiesta de san Juan Bautista María Vianney, cada uno procurará intensificar su petición por la santidad de los sacerdotes (cfr. n. 104) y que en la sede de todos los centros ha de colocarse una imagen de san Nicolás de Bari (cfr. n. 105).

En estos párrafos se contiene, junto al nombre de los intercesores y sus respectivos ámbitos de intercesión, el modo en que esta debe ser solicitada por parte de los miembros del Opus Dei: primeramente, la oración personal —«encomiendan»— dice el documento, a la que habría que añadir la dimensión litúrgica, con la celebración de la memoria de esos santos. Y finalmente, dos elementos peculiares, que se refieren solo a dos de ellos, la imagen de san Nicolás, y la especial oración por los sacerdotes en la fiesta del cura de Ars.

Tras la lectura de estos textos, cabría formularse algunas preguntas. ¿De qué modo se llegó a la aparición de la figura del «intercesor» en el Opus Dei? ¿Cómo y cuándo se eligió a cada uno de esos santos, que en su

conjunto forman un grupo ciertamente heterogéneo? ¿Por qué el fundador nombró intercesores del Opus Dei a un papa italiano, que vivió a caballo entre los ss. XIX y XX; a un sacerdote secular francés del s. XIX; a un político inglés, padre de familia y conocida figura pública en la Inglaterra del s. XVI; a un obispo del Asia Menor que vivió entre los siglos III y IV; y, finalmente, a una mujer, terciaria dominica italiana, del s. XIV? Los cinco artículos del monográfico que ahora se introduce responden con detalle a estas preguntas.

Este libro se caracteriza, en primer lugar, por la diversidad de especialidades y de nacionalidades de los autores que han colaborado. Tres son profesores en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz de Roma: Johannes Grohe, profesor de Historia de la Iglesia en la Edad Media y especialista en Historia de los Concilios —dirige la revista *Annuarium Historiae Conciliorum*—, se ha ocupado de la figura de Catalina de Siena. Laurent Touze, profesor de Historia de la Espiritualidad y director del Departamento de Teología Espiritual de la Facultad de Teología, ha escrito sobre su compatriota Juan Bautista María Vianney; Miguel de Salis, profesor de Eclesiología de la misma Facultad y consultor de la Congregación para las Causas de los Santos, aborda la figura de Pío X. Fuera de ese ámbito académico romano hay que situar a Andrew Hegarty, investigador en la Universidad de Oxford y director del *Thomas More Institute* (Londres), que escribe sobre el santo y político inglés; y, finalmente, a José Miguel Pero-Sanz, durante cuatro décadas director de la revista *Palabra* y autor de un libro sobre san Nicolás de Bari, que aborda la figura del obispo de Myra.

La diversidad de autores, así como la multiplicidad de enfoques y de extensión, que se aprecian entre las cinco colaboraciones, no es un obstáculo para que se ofrezca una visión de conjunto sobre el tema, a la par que una historia singular de cada una de las figuras.

Los autores han demostrado su competencia en una tarea que ha resultado más complicada de lo que se imaginó cuando, desde el comité editorial de la revista *Studia et Documenta*, se puso en marcha este proyecto. Es obligado, por tanto, un agradecimiento sincero a cada uno de ellos por el esfuerzo realizado, así como una felicitación por los resultados obtenidos.

La documentación referente a los intercesores no forma una unidad en el Archivo General de la Prelatura. Para llevar a cabo estos estudios, ha sido necesario rastrear en un volumen variado, amplio y disperso de fuentes: en primer lugar, los escritos de san Josemaría, personales y de gobierno; sus intervenciones orales, registradas o recogidas por testigos; también han sido de utilidad los diarios de algunos centros del Opus Dei en Roma. Igualmente determinante se ha demostrado la documentación conservada sobre la construcción de los oratorios de la sede central del Opus Dei, así como la información sobre la obtención de reliquias. En este contexto, es también obligado un agradecimiento a Francesc Castells y sus colaboradores del AGP, así como a Jesús Gil, que ha llevado a cabo una investigación encaminada a reconstruir la biblioteca de trabajo de san Josemaría, y que ha sido también de utilidad para estos estudios.

En el conjunto de estas cinco colaboraciones se explica que la elección de los intercesores por parte del fundador del Opus Dei, tuvo lugar en un periodo que va desde el 6 de diciembre de 1934, cuando fue nombrado el primero de ellos, san Nicolás de Bari, hasta el 13 de mayo de 1964, fecha del nombramiento del último de ellos, en este caso intercesora, santa Catalina de Siena. La elección de los otros tres tuvo lugar entre 1952 y 1954. Ya en agosto de 1951 —aunque no se pueda considerar aún un nombramiento formal—, el fundador invitaba a poner al cura de Ars por intercesor en lo referente a las relaciones con los obispos; el 27 de febrero de 1953, san Josemaría decía; «hace pocos días, encomendé a san Pío X las relaciones con la Santa Sede»; y parece que hay que situar durante el verano de 1954 la decisión de san Josemaría de contar con santo Tomás Moro como intercesor para las relaciones con las autoridades civiles.

En los documentos oficiales del Opus Dei, hasta el año 1951 inclusive, no se ha encontrado referencia alguna a esas figuras. Los datos aportados en estos trabajos parecen indicar que fue con ocasión de la elección del cura de Ars, de Pío X y de Tomás Moro, entre 1952 y 1954, cuando san Josemaría decidió formalizar su presencia como grupo de intercesores en el Opus Dei. Recordemos que el nombramiento de santa Catalina fue posterior.

Las siguientes páginas ponen de relieve que, a lo largo de lo que podríamos denominar el periodo de «nombramiento de los intercesores» —1934-1964

—, se produjo además una progresiva decantación en la terminología. Durante los años treinta, san Josemaría, refiriéndose a san Nicolás de Bari, utilizó indistintamente los términos de «patrono» e «intercesor». Durante los años cincuenta, coincidiendo con la incorporación de tres nuevos intercesores y con la institucionalización de la figura, se les denominó «patronos menores». Finalmente, en los años sesenta, se llegó al nombre definitivo de «intercesores». Este cambio terminológico estuvo ligado a la clarificación del significado de la figura del intercesor en el Opus Dei, que, como también queda documentado en las páginas siguientes, el fundador expresó en los siguientes términos, en una nota de gobierno de 1962: «Los patronos de la Obra no son propiamente modelos para nosotros, para nuestra vocación específica; sino intercesores, protectores de nuestra Obra».

Como ya se ha podido atisbar en estas pinceladas que acabamos de ofrecer, la historia de la elección de los intercesores en el Opus Dei fue un camino largo, que abarcó tres décadas. Los trabajos que ahora siguen, ponen además de relieve de qué modo ese proceso estuvo ligado a circunstancias precisas de la biografía de Escrivá y del desarrollo de la Obra.

Pero-Sanz hace ver que la relación de san Josemaría con san Nicolás de Bari (Patara, 255 – Myra, 335) es antigua. Con anterioridad al nombramiento como intercesor, que llevó a cabo el 6 de diciembre de 1934, consta que ya había acudido, en diversas ocasiones, a rezar a la madrileña iglesia de El Salvador y San Nicolás, para «darle un sablazo». San Josemaría acudía para encomendar a san Nicolás los apuros económicos familiares que se habían agudizado desde que, en 1931, dejara el Patronato de Enfermos. Pocos años después, y en el contexto de las dificultades económicas surgidas en torno a la puesta en marcha de la Academia-Residencia DYA, el fundador le nombraría intercesor y, en ese mismo momento, estableció que, en todos los centros del Opus Dei, se colocara una imagen del santo.

Los títulos que el obispo de Myra presentaba a los ojos de Josemaría Escrivá para acudir a su intercesión coincidían con los de la imagen del santo en la tradición popular católica. Apoyándose en la secular fama que tenía de abogado para las causas difíciles, especialmente en ámbito material, san Josemaría lo consideraba «el santo de las dificultades

económicas y el santo de casar a las incasables». En esos primeros años, Escrivá se refería a san Nicolás de Bari con títulos diversos: «administrador», «patrono», «abogado» e «intercesor».

En 1954, en el contexto de las dificultades económicas surgidas con ocasión de la puesta en marcha de la sede central del Opus Dei en Roma, tuvo lugar la primera peregrinación de san Josemaría a la tumba del santo obispo en la capital de la Apulia. En ese mismo año, al hacerse cargo la constructora Castelli de la gestión de las obras, se produjo una mejora de las circunstancias en las que se desarrollaron esos trabajos. También en 1954 quedó terminado el oratorio dedicado a san Nicolás en esos edificios.

Hay que situarse igualmente en la primera mitad de los años cincuenta para ubicar la elección de los siguientes tres intercesores. Las circunstancias de san Josemaría, así como la realidad del Opus Dei, eran bastante diversas de las que habían rodeado, en los años treinta, el nombramiento de san Nicolás de Bari. Por eso, aunque son datos conocidos, quizá conviene enumerar algunos de ellos para evocar el ámbito en el que tuvieron lugar esos nombramientos.

San Josemaría se había trasladado a Roma en 1946. En 1947, el Opus Dei recibió el *Decretum laudis*, que le constituía en institución de derecho pontificio. Ese mismo año comenzó la construcción de la sede central del Opus Dei en Roma. Y al año siguiente, 1948, tuvo lugar la erección de Colegio Romano de la Santa Cruz, un instrumento de formación en Roma para los miembros del Opus Dei. También desde 1948 pudieron vincularse a la Obra personas casadas. En 1950 llegaba la aprobación definitiva como instituto secular por parte de la Santa Sede y ese mismo año se producía la primera incorporación de sacerdotes diocesanos a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. En esas circunstancias, san Josemaría consagró el Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María, el 15 de agosto de 1951, y al Sagrado Corazón de Jesús, el 26 de octubre de 1952. Mientras tanto, se producía una vasta expansión del Opus Dei: Portugal (1945), Inglaterra (1946), Francia e Irlanda (1947), Alemania (1952), Suiza (1956), México y Estados Unidos (1949), Argentina y Chile (1950), Colombia y Venezuela (1951), Guatemala y Perú (1953), Ecuador (1954) y Uruguay (1956). También desde 1956, los órganos del gobierno central del Opus Dei, tanto de hombres como de

mujeres, estaban ya instalados en Roma. La institución había celebrado su vigésimo quinto aniversario apenas tres años antes.

En este marco de crecimiento numérico e institucional, de *romanización*² y de internacionalización del Opus Dei, san Josemaría escogió al cura de Ars, a Pío X y a Tomás Moro como intercesores. Como ilustran los trabajos que siguen, san Josemaría quiso, precisamente en esos años, que ninguno de los intercesores fuera de nacionalidad española. De ahí que —según Touze—, cuando se trató de elegir un intercesor para las relaciones con los obispos, Escrivá de Balaguer rechazara la idea de acudir a san Juan de Ávila, sacerdote secular e insigne figura del clero español —que poco después sería nombrado patrono del clero secular de ese país—, para elegir en su lugar a Juan María Bautista Vianney (Dardilly, 1786 – Ars, 1859). Ciertamente, se trataba de una cuestión importante, que ponía en el centro la colaboración del Opus Dei con las iglesias locales.

Fue el 9 de agosto de 1951 cuando san Josemaría decidió nombrar a Juan María Bautista Vianney como intercesor para las relaciones con los obispos, como él mismo venía haciendo, a nivel personal, desde los años treinta. En su artículo, Laurent Touze ofrece un interesante recorrido a lo largo de esa *amistad*, que había tenido sus orígenes en los años veinte.

Juan María Bautista Vianney había sido canonizado por Pío XI el 31 de mayo de 1925, es decir, pocas semanas después de la ordenación sacerdotal del fundador del Opus Dei y de su primer encargo pastoral, como regente de un pequeño pueblo rural. En una época en que las canonizaciones no eran muy numerosas, difícilmente pasaría inadvertida para el recién ordenado la figura que Pío XI propuso como modelo a los sacerdotes diocesanos. En la biblioteca de san Josemaría se conserva una edición de 1927 de los sermones del párroco francés.

Es posible localizar referencias al cura de Ars en la predicación de san Josemaría durante los años treinta y cuarenta. Entre 1953 y 1960 — recordemos que el trabajo del Opus Dei en Francia había comenzado en 1947— se pueden contar diecinueve peregrinaciones de san Josemaría al pueblo de Ars. La estatua del santo francés, que el fundador tuvo sobre su mesa de trabajo desde su primer viaje, fue entregada a los arquitectos en 1957 para que les sirviera de inspiración a la hora de pensar en la imagen

que debería presidir el oratorio dedicado al santo, cuyo proyecto se había iniciado en 1952 y quedó terminado en 1958.

Si la figura del sacerdote secular francés nos ha llevado hasta los primeros meses del ministerio sacerdotal de san Josemaría, la figura de papa Sarto (Riese, 1835 – Roma, 1914), como se explica en el estudio de Miguel de Salis, nos hace ir aún más atrás en su biografía. Concretamente, nos sitúa en el año 1908, cuando Josemaría Escrivá, que contaba seis años, obtuvo un premio en el concurso organizado en su colegio, con ocasión de los cincuenta años de sacerdocio del papa Pío X, entonces reinante. No fue este, sin embargo, el principal recuerdo que san Josemaría conservaría de este papa, sino un hecho que tuvo lugar cuatro años después, en 1912. A lo largo de su vida, san Josemaría expresó su agradecimiento a Pío X por haberle posibilitado hacer su primera Comunión a la edad de diez años. Como es sabido, fue en 1910 cuando el pontífice publicó el decreto *Quam singulari*, con el que anticipaba la edad de la primera Comunión de los niños.

En la España de los años veinte y treinta, Pío X fue conocido como el *Pontífice de la Eucaristía*. Así lo denominaban los obispos españoles en la carta postulatoria que enviaron, en 1923, para pedir la apertura del proceso de canonización del papa Sarto.

Conectando nuevamente con la presencia de este papa en la biografía de Josemaría Escrivá, de Salis ofrece varias referencias a la figura de Pío X en la predicación del fundador en los años treinta y cuarenta. Igualmente, fue tema frecuente de su predicación el lema *Instaurare omnia in Christo*, que para san Josemaría tuvo unas particulares resonancias en relación con el modo de entender la misión del Opus Dei en el mundo.

Una peculiaridad que ofrece el papa Pío X respecto a los demás santos que nos ocupan es que fue nombrado intercesor antes de haber sido canonizado. De hecho, san Josemaría tuvo ocasión de vivir en Roma tanto su beatificación como su canonización, que llevó a cabo Pío XII en 1951 y 1954, respectivamente.

La fecha clave en relación a su nombramiento como intercesor de la Obra es la del 27 de febrero de 1953. Ese día, san Josemaría hacía público que

pocos días antes había encomendado a san Pío X las relaciones del Opus Dei con la Santa Sede.

El autor también nos dice que la devoción del fundador del Opus Dei a san Pío X se prolongó en los años posteriores, y desde 1960 el recurso a su intercesión adquirió unos tonos particulares, cuando el fundador empezó rezar y a pedir oraciones por su *intención especial*: el encuadramiento jurídico definitivo para el Opus Dei. Desde finales de los años sesenta, además, el recurso a san Pío X se enriqueció con un nuevo elemento cuando, en medio de la confusión doctrinal post-conciliar, san Josemaría vio en el papa Sarto un ejemplo de fortaleza y claridad en la transmisión de la fe, especialmente mediante la enseñanza del catecismo.

El último de los intercesores elegido en los años cincuenta fue santo Tomás Moro (Londres, 1478-1535), que había sido beatificado en 1886 por León XIII. Andrew Hergarty hace notar que, con anterioridad a los años cuarenta, no es posible documentar una conexión de san Josemaría con el Lord Canciller de Inglaterra, pero que algunos elementos contextuales llevan a suponer que, muy probablemente, conocía su figura.

Tomás Moro era conocido en la España de las primeras décadas del siglo XX, sobre todo desde 1935, cuando, coincidiendo con un periodo de complejas relaciones Iglesia-Estado, el político inglés fue canonizado. Igualmente era conocido entre los católicos de la Italia de la posguerra, a la que llegó san Josemaría en 1946.

En cualquier caso, a partir de los años cuarenta, las referencias a Tomás Moro aparecen abundantemente en la biografía de san Josemaría. Precisamente en 1946, había comenzado el trabajo apostólico del Opus Dei en Inglaterra, y en 1947 lo haría en Irlanda.

San Josemaría llamaría la atención, ocasionalmente, sobre la figura del santo inglés, casado y padre de familia, así como hombre notorio, servidor de su país en la función pública y ejemplo de lealtad a la Iglesia y a su patria. En su biblioteca de trabajo, tenía una biografía sobre Tomás Moro, publicada en 1946³. Recordemos que también en estos años, concretamente en 1948, había tenido lugar la incorporación al Opus Dei de los primeros fieles casados.

En 1949 había comenzado la labor del Opus Dei en Estados Unidos y, en enero de 1954, Daniel Sargent, escritor americano que había sido profesor en Harvard, publicaba en aquel país una biografía sobre el ingeniero Isidoro Zorzano, en proceso de beatificación. En su libro, Sargent establecía un paralelismo entre Zorzano y Tomás Moro.

Hegarty sostiene que, en el verano de 1954, ya estaba tomada la decisión de nombrar a santo Tomás Moro intercesor del Opus Dei. San Josemaría le encomendaría las relaciones con las autoridades civiles, descartando la figura del valenciano san Vicente Ferrer, en quien, según apunta el estudioso inglés, el fundador habría pensado con anterioridad para esta misión.

Entre 1958 y 1960, Escrivá de Balaguer pasó los veranos en Inglaterra y tuvo numerosas ocasiones de ir a rezar ante los restos del santo, conservados en la iglesia anglicana de St. Dustan. Hegarty atestigua también el interés de san Josemaría en procurarse una reliquia del santo, deseo que se hizo realidad a finales de 1959. Durante los años sesenta, san Josemaría acudió frecuentemente a Tomás Moro para pedir por algunas iniciativas del Opus Dei que estaban naciendo en aquellos momentos, como la Universidad de Navarra, o proyectos como un *college* en la Universidad de Oxford; igualmente, acudió a su intercesión para que se entendiera mejor la libertad de los fieles del Opus Dei que actuaban en la vida pública por una elección exclusivamente personal. Concretamente, en la España de los años 57 y 58 estaban surgiendo importantes dificultades al respecto, desde el momento en que algunas personas del Opus Dei habían aceptado el nombramiento como ministros en un gobierno del general Franco.

Junto a su función de intercesor para la relación con las autoridades civiles, santo Tomás Moro también fue invocado por san Josemaría durante los años sesenta y setenta como ejemplo de lealtad y fortaleza en los complejos años que siguieron al Concilio Vaticano II.

Como ilustra Hegarty, Escrivá así mismo le encomendaba intenciones relacionadas con la opinión pública, misión en la que fue *relevado*, algunos años después, con el nombramiento de santa Catalina de Siena (Siena, 1347 – Roma, 1380).

De este modo llegamos a la última intercesora, nombrada el 13 de mayo de 1964. Como pone de relieve Johannes Grohe, la *amistad* entre santa Catalina y san Josemaría se remontaba a los años veinte. Desde que era sacerdote joven, el fundador del Opus Dei escribía unas notas personales a las que llamaba «catalinas», precisamente por su devoción a la santa de Siena, a la que consideraba una «amiga amadísima», «un alma sencilla y fuerte», una «gran murmuradora». San Josemaría apreciaba su amor a la Iglesia y al papa y su capacidad de decir la verdad aunque resultase incómoda. Expresiones que la santa utilizaba para referirse al romano pontífice, como «il dolce Cristo in terra» o «il vicecristo», se encuentran con frecuencia en la predicación del fundador del Opus Dei.

Santa Catalina de Siena había sido canonizada por Pío II, en 1461, lo que significa que el quinto centenario del evento tuvo lugar en 1961 y fue conmemorado por Juan XXIII con una carta dirigida al general de los dominicos, así como por la emisión de un sello y la colocación de una estatua en la romana Piazza Pia. Por tanto, la primera mitad de los años sesenta se puede considerar, sobre todo en Roma, como un momento de redescubrimiento de la santa de Siena.

Su nombramiento como intercesora, en mayo de 1964, habría que ponerlo en relación, como explica Grohe, con el avivarse de la devoción a santa Catalina por parte del fundador y con su cambio de actitud respecto al modo de comportarse ante la opinión pública. El mismo san Josemaría lo explicaba con estas palabras, algunos días antes del 13 de mayo: «Deseo que se celebre la fiesta de esta santa en la vida espiritual de cada uno, y en la vida de nuestras casas o centros. Siempre he tenido devoción a santa Catalina: por su amor a la Iglesia y al papa, y por la valentía que demostró al hablar con claridad siempre que fue necesario, movida precisamente por ese mismo amor. Antes lo heroico era callar, y así lo hicieron vuestros hermanos. Pero ahora lo heroico es hablar, para evitar que se ofenda a Dios Nuestro Señor».

Hasta ese momento, san Josemaría había considerado que la actitud que convenía mantener ante los ataques y las incomprendiones era el silencio. Ahora se abría una nueva etapa, que coincidió con el nombramiento de

santa Catalina como intercesora para el apostolado de la opinión pública que realizan los miembros del Opus Dei.

La síntesis que hemos ofrecido del libro que ahora presentamos, pone de relieve cómo la historia de la elección y nombramiento de los intercesores permite asomarse tanto a la biografía de san Josemaría como a la historia del Opus Dei, en el contexto general de la historia de la Iglesia. Sin duda, no pasa inadvertido, por ejemplo, que estos relatos evidencian la visión universal del fundador del Opus Dei y su capacidad de superar antiguos, y no tan antiguos, prejuicios antifranceses y antibritánicos que estaban insertos en la cultura española en la que se formó.

Más importante aún nos parece la relación entre la biografía de san Josemaría y la historia del desarrollo del Opus Dei, que se pone de manifiesto en estos episodios. Resulta claro que la elección de los intercesores fue considerada como un acto fundacional y que, por tanto, le competía exclusivamente a él proceder en este sentido cuando consideró que había llegado el momento de hacerlo. Así pues, la elección de los intercesores no nació de una iniciativa colegial de los colaboradores del fundador en el gobierno del Opus Dei, lo que también se refleja —como se apuntaba al inicio— en la dispersión de la documentación sobre el tema. Sirvan estas ideas como botón de muestra de unas posibles lecturas de los trabajos que ahora se presentan.

Además, se podría pensar que la biografía de Josemaría Escrivá y la historia del Opus Dei no son el único nivel de análisis en el que se pueden abordar estos estudios. Como apunta Touze, inspirándose en Newman, sería también posible hacer una lectura de toda esta cuestión desde la perspectiva de la historia de la espiritualidad, lo que permitiría reconstruir las *amistades* entre los santos, forjadas a lo largo de la historia de la Iglesia y a distancia de siglos.

Estas *amistades* ilustran el proceso de continuidad y discontinuidad que caracteriza toda la historia de la espiritualidad: por un lado, los santos más recientes asumen tradiciones seculares, que reciben a través de las figuras de los que les han precedido; al mismo tiempo, estos santos *más jóvenes*, partiendo de sus propios carismas llevan a cabo una relectura de las figuras y de los mensajes de sus antepasados. En este nivel de análisis resultan de

gran interés las referencias que hacen los diversos trabajos del presente libro a la presencia de la doctrina de cada uno de estos santos —todos excepto san Nicolás, han dejado textos con su pensamiento o su espiritualidad— en los escritos y en la predicación de san Josemaría.

Sin abandonar del todo este segundo nivel de lectura, se podrían destacar algunos datos, más o menos conocidos, que se ponen de relieve tras la lectura de estos trabajos. Así, por ejemplo, es posible encontrar citados por el cardenal Roncalli, por Juan Pablo II y recogidos en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, los episodios de la vida del cura de Ars que más impresionaron a san Josemaría. Otro ejemplo: en 1967, Pablo VI anunció su intención de nombrar a Catalina de Siena doctora de la Iglesia, lo que se hizo efectivo en 1970. Juan Pablo II la nombró patrona de Europa en 1990 y, diez años más tarde, nombró a Tomás Moro patrono de los gobernantes y políticos.

Para terminar, se podría apuntar una última reflexión, en esta ocasión de carácter epistemológico-historiográfico, que conecta con las dimensiones de *amistad, poder y medios*, con que los intercesores se presentaron en la vida y en la obra de san Josemaría. El fundador del Opus Dei repitió, en más de una ocasión, esta o análogas expresiones: «¿Qué puede hacer una criatura, que debe cumplir una misión, si no tiene *medios*, ni edad, ni ciencia, ni virtudes, ni nada? Ir a su madre y a su padre, acudir a los que *pueden* algo, pedir ayuda a los *amigos*... Eso es lo que hice yo en la vida espiritual»⁴. De este modo expresaba que las amistades, las influencias, los medios de que carecía en el terreno humano, debían suplirse con un particular recurso a la oración y a lo que él llamaba con frecuencia «medios sobrenaturales». No cabe duda de que las vicisitudes que llevaron al nombramiento de los intercesores debe incluirse en esta lógica.

Desde esta perspectiva, la historia que recorre el presente monográfico pone de relieve una dimensión del desarrollo del Opus Dei —común a la historia de la Iglesia en general— de la que no se puede prescindir sin riesgo de quedar atrapados en interpretaciones parciales. Me refiero a la conjunción entre elementos humanos y elementos sobrenaturales —propia de la misma realidad de la Iglesia—, que en la historia del Opus Dei se pueden entender como realización de una expresión del fundador, también recogida en las

páginas siguientes: «Hay que poner los medios humanos y a la vez los sobrenaturales, que siempre van juntos».

Ciertamente, queda fuera de las posibilidades del historiador indagar con su método propio sobre los efectos de esos segundos medios, pero —aunque para algún historiador esta consideración pudiera resultar fuera de lugar— pienso que su existencia no debe ser excluida *a priori*, si no se quiere mutilar la realidad histórica a la que, científicamente, se quiere acceder. En este contexto, los llamamientos a la «humildad del historiador», que hacía el que fue profesor en La Sorbona y director del *École Française de Rome*, Henri Irénée Marrou, me parecen siempre actuales y saludables⁵.

Las páginas que siguen ponen de relieve que historias como la puesta en marcha de la Academia DYA, primera manifestación externa e institucional del apostolado del Opus Dei; la construcción de la sede central en Roma; los inicios y la consolidación de la Universidad de Navarra; el intento de hacer comprender la libertad personal de los miembros que actuaban en política durante el régimen de Franco; las relaciones con numerosos obispos de diversos países; la solución jurídico-institucional adecuada a la realidad del Opus Dei; el intento de conjugar claridad y caridad para mantener la fidelidad a la doctrina, al tiempo que se aprovechaban los vientos renovadores del Concilio Vaticano II, etc., todas estas historias, repito, estuvieron ligadas también al relato sobre los intercesores que ahora se aborda.

Con mucho más detalle se pueden seguir cada uno de estos temas en los artículos que siguen. No me queda más, por tanto, que invitar a su lectura.

Federico M. Requena

Istituto Storico San Josemaría Escrivá

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

San Nicolás de Bari⁶

JOSÉ MIGUEL PERO-SANZ

Refiriéndose al mes de diciembre de 1934, san Josemaría Escrivá de Balaguer anotó en sus *Apuntes íntimos*: «El día de san Nicolás de Bari prometí al santo obispo, en el momento de subir yo al altar para decir la Misa, que, si se resuelve nuestra situación económica, en la Casa del Ángel Custodio, le nombraré administrador de la Obra de Dios»⁷. Inmediatamente —glosará Álvaro del Portillo—, «pensando que había sido poca generosidad la suya, añadió: “Aunque ahora no me oigas, serás el patrono de nuestra administración económica”»⁸.

Este nombramiento de san Nicolás quedó reseñado en el Diario de la Academia-Residencia DYA: «S. Nicolás de Bari, Obispo. —Nos dijo el Padre que por la mañana, al terminar de dar la S. Comunión, en su convento, viendo que el santo de hoy es S. Nicolás, se dirigió a él y le puso como abogado nuestro para la parte administrativa, para que por medio de él, salgamos adelante de este asunto⁹. Se quedó en que en todas nuestras futuras casas habrá una imagen de S. Nicolás en la habitación del administrador o cuarto de administración. ¡A ver cómo se porta este abogado!»¹⁰.

El 19 de enero de 1935, en carta dirigida a su amigo, el sacerdote Heliodoro Gil, le informaba: «¿Sabes que san Nicolás de Bari es... nada menos que el Administrador General de la Obra de Dios? ¡Menuda le ha caído encima!»¹¹.

Muchos años después, en 1968, san Josemaría evocaría el nombramiento: «Un día estaba en el Patronato Real de Santa Isabel, del que era Rector¹²: prácticamente, todos los Rectores de allí solían terminar en grandes cargos eclesiásticos. Iba a celebrar la Misa, y tenía unos apuros económicos tremendos; dije: como san Nicolás es el santo de las dificultades económicas, y el santo de casar las incasables... si me sacas de esto, ¡te nombro patrono! Pero antes de subir al altar, me arrepentí y añadí: y si no me sacas, te nombro igual. El apuro económico era grande; materialmente quizá sería poco; pero sería el que hoy supondrían bastantes millones»¹³.

Con independencia de que en los textos citados se le llame, indistintamente, «patrono», «abogado» y «administrador», en la terminología definitiva san Nicolás será uno de los *santos intercesores* del Opus Dei: el primero cronológicamente, pues los demás —san Pío X, san Juan Bautista María Vianney, santo Tomás Moro y santa Catalina de Siena—, serían designados como tales posteriormente, a partir de la década de los años cincuenta. Los santos intercesores no constituyen propiamente modelos para los fieles de la prelatura, sino protectores a los que se encomiendan campos específicos: concretamente, a san Nicolás se le confían las necesidades económicas que se presentan al emprender, sostener y desarrollar los apostolados que llevan a cabo los fieles del Opus Dei.

Según es bien sabido, a ese género de asuntos —financieros— pertenecen buena parte de las intervenciones que, durante su vida, protagonizara san Nicolás¹⁴. Aunque se trate de un santo muy milagroso, los episodios más conocidos de su biografía no responden a milagros, sino a gestiones hábilmente llevadas: con el fin de impedir que un padre en apuros prostituyese a sus tres hijas, el santo obispo les hizo llegar el dinero suficiente para dotar a todas ellas; con su autoridad moral consiguió, en época de hambruna, persuadir al capitán de un barco cargado de trigo con destino a Constantinopla para que dejase parte de la mercancía en Myra; y supo negociar, satisfactoriamente, con el emperador una rebaja fiscal en beneficio de sus feligreses.

El objetivo de estas páginas, es enmarcar históricamente las circunstancias en que se realizó el nombramiento del santo como intercesor; sus antecedentes y su continuidad en la devoción de san Josemaría.

Antecedentes

El 9 de febrero de 1975, en la casa de retiros de Altoclaro (Caracas, Venezuela), formularon a san Josemaría una pregunta sobre los problemas económicos que, por lo común, suelen llevar consigo todas las iniciativas de carácter apostólico. Respondió aludiendo a la primera ocasión en que había recurrido al obispo de Myra:

En Madrid, en la Plaza de Antón Martín, está la parroquia de San Nicolás. Allí fui yo la primera vez que invoqué a san Nicolás para darle un

sablazo¹⁵. Y sigo pidiendo, pero continuó tranquilo y sereno. El Señor bendecirá vuestras labores personales y, además, os sacará de los apuros económicos que tenéis en las obras de apostolado. No te preocupes: no he visto nunca un fracaso por ese motivo, cuando hay amor de Dios. Conque ¡adelante!¹⁶

Fue una de las últimas ocasiones, unos meses antes de fallecer, en que san Josemaría se refirió en público a san Nicolás.

La parroquia madrileña que menciona es la predecesora de la que actualmente se sigue denominando de El Salvador y San Nicolás¹⁷. Desde 1891 se alojaba en la que fuera iglesia del antiguo hospital de Nuestra Señora del Amor de Dios, fundado en 1552 por el venerable Antón Martín, discípulo y sucesor de san Juan de Dios, en la plaza —llamada precisamente de Antón Martín— donde hoy desemboca la calle del Amor de Dios en la de Atocha¹⁸. La fábrica del templo donde dio su sablazo san Josemaría era muy posterior a la fundación del hospital: databa, concretamente, de 1798. Sería quemada en los comienzos de la guerra civil española¹⁹.

No se sabe con precisión ni la fecha ni el motivo de aquel primer recurso al santo.

Con el fin de pergeñar alguna conjetura, cabe señalar que, desde mayo de 1931, san Josemaría vivía, con su familia, en una casa de la calle de Viriato número 22, propiedad de las Damas Apostólicas, con cuyo Patronato de Enfermos hacía varios años colaboraba sacerdotalmente. Esta asistencia duró hasta finales de octubre de aquel año²⁰. Un mes antes había comenzado a frecuentar el barrio en que se encuentra la plaza de Antón Martín. En efecto, el día 21 de septiembre celebró la Misa por primera vez en la iglesia del Patronato de Santa Isabel. A partir de esa fecha y, hasta que fue nombrado su rector a finales de 1934, actuó como capellán efectivo del Patronato. El trayecto a pie desde Santa Isabel a la parroquia de El Salvador y San Nicolás lleva solo cinco minutos, y no parece arriesgado suponer que la visitara con cierta frecuencia. De hecho, no le faltaban motivos para recurrir al santo obispo²¹.

Una de esas ocasiones muy bien pudo estar relacionada con el alquiler de un piso, el 9 de diciembre de 1932. La vivienda de la calle de Viriato, donde residían hasta entonces los Escrivá, era sumamente pequeña. Tanto, que san Josemaría no podía reunir allí a los jóvenes que se iban incorporando al Opus Dei, ni a los muchos otros que dirigía espiritualmente. Por eso se trasladó, con su familia, al paseo del General Martínez Campos, número 4 (principal izquierda). Para alquilar este piso hubo de conseguir un crédito. Pero el problema permanente era el de la renta: 1.380 pesetas anuales, pagaderas por meses adelantados. Las 115 pesetas mensuales eran un alquiler probablemente justo, pero inexorable: según el contrato, un retraso de cuatro días en el pago era causa suficiente para incoar el desahucio. Todo ello debió de ser ocasión para visitar la parroquia de El Salvador y San Nicolás.

Algo parecido, pero en mayor escala, sucedió un año después. En diciembre de 1933 alquilaba san Josemaría otro local en la calle de Luchana, número 33 (hoy 29) entresuelo, esquina con la de Juan de Austria, donde instaló la Academia DYA²². La bendijo el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción. Las iniciales coincidían con las materias —Derecho y Arquitectura— que allí se podrían estudiar. En rigor, y sobre todo, se trataba de un centro cultural y de formación cristiana. Para establecerlo legalmente, hubo que gastar en los derechos fiscales, por licencia de apertura, todo el dinero disponible. Por otra parte, las aportaciones de los estudiantes que frecuentaban DYA no llegaban a cubrir el importe del alquiler mensual. Ya el simple pago de la luz suponía un auténtico quebradero de cabeza. Por carecer, carecían incluso del dinero suficiente para comprar un elemental reloj de pared. De hecho, pagos más perentorios hicieron desaparecer, varias veces, los donativos recibidos para su adquisición (finalmente le regalaron no ya su precio, sino el reloj mismo). Así, pues, sobraban razones para *sablear* a san Nicolás²³.

En medio de todas esas dificultades económicas, sin haber transcurrido un mes desde la inauguración de DYA (y cuando algunos amigos sacerdotes le aconsejaban encarecidamente que la cerrase, por considerarla insostenible), el 6 de enero de 1934 san Josemaría propuso a los miembros de la Obra la conveniencia de buscar un local mayor, para establecer en él, además de la

academia, una residencia de estudiantes: esto permitiría instalar un oratorio, con sagrario, en el que estuviese reservado el Santísimo Sacramento²⁴.

Para resolver los problemas, san Josemaría, además de rezar, ponía todos los medios humanos a su alcance. Así, con fecha 26 de enero presentaba una solicitud al Ministerio de Trabajo —del que administrativamente dependía el Patronato de Santa Isabel— para utilizar la vivienda del capellán, lo que supondría un cierto alivio económico²⁵. A fin de cuentas, Josemaría Escrivá venía desempeñando de hecho esa capellanía desde 1931. Cinco días después, el 31 de enero, la Dirección general correspondiente respondió en términos afirmativos. Pero una serie de circunstancias²⁶ dilataron hasta finales de verano el traslado de los Escrivá a Santa Isabel²⁷.

A principios de agosto, san Josemaría y los jóvenes que frecuentaban los medios de formación espiritual que impartía el fundador buscaban casas o pisos libres por todo Madrid. Por fin encontraron tres pisos grandes y bien situados, en la calle de Ferraz número 50, donde podrían establecerse la academia y la residencia de estudiantes. El problema era que, para firmar el contrato de alquiler y amueblar la casa, calculaban que les eran indispensables unas 25.000 pesetas. Pareció que el escollo se estaba superando, pero el 6 de septiembre todavía les faltaban 15.000 pesetas que no sabían de dónde sacar²⁸.

El 16 de septiembre de 1934, san Josemaría salió de Madrid para Fonz, donde se encontraban su madre y hermanos, con objeto de continuar las gestiones de venta de las fincas que les correspondían por herencia después de la muerte, el año anterior, de mosén Teodoro. Pasó la noche en Monzón y al día siguiente, ya en Fonz, pensó que había llegado, por fin, el momento de plantear el problema económico a la familia, y hablarles de la Obra²⁹.

Unos días después escribía: «Enseguida, los tres vieron como cosa natural que se empleara en la Obra el dinero suyo. Y esto, —¡gloria a Dios!—, con tanta generosidad que, si tuvieran millones, los darían lo mismo³⁰.

En esa misma carta relataba por menudo a los miembros del Opus Dei de Madrid:

Siguiendo un orden cronológico, brevemente, quiero contaros todas mis andanzas. Veréis: Al cuarto de hora de llegar a este pueblo (escribo en Fonz, aunque echaré estas cuartillas, al correo, mañana en Barbastro), hablé a mi Madre y a mis hermanos, a grandes rasgos, de la Obra. ¡Cuánto había importunado para este instante, a nuestros amigos del Cielo! Jesús hizo que cayera muy bien. Os diré, a la letra, lo que me contestaron. Mi Madre: «bueno, hijo: pero no te pegues ni me hagas mala cara». Mi hermana: «ya me lo imaginaba, y se lo había dicho a mamá». El pequeño: «si tú tienes hijos..., han de tenerme mucho respeto los muchachos, porque yo soy... ¡su tío! [...]».

Vamos a hablar de ese estiércol del diablo, que es el dinero: creía mi Madre que podría sacar 35 ó 40.000 ptas. [...].

En resumen: mañana bajo a Barbastro con Guitín [su hermano Santiago] —desde allí iré a Monzón a hablar con vosotros, porque en Barbastro de todo se enteran— y el Sr. Juez me ha prometido que el día uno de octubre se acaba todo el papeleo, a Dios gracias.

Naturalmente, procuraré que se venda el martes o miércoles próximos —antes, imposible—, y se girará lo que sea [...].

Mientras: ¿por qué no intentáis comprar muebles, como se hace corrientemente con las fábricas, a pagar en 30 días o en más?

Desde luego, yo no me muevo de aquí, sin el dinero ¡cueste lo que cueste!

A otra cosa: están conformes en que duerma en la Academia y me lleve allí todos los chismes de mi cuarto. Así se llevan la criada que tienen aquí, que de otro modo no podrían llevarse, por no tener habitación»³¹.

La relación entre este episodio y la invocación a san Nicolás es también conjetural. Además, el dinero obtenido de la venta de las fincas heredadas no comenzó a llegar a la familia hasta marzo del año siguiente y en cantidad muy inferior a la que habían calculado inicialmente³². Pero la peripecia muy bien podría encuadrarse entre los *sablazos* al santo, ocurridas tres meses de su nombramiento como intercesor.

Sea de ello lo que fuere, los apuros continuaron, pero se fueron rellenando los *huecos* pendientes gracias a los aportes de los miembros de la Obra y a préstamos de dinero de conocidos. Se amuebló lo más imprescindible de la residencia, se compró el menaje de cocina y vajilla... El propio san Josemaría recordará muchos años después:

Teníamos ropa, que me habían dado unos grandes almacenes³³ a crédito, para pagarla cuando pudiera. Y no teníamos armarios para guardarla. En el suelo habíamos puesto con mucho cuidado unos papeles de periódico, y encima la ropa: cantidades inmensas [...]. Pues me traje del Rectorado de Santa Isabel un acetre con agua bendita y un hisopo. Mi hermana Carmen me había hecho un roquete espléndido [...]. También me traje de Santa Isabel una estola y un ritual, y fui bendiciendo la casa vacía: con una solemnidad y alegría, ¡con una seguridad!³⁴

Por un corte de fluido eléctrico, la bendición hubo de oficiarse a la luz de unos cabos de vela. Las habitaciones solo se irían instalando a medida que se incorporasen los residentes.

Pero los residentes no llegaban. Y esta difícil situación proporcionó el detonante para el nombramiento de san Nicolás.

El día 5 de octubre de 1934, como reacción a la entrada en el gobierno de las derechas (vencedoras en las últimas elecciones), estallaba en España la llamada Revolución de Octubre. Aunque fue particularmente virulenta en Asturias, también Madrid tuvo sus huelgas generales, con el consiguiente retraso en el comienzo del curso universitario. A finales de mes, en DYA había un único residente fijo; luego se incorporó un segundo. Solo con cuentagotas se les fueron sumando algunos otros. No había dinero para contratar empleados y, mientras los muchachos asistían a sus clases en la universidad, san Josemaría en persona fregaba suelos y hacía las camas. Pero, desde septiembre, el día 10 de cada mes constituía un verdadero agobio: en esa fecha se tenían que pagar las 1.200 pesetas de la renta. Se fueron abonando como se pudo. El 10 de noviembre se consiguió reunir la cantidad precisa para pagar el alquiler mensual de la casa. Pero cuando se acercaba el 10 de diciembre, el horizonte se mostraba verdaderamente negro.

En este contexto, el 6 de diciembre de 1934 el obispo de Myra fue constituido como santo intercesor del Opus Dei.

Después del nombramiento

Como se ve, las circunstancias no eran fáciles. Pero incluso en esos momentos san Josemaría conservaba el buen humor.

Así, el 3 de enero de 1935 relleno a mano, a nombre de san Nicolás, un impreso de adscripción a la Academia (también Residencia) DYA. Se conserva el original del documento³⁵. Como nombre y apellidos, figura «San Nicolás de Bari (o[bispo] de Myra). Natural de Pátara de Licia». Aunque están tachadas del formulario las palabras «provincia de», se pone «(Asia Menor)». Como fecha de nacimiento, se indica «año 270». Y se dice que celebra su santo «el 6 de diciembre». Su domicilio es «la Gloria»; y el teléfono, «la oración». De profesión: «Obispo». Títulos oficiales y privados: «Obispo de Mira, Administrador General de la Obra de Dios». Idiomas que traduce: «todos, a la perfección». En cuanto a conocimientos de todo género —culturales, artísticos, deportivos, etc.— que posee, se resumen en una palabra: «Dios». También se resumen las asociaciones —profesionales, benéficas, etc.— a que pertenece: «O. de D.» [Obra de Dios]. Esto coincide con su «ocupación actual»: «Administrar la O. de D.» Firma la ficha «Escrivá» (quien lo hace «¿P.O.?»; es decir, «por orden» o por delegación). En el reverso hay un espacio para «Observaciones», donde anotó san Josemaría: «Presentado por José María Escrivá». Seguidamente hace un resumen biográfico del santo: «Padeció S. Nicolás persecución, bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano, que lo desterraron. Volvió a su sede episcopal, por mandato de Constantino. Asistió al Concilio Niceno. Su cuerpo se conserva, con gran veneración, en Bari (Italia), donde fue trasladado el año 1087».

El documento era, simplemente, un modo divertido para dejar constancia escrita del nombramiento efectuado hacía pocas semanas.

El título de intercesor implica en el caso de san Nicolás, entre otras cosas, que en todos los centros del Opus Dei se celebrará cada año con cierto realce la fiesta del santo obispo, de quien habrá —en lugar conveniente y

digno— una imagen con la invocación «Sancte Nicolæ: curam domus age» (san Nicolás, cuida de la casa).

En enero de 1936, los miembros de la Obra colocaron un cuadro de san Nicolás de Bari en el oratorio y encendieron dos lamparillas para pedirle una nueva sede, más grande de la que la tenían³⁶.

En 1939, recién terminada la guerra española, cuando la vivienda del rector de Santa Isabel era el único local disponible para el trabajo apostólico del Opus Dei, una de las primeras cosas que consiguió san Josemaría fue, precisamente, un cuadro de san Nicolás³⁷. A este siguieron otros, para los nuevos centros que se inauguraban. Para el que se abrió en octubre de 1940, en la calle Diego de León, número 14, Escrivá compró personalmente un busto-relicario del santo que, después de las obras y remodelaciones del inmueble, todavía permanece en su vestíbulo.

En aquel mismo año (1939), san Josemaría encomendó algunas responsabilidades a los miembros más veteranos en el Opus Dei. De las cuestiones económicas —contabilidad, instalaciones, etc.— encargó al mayor, Isidoro Zorzano, que conocía muy bien cuál era en la Obra la tarea de san Nicolás³⁸. Por eso, al comenzar a diario la brega con las cuentas, besaba el crucifijo, lo colocaba sobre la mesa, e invocaba la protección del santo myrense.

A los jóvenes secretarios de los centros recién abiertos, Isidoro Zorzano les advertía cuál era el modo de que las cuentas cuadrasen: llevarlas al día. También les tranquilizaba si, al despachar con ellos, los notaba preocupados porque los números no cuadraban. En cierta ocasión descubrió el truco de un inexperto contable para equilibrar los arqueos: el muchacho guardaba en un sobre las pesetillas que le sobraban algunos meses, a fin de compensar con ellas cuando faltase algo. De este modo, siempre iba todo al céntimo. Lo que más divirtió a Zorzano fue saber el nombre que daba el chico a esa reserva líquida: ¡el fondo de san Nicolás!

Zorzano solía gastar bromas sobre si san Nicolás tenía o no barba, porque se representa de ambas formas en las distintas imágenes. El año 1943, en su lecho de muerte, comentará bromista: «Una de las primeras cosas que haré

en cuanto llegue [al cielo] es hacer que me presenten a san Nicolás [...]. ¡Ahora sabré qué cara tiene!». «Estará —decía— enfadado con Fernando [Delapunte]», que unas veces lo pintaba con barba y otras lampiño. Después de salir de dudas, «tendré que explicarle muchas cosas a san Nicolás... Él no sabe comprar cubiertos con el veinte por ciento de descuento», comentaba refiriéndose a la compra que, según le han dicho, se había efectuado ese mismo día. Al santo obispo habrá que informarle de algunas cosas, dificultades económicas de la Obra, de las que «parece que no ha querido enterarse». Cuando llegase al cielo —insistía—, «lo primero que haré es verme con san Nicolás... Me parece que no ha acabado de ver el problema. Le diré que nosotros no queremos nada», pues solo se le piden medios para servir a las almas³⁹.

Años después, en 1946, san Josemaría viajó por primera vez a Roma. Con temporadas de residencia en España y estancias o salidas a otros lugares, allí permanecería hasta su muerte, en el año 1975. En abril de 1947 se firmaba la compraventa en Roma de un edificio —Villa Tevere— como sede central del Opus Dei. Durante años habría de alojar allí también, provisionalmente, un centro de formación: el Colegio Romano de la Santa Cruz, erigido el 29 de junio de 1948. Las obras de adaptación, ampliación, etcétera, que no terminarían hasta 1960, supusieron una verdadera epopeya económica para Josemaría Escrivá y Álvaro del Portillo: el vencimiento de letras o créditos, el pago de los proveedores y el salario semanal de los trabajadores constituían un auténtico tormento⁴⁰.

En esta tesitura, el fundador del Opus Dei decidió peregrinar a Bari para *comprometer*, una vez más, a san Nicolás. Recién curado de la diabetes que había sufrido durante años, en julio de 1954 hizo —acompañado por Álvaro del Portillo— un viaje relámpago a la tumba del santo. «Nos dijo el Padre que mañana marchan él y don Álvaro a Bari para decir la Santa Misa en el sepulcro de san Nicolás»⁴¹. El coche, conducido por Armando Serrano, salió de Roma el día 6 de julio, para regresar —vía Nápoles— al día siguiente. Para pasar la noche, habían reservado habitación en el Grande Albergo delle Nazioni. A la vuelta de cincuenta años, el obispo prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, comentará, que «estábamos con el agua al cuello. No podíamos ni respirar, porque nos ahogábamos... Hizo el viaje

para rezar ante su tumba [...] y pedirle que nos ayudase a cubrir los gastos que necesitábamos afrontar. No teníamos dónde acudir»⁴².

Al propio san Josemaría le quedó bien grabada la peregrinación:

¿Te acuerdas, Álvaro, qué apuros? Fuimos una vez, hace muchos años... ¡Hacía un calor! ¡Y qué coche tan malo llevábamos! Tremendo... Había que empujar cada pocos kilómetros... Quisimos acercarnos donde estaban las reliquias del santo. Unos buenos frailes dominicos habían hecho un agujero en el relicario de madera antigua, y con un flexo de aquellos que había antes en las oficinas, iluminaban el fondo y allí se veían los huesos. ¡Con qué devoción rezamos!, ¿verdad? Porque nos hacía mucha falta... Y aquello se resolvió⁴³.

El día 7 de julio celebró la Misa en la basílica del santo, probablemente sobre el altar de plata situado, entrando en el templo, a mano derecha⁴⁴.

A los pocos meses vino un gran alivio para las obras de Villa Tevere. No haría falta sufrir el sobresalto de los pagos directos a los obreros, proveedores o bancos, porque se firmó un contrato con la constructora Castelli, que tenía suficiente envergadura para realizar de modo continuo los trabajos sin agobiar con urgencias de cobro al contado.

A finales del mismo año (1954) se concluían algunos nuevos oratorios en Villa Tevere. Uno de ellos, muy próximo a la entrada de la casa, está dedicado precisamente a san Nicolás. Es más bien pequeño, de atmósfera románico-bizantina. En el ábside, un mosaico⁴⁵ representa al santo, revestido de obispo y sedente, que bendice con su mano derecha. En la izquierda sostiene un libro que lleva encima el chalet de Villa Tevere (la llamada Villa Vecchia). En la base del altar, de piedra rugosa, se lee: «In honorem Sancti Nicolai Episcopi A.D. MDCCCCLIII». Tanto el mosaico como la decoración de las paredes (ángeles, símbolos de san Nicolás, alusiones a pasajes de su vida, etcétera) fueron llevados a cabo por alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz. San Josemaría solía ir por allí, para acompañar a los artistas y alentarles en la marcha de su trabajo.

Bari fue una de las primeras ciudades italianas a las que acudían periódicamente miembros del Opus Dei para comenzar las actividades

apostólicas, que se iniciaron de modo estable en 1964.

Dos años después, en 1966, san Josemaría volvió a pasar por Bari, a su regreso de un viaje a Grecia, con Álvaro del Portillo y Javier Echevarría. En el puerto de Bríndisi les recogió un automóvil conducido por Javier Cotelo, quien recordará que, a la vuelta del viaje a Grecia, el 13 de marzo de 1966, «desde Bríndisi fuimos, por la carretera de la costa de Bari, donde estuvimos paseando. Vimos primero a san Nicolás en la catedral basílica, donde estuvimos rezando». Del Portillo puntualizará que «por Bari pasamos, después de comer (comimos antes de llegar a Bari), y solo nos detuvimos el tiempo necesario para rezar ante el santo». El obispo prelado del Opus Dei corrobora: «No dormimos en Bari». Y Cotelo termina su recuerdo: «Al día siguiente, en una sola etapa llegamos a Roma, pasando por Foggia, Avellino y Nápoles, donde seguramente comimos»⁴⁶.

El día 1 de enero de 1973 participaban en una conversación familiar con san Josemaría un grupo de jóvenes italianos. Uno de estos le preguntó qué esperaba de ellos en el año que comenzaba. Por respuesta recibieron unas palabras de aliento para el apostolado. Subrayaban que «hay mucha gente estupenda en Italia, esperando que se les llame, como aquellos obreros que estaban en la plaza pública sin trabajo, mano sobre mano, esperando que les contrataran». Entonces dijo al autor de la pregunta: «¿Dónde vives tú habitualmente?» «En Bari, Padre», respondió. Y Escrivá formuló un ruego: «Te pido un favor: que vayas a hacer una visita en mi nombre a san Nicolás. Y le dices, solamente una vez: *Sancte Nicolaë: curam domus age*». Y añadió el comentario: «No es un latín muy clásico, pero es bonito: un latín que viene del corazón»⁴⁷.

Después de su beatificación, la ciudad de Bari le dedicó una calle (viale). En la placa correspondiente se le califica como «peregrino de san Nicolás»⁴⁸.

Conclusiones

El contenido de lo expuesto puede ser resumido en tres conclusiones:

–San Nicolás de Bari fue el primer santo nombrado intercesor del Opus Dei, por san Josemaría Escrivá de Balaguer, el 6 de diciembre de 1934, en

un momento de particulares problemas económicos para desarrollar las tareas apostólicas de la Obra. A su intercesión se encomienda específicamente la solución de esas necesidades.

–Su nombramiento en la fecha indicada no constituyó, en absoluto, el primer recurso a san Nicolás. Desde tiempo atrás había san Josemaría invocado al santo obispo, en la madrileña parroquia de El Salvador y San Nicolás, situada en la glorieta de Antón Martín, muy cerca del Real Patronato de Santa Isabel.

–La devoción a san Nicolás siguió manifestándose en la vida de Josemaría Escrivá, que acudió frecuentemente a su protección, e incluso peregrinó a la basílica donde reposan los restos mortales del santo, en la ciudad italiana de Bari. Aconsejó, asimismo, que también acudieran allí los miembros del Opus Dei residentes en esa localidad.

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

San Juan María Vianney, santo cura de Ars⁴⁹

LAURENT TOUZE⁵⁰

Un profesor universitario de historia, lector habitual de *Studia et Documenta*, al enterarse de que yo estaba escribiendo este artículo, me preguntó con una sonrisa si su título iba a ser del tipo que, según él, era habitual en la revista: «Prolegómenos a un estudio sobre...», o «Introducción a la historia de...», etc. Con un poco de espíritu de contradicción, he preferido darle un título breve, pero una versión más larga y prudente no habría estado fuera de lugar: sobre el tema de la relación entre san Josemaría y el cura de Ars, quedan aún muchos puntos por esclarecer y los archivos están lejos de haber dicho su última palabra.

Este estudio se contenta con exponer los resultados de la investigación, siguiendo un orden lógico en tres puntos: en primer lugar, el nombramiento por san Josemaría, hacia 1951-1953, del cura de Ars como intercesor para las relaciones del Opus Dei con los obispos diocesanos; en segundo lugar, las relaciones de san Josemaría con el santo cura de Ars antes de 1951-1953, como marco que anuncia el nombramiento; y por último, las consecuencias de este nombramiento, las relaciones de los dos santos después de 1951-1953⁵¹.

El nombramiento del cura de Ars como intercesor para las relaciones del Opus Dei con los obispos diocesanos.

La fecha del nombramiento

Quizás el elemento más importante en la relación entre el fundador del Opus Dei y el cura de Ars (†1859) es la decisión de san Josemaría de nombrar a san Juan María Vianney intercesor de la Obra para las relaciones con los ordinarios diocesanos. Esta decisión parece remontarse a los años 1951-1953⁵². El 9 de agosto de 1951, escribió en una nota de gobierno: «Recuerda a los curicas la necesidad de tratar con cariño a los señores obispos; y el deber de no hacer ningún trabajo externo —fuera de nuestras casas— sin un permiso previo del ordinario. Quizá nunca os he dicho que yo siempre pongo al santo cura de Ars por intercesor en mis relaciones con los señores obispos: ponedle también vosotros»⁵³.

Por lo tanto, ya antes de 1951 san Josemaría se encomendaba al cura de Ars para las relaciones con los obispos; lo que cambia esta nota es que se institucionaliza para todo el Opus Dei una devoción personal del fundador (dice: «Quizá nunca os he dicho», lo que permite suponer que anteriormente no proponía a sus hijos espirituales que le acompañaran en este ruego); pide a todos —sobre todo a los sacerdotes— que se encomienden al santo en sus relaciones con los obispos.

Según los recuerdos del propio san Josemaría, es por lo menos a partir de 1938 cuando empieza a recurrir personalmente a la intercesión del cura de Ars para esta intención. En 1950 escribió: «Por lo menos, desde 1938 lo tengo por intercesor, en estos asuntos»⁵⁴. ¿Qué ocurrió en 1938 en sus relaciones con los obispos que pudo marcar de esta manera la memoria de san Josemaría? Ese año el fundador del Opus Dei se trasladó a Burgos, y podríamos decir que las circunstancias le obligaron a multiplicar sus contactos con diferentes obispos. Hasta la guerra civil española, el trabajo apostólico del Opus Dei se había llevado a cabo principalmente en Madrid, en el territorio y con la bendición de su obispo, monseñor Leopoldo Eijo y Garay. Cuando san Josemaría llegó a Burgos, quiso reorganizar el apostolado de la Obra y aumentar el contacto con sus hijos e hijas espirituales —todavía poco numerosos y dispersos por toda España por los avatares de la guerra— y con los que habían asistido a los medios de formación del Opus Dei antes de la contienda, a los que no había podido ver durante mucho tiempo. Todo esto lo obligó a viajar a muchos lugares, para realizar actividades apostólicas que san Josemaría siempre llevó a cabo con la aprobación de los obispos locales⁵⁵. Ya había conocido a algunos de ellos en Madrid antes de la guerra, como el obispo Marcelino Olaechea y el obispo Javier Lauzurica, pero en esta nueva etapa de su vida fue recibido por los obispos de Ávila, Astorga, Burgos, León y Valladolid⁵⁶. Además, a partir de 1938, predicó retiros al clero de muchas diócesis españolas a petición de los obispos (de septiembre de 1938 a octubre de 1942, dirigió diecinueve retiros, generalmente de seis días, para seminaristas, diáconos y sacerdotes⁵⁷).

Los encuentros y la colaboración con los obispos se multiplicaron, san Josemaría situó este movimiento en una perspectiva de fe y lo acompañó

con la oración, y fue en este contexto cuando comenzó a invocar al santo párroco.

¿Por qué un intercesor para las relaciones con los obispos?

La fecha del nombramiento *institucional* sería pues 1951-1953. ¿Pero por qué el Opus Dei necesita un intercesor específico para sus relaciones con los obispos diocesanos? A causa de su misión y de su organización, que intrínsecamente requieren la colaboración con las iglesias locales⁵⁸. Estas dimensiones fueron reguladas definitivamente desde el punto de vista jurídico con la erección del Opus Dei como prelatura personal⁵⁹, pero siempre han configurado su vida y estructura. De hecho, la misión de la Obra es difundir el mensaje de que la vida cotidiana, el trabajo y las circunstancias ordinarias de la existencia son una ocasión de santificación. Para la difusión de este mensaje, el Opus Dei colabora con las iglesias locales, ofreciendo medios de formación cristiana a aquellos que quieran recibirlos. Desde el punto de vista organizativo, las personas que se incorporan al Opus Dei siguen siendo fieles de la diócesis a la que pertenecen, y están sujetas al obispo diocesano de la misma manera y en las mismas materias que los demás bautizados, sus iguales, y dependen de la prelatura para el cumplimiento de los compromisos particulares — ascéticos, formativos y apostólicos— que asumen al formar parte del Opus Dei. La Obra existe, por tanto, para servir a la Iglesia universal y a las iglesias locales. Su vida y desarrollo pasan también por el contacto y la colaboración con los obispos diocesanos. Esto es lo que san Josemaría vivió con un espíritu de fe y de oración, y es lo que transmitió a sus hijos espirituales. Respecto a los obispos diocesanos, especialmente aquellos cuyas diócesis acogían actividades del Opus Dei, siempre mostró un claro espíritu de lealtad y afecto⁶⁰.

¿Por qué en 1951-53?

En ausencia de explicaciones de san Josemaría sobre los motivos por los que nombró al santo sacerdote como intercesor en 1951-53, se pueden plantear algunas hipótesis.

La primera sería análoga a la razón que se propuso para explicar el inicio de este recurso del fundador del Opus Dei al santo párroco: como en 1938 la

expansión de la Obra en España multiplicó las relaciones con los obispos y la necesidad de apoyarlas con la oración, en 1951 se inició la expansión internacional de los apostolados de las hijas e hijos espirituales de san Josemaría. Bajo su impulso, el trabajo apostólico del Opus Dei comenzó en Italia (1943), Portugal (1945), Reino Unido (1946), Irlanda y Francia (1947), México y Estados Unidos (1949), Chile y Argentina (1950), Colombia y Venezuela (1951). A continuación, después de 1951: en Alemania (1952); Guatemala y Perú (1953); Ecuador (1954); Uruguay y Suiza (1956); Brasil, Austria y Canadá (1957); Japón, Kenia y El Salvador (1958); Costa Rica (1959); Países Bajos (1960); Paraguay (1962); Australia y Filipinas (1963); Bélgica y Nigeria (1965); Puerto Rico (1969)⁶¹. El trabajo apostólico, por tanto, comienza en nuevos países, en nuevas diócesis, con el acuerdo y la colaboración de nuevos obispos. En el marco de esta expansión apostólica y de su dimensión primordialmente sobrenatural, san Josemaría desea contar con la intercesión del santo párroco.

Esta primera hipótesis me parece la más importante, la más apropiada para explicar la decisión del fundador del Opus Dei.

Podemos añadir dos más. La primera tiene que ver con el desarrollo de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que en 1950, un año antes de 1951, abrió sus puertas a los sacerdotes diocesanos⁶². Movidio por el amor a sus hermanos sacerdotes seculares, en 1948-1949, san Josemaría pensó con dolor que tendría que dejar la Obra para fundar una nueva institución dirigida a los sacerdotes diocesanos. La aprobación definitiva del Opus Dei estaba en marcha —llegaría el 16 de junio de 1950— y san Josemaría veía posible que la Obra siguiera adelante sin él, sin que estuviera en peligro su continuidad. Finalmente, comprendió que los sacerdotes seculares encajaban perfectamente en la estructura y el espíritu de la Obra: su mensaje de santificación de la vida secular y su llamada a la contemplación en la vida cotidiana también se adaptaba al ministerio de los clérigos seculares, y no fue necesario el sacrificio de dejar la Obra para dedicarse a algo nuevo específicamente dirigido a sacerdotes. A partir de 1950, pues, el apostolado con los sacerdotes adquirió una nueva forma institucional en la vida de san Josemaría, y la figura del sacerdote secular Juan María Vianney se presentó quizás también ante sus ojos con un mayor relieve (veremos

más adelante, a propósito del proyecto de peregrinación a Ars, que san Josemaría establece un cierto vínculo entre la figura del cura de Ars y su deseo de ayudar a los sacerdotes diocesanos).

Una última razón, más accidental y sin duda menos importante, para situar en 1951-53 la decisión de proponer a sus hijos espirituales la intercesión del santo cura de Ars, podría ser la incompreensión expresada en 1950 por el Arzobispo de Valladolid, Antonio García, acerca de las relaciones de la curia diocesana con el centro local del Opus Dei⁶³. San Josemaría supo actuar —y hacer actuar a sus hijos espirituales— con su habitual veneración a los obispos y con respeto al derecho (según las indicaciones concretas de la Congregación vaticana competente), de forma que la curia diocesana terminó por no encontrar ya dificultades.

Tal vez porque en el pasado había recibido numerosas muestras de afecto de Mons. García, el fundador del Opus Dei —que sabía por experiencia que la novedad de la Obra podía causar algunas incompreensiones— invocó con especial intensidad al cura de Ars⁶⁴ para que se solucionase lo de Valladolid, que le resultaba especialmente agudo. Es posible, por tanto, que este breve desacuerdo con el gobierno diocesano recordara a san Josemaría la utilidad de dar a sus hijos espirituales todos los medios sobrenaturales para conseguir una relación justa y santa con el ordinario del lugar.

¿Por qué el cura de Ars?

Hasta ahora se ha señalado que, por su naturaleza y misión, el Opus Dei tiene vínculos con los obispos, y que necesita ponerlos bajo la protección del cielo. También se ha señalado que los primeros años de la década de 1950, marcados para la Obra por una fuerte expansión internacional, hicieron aún más urgente el recurso a medios sobrenaturales. Pero al menos queda otra pregunta: ¿por qué acudir al cura de Ars, por qué no elegir otro santo?

Creo que san Josemaría indicó dos criterios: el primero, válido para todos los intercesores del Opus Dei, que no fueran españoles para subrayar la universalidad de la Obra, y no asimilarlo todo a la nacionalidad del fundador y de sus primeros seguidores, y animar así a sus hijos espirituales de todos los países a vivir un espíritu auténticamente católico; el segundo

criterio, más específico del intercesor para las relaciones con los obispos, que debía ser un sacerdote diocesano.

Sobre el primer punto, Mons. Escrivá habló en varias ocasiones. Por ejemplo, en una reunión con los estudiantes del Colegio Romano de la Santa Cruz el 20 de junio de 1956, antes de un viaje a Ars⁶⁵. Hizo notar entonces que como España contaba con numerosos santos, podría haber elegido solo intercesores de su propio país, pero prefirió no elegir a ninguno, para evitar los nacionalismos⁶⁶.

Dice también —y esto confirma el segundo criterio— que como intercesor de las relaciones con los ordinarios locales, hubiera podido nombrar, por ejemplo, al entonces beato Juan de Ávila⁶⁷. Pienso que escogió el ejemplo de este santo del siglo XVI como alternativa al cura de Ars, porque ambos son sacerdotes seculares pertenecientes a una diócesis, y por lo tanto lógicos intercesores para las relaciones con los ordinarios locales.

Juan de Ávila, muerto en 1569 y beatificado en 1894 por León XIII, viene quizás a la mente de san Josemaría en 1956 porque había sido proclamado patrón del clero secular español diez años antes por Pío XII mediante el breve *Dilectus filius* del 2 de julio de 1946. Fue canonizado por san Pablo VI en vida de san Josemaría, el 31 de mayo de 1970⁶⁸. Descartado Juan de Ávila por su nacionalidad, en 1951-53 había pocos sacerdotes seculares canonizados. Aparte de san Juan María Vianney, primer párroco canonizado⁶⁹ (en 1925), pocos sacerdotes seculares se cuentan entre los santos, aparte de los mártires y fundadores de congregaciones religiosas que, en general, han sido llevados a los altares porque han derramado su sangre por Cristo o porque han abierto un nuevo camino de vida religiosa y no tanto por ser sacerdotes seculares. La única excepción que conozco es la de san Yves de Tréguier, que murió en 1303 y fue canonizado en 1347; pero no figura en el calendario romano, y es posible que san Josemaría, pese a su formación universitaria en el Derecho, no hubiera oído hablar del hombre que en muchos países ostenta el título de patrón de los juristas.

Pero sería demasiado simple y sin duda inexacto, reducir la figura del cura de Ars a los ojos de san Josemaría a dos criterios negativos: por un lado, no ser español; por otro, ser uno de los pocos sacerdotes seculares

canonizados; es decir, no habría tenido muchos competidores a la hora de buscar un intercesor⁷⁰. Propondré aquí otras hipótesis para explicar la elección de san Juan María Vianney.

El cura de Ars, ejemplo de las relaciones con su obispo

Como veremos a continuación, san Josemaría conocía bastante bien la vida del santo párroco. Vianney vivió con gran sumisión y lealtad hacia su prelado: su intercesión en las relaciones con los obispos tiene, por lo tanto, su lógica, puesto que vivió la suya de manera ejemplar. Así —por señalar un ejemplo entre otros de esta obediencia—, abandonó el rigorismo de sus primeros años de ministerio gracias a su obispo, monseñor Alexandre Devie (†1852), que le introdujo en la moral de san Alfonso María de Ligorio, en plena difusión en el siglo XIX⁷¹. En 1830, el obispo de Belley escribió una carta pastoral alabando la *Theologia moralis* de san Alfonso⁷², y puede considerarse que en 1839, el santo párroco abandonó el rigorismo que le había llevado inicialmente a usar la absolución diferida como medio habitual para conducir a las almas a la conversión⁷³. Por otra parte, tenía un ejemplar —que repasaba todos los inviernos— de la *Teología Moral para uso de los Sacerdotes y Confesores* (1844) del cardenal Charles Gousset, Arzobispo de Reims (†1866), gran difusor de la moral alfonsiana⁷⁴. La influencia de Ligorio sobre el cura de Ars, recibida a través de su obispo, le permitió absolver sin demora a los penitentes verdaderamente contritos, fortaleció su amor por la Eucaristía y le animó a predicar en tono positivo, casi siempre sobre el amor divino⁷⁵. La influencia de su obispo está por tanto en el centro de las manifestaciones de la santidad de Juan María Vianney: tal vínculo del santo párroco con su ordinario explica quizás por qué fue elegido como intercesor de las relaciones con los obispos.

El cura de Ars y la vida de san Josemaría antes de 1951-1953

El cura de Ars en la biografía de san Josemaría

Veamos algunas circunstancias de la vida del fundador del Opus Dei que facilitaron su simpatía hacia el cura de Ars.

El papa Pío XI canonizó a san Juan María Vianney el 31 de mayo de 1925, pocas semanas después de la ordenación sacerdotal de san Josemaría, el 28

de marzo. En esos años, las canonizaciones eran menos frecuentes que ahora: es fácil suponer que san Josemaría estuviera al tanto de este acto pontificio. Sabemos que en Madrid, a partir de 1927, el fundador de la Obra distribuyó muchas revistas de información religiosa: las conocía, sin duda las leía de antemano, y con seguridad se harían eco de la canonización⁷⁶.

También es muy probable su cercanía con uno de los escasos sacerdotes seculares canonizados hasta el momento, que murió menos de 70 años antes. La canonización en 1925 del cura Vianney fue excepcional, al menos desde dos puntos de vista: era un sacerdote secular, y además era casi contemporáneo. Hemos hablado anteriormente del bajo número de sacerdotes seculares canonizados; la siguiente [tabla](#) ilustra la escasez de las canonizaciones hasta el Vaticano II, y el hecho de que excepcionalmente involucraron a hombres y mujeres fallecidos recientemente⁷⁷.

La canonización tuvo lugar solo trece días después del regreso de san Josemaría del pueblo aragonés de Perdiguera, donde ejerció sus primeras semanas de ministerio, y del que partió el 18 de mayo de 1925. Es fácil encontrar un paralelismo entre las pequeñas parroquias rurales de Ars y Perdiguera. Sobre estas situaciones pastoral y humanamente análogas, un buen conocedor de la espiritualidad de finales del siglo XIX y principios del XX escribió: «Juan María Vianney se había convertido para el clero católico en un símbolo, una esperanza y una bandera. Había muchos humildísimos sacerdotes como el cura de Ars en pueblos que parecían ser una tierra árida y estéril, pobres como él, con pocos medios económicos, pero dispuestos a rezar y trabajar sinceramente esperanzados en el resurgir de la práctica y el fervor religioso, gracias a la ayuda de Dios, por medio de la Eucaristía y la devoción a María Santísima»⁷⁸.

Hay que señalar de paso que la elección de un santo francés es aún más notable si recordamos el clima de galofobia que rodeó al pequeño Josemaría, sobre todo en el colegio, como consecuencia de las fechorías cometidas por las tropas napoleónicas en España durante la guerra de independencia⁷⁹. A medida que maduraba humana y cristianamente, Josemaría no solo aprendió a rechazar estos resentimientos con un espíritu verdaderamente católico, sino que también se sintió en deuda con Francia,

como si tuviera que amarla para borrar el clima de antipatía que había sufrido de niño⁸⁰.

La presencia del cura de Ars en la vida de san Josemaría

El primer hecho reseñable sería la presencia de libros de y sobre san Juan María Vianney en la biblioteca de trabajo que monseñor Escrivá organizó en Roma después de 1950 para él y sus sucesores⁸¹. Hay dos volúmenes de sermones del cura de Ars traducidos al español⁸², y tres libros clásicos sobre la espiritualidad y la vida del santo cura: los de Alfred Monnin, Hippolyte Convert y Francis Trochu⁸³.

Para probar que Josemaría leyó estos libros y/u otros de y sobre Juan María Vianney, vale la pena notar que lo cita en su predicación. Lo puso como ejemplo de fe durante un retiro sacerdotal predicado en Vitoria en agosto de 1938⁸⁴. Durante otro retiro, en Valencia en noviembre de 1940, utiliza dos anécdotas de la vida del cura de Ars: la primera, que se retoma en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2715: «“Yo le miro y él me mira”, decía a su santo cura un campesino de Ars que oraba ante el Sagrario (cfr. F. TROCHU, *Le curé d’Ars Saint Jean Marie Vianney*, pp. 223-224)». No es este el libro de Trochu que contiene la biblioteca de san Josemaría, sino la famosa biografía, un clásico para los sacerdotes seculares que, por ejemplo, influyó en la vocación sacerdotal de san Juan Pablo II⁸⁵ y que podemos pensar que san Josemaría leyó. La segunda anécdota contada durante ese retiro en 1940 fue recogida también más tarde en un documento eclesial, esta vez la encíclica *Sacerdotii Nostri Primordia* de san Juan XXIII. Es la respuesta del santo párroco a un compañero sacerdote que se quejaba de la falta de eficacia de su ministerio: «Habéis orado, habéis llorado, gemido y suspirado. Pero ¿habéis ayunado, habéis velado, habéis dormido en el suelo, os habéis disciplinado? Mientras a ello os neguéis, no creáis haberlo hecho todo»⁸⁶. He querido citar estos documentos magisteriales y hacer referencia a los santos Juan XXIII y Juan Pablo II para ilustrar que hay enseñanzas de la vida de Juan María Vianney que han marcado a varias generaciones de sacerdotes (Angelo Roncalli nació en 1881, Josemaría Escrivá en 1902 y Karol Wojtyła en 1920).

El cura de Ars intercesor, pero no modelo de la vocación específica del Opus Dei

San Josemaría lee y cita a san Juan María Vianney, su vida y sus enseñanzas le inspiran, pero no lo considera un modelo a imitar para vivir la vocación al Opus Dei. Parece ser que, a causa del cura de Ars, Mons. Escrivá cambió el título de los intercesores de la Obra, que en un principio se habían llamado *patronos menores*. Con el cambio de título se quiso subrayar que los fieles del Opus Dei recurren a la intercesión de estos santos, pero no están obligados a imitarlos.

Este cambio de terminología parece estar relacionado con un episodio del verano de 1961, durante una reunión con el fundador del Opus Dei en el colegio mayor La Estila (Santiago de Compostela)⁸⁷, uno de los presentes preguntó a san Josemaría si los sacerdotes de la Obra debían imitar a los entonces llamados *patronos menores*, añadiendo que le resultaba difícil pensar que los sacerdotes de la Obra debían tomar como modelo al cura de Ars. La pregunta no especifica los aspectos a los que se refiere el que la hace, pero se podría pensar en particular en la forma concreta de vivir la pobreza, que Juan María Vianney vivió heroicamente con una sotana a menudo sucia y zapatos sin limpiar⁸⁸, mientras que san Josemaría procuraba usar una sotana siempre limpia, que utilizaba hasta desgastarla, y zapatos —tenía dos pares— que él mismo limpiaba durante años⁸⁹. Su actitud refleja lo que predicaba sobre las formas seculares de vivir la pobreza, que implican una cierta elegancia vivida de acuerdo con las circunstancias sociales de cada uno. Otro testigo recuerda que san Josemaría dijo que el cura de Ars no era modelo para los fieles del Opus Dei en su modo de mortificarse, al comer muy poco o comer alimentos en mal estado⁹⁰. El hecho es que en 1961 el fundador del Opus Dei respondió a la pregunta diciendo que los *patronos menores* eran solo intercesores, y que los miembros de la Obra deben vivir el espíritu que les corresponde e imitar solo a Jesús, María y José. El fundador no juzgó negativamente la vida de los intercesores en general, y la del santo cura en particular, sino que simplemente quiso señalar que no era un modelo para vivir según el espíritu del Opus Dei. Unos meses después, el 13 de abril de 1962, envió una nota del gobierno que afirmaba que los intercesores no eran un modelo para vivir la vocación específica del Opus Dei⁹¹.

San Josemaría y el cura de Ars después de 1951-1953

Una vez que lo nombró intercesor para las relaciones con los ordinarios locales, san Josemaría rezó al cura de Ars porque era el primero en vivir el espíritu que transmitió a sus hijos, y continúa mencionándolo en sus enseñanzas. El 15 de diciembre de 1954, por ejemplo, hablando de la necesidad de pedir a Dios muchos sacerdotes doctos y santos para el Opus Dei, añadió: «Porque si no son doctos no podrán ser santos. Y me diréis: —Padre, ¿y el cura de Ars? El cura de Ars terminó siendo docto y santo, porque el Señor le daba sus iluminaciones y porque había puesto todo el esfuerzo humano —los medios humanos— para ser docto»⁹². Una vez más, san Josemaría muestra su buen conocimiento de la vida del cura de Ars, que, a pesar de las dificultades de sus estudios eclesiásticos, pudo adquirir un buen nivel de formación intelectual. Como ya se ha dicho, todos los inviernos estudiaba la *Théologie morale à l'usage des curés et des confesseurs* (1844) del cardenal Charles Gousset, arzobispo de Reims, según lo relatado por su vicario Raymond⁹³. Leía un libro de teología o espiritualidad todos los días, en la cama, aunque hubiera confesado durante muchas horas. Su biblioteca constaba de 426 volúmenes⁹⁴, escritos de los Padres, y de autores espirituales como fray Luis de Granada. Releyó a menudo el libro fundamental de su formación inicial, las *Instructions sur le rituel, concernant la théorie et la pratique des sacrements et de la morale*, del obispo de Tolón, Louis Albert Joly de Choin (1778); pero sus libros preferidos fueron los dos volúmenes de la *Vie des saints* de François Giry⁹⁵.

El 8 de noviembre de 1968, catorce años después del primer ejemplo que hemos escogido, en el contexto de la crisis posconciliar, san Josemaría exhortaba a sus oyentes a estudiar la doctrina y comentaba: «Al santo cura de Ars, para ordenarle, su obispo solo le exigió que supiera el Padrenuestro y el Credo. Ahora, si a algunos les preguntan el Credo y el Padrenuestro, se tropiezan»⁹⁶. En este caso los datos biográficos no parecen exactos: Joseph Courbon, vicario general del cardenal Fesch, arzobispo de Lyon en el exilio en Roma, habría preguntado por el cura de Ars, cuyos resultados en los exámenes no fueron brillantes: «¿Es piadoso? ¿Tiene devoción a la Santísima Virgen?», y como se le respondió: «Sí, es un modelo de piedad», decidió ordenarlo⁹⁷.

También hay otros detalles concretos de la devoción hacia san Juan María Vianney que no se manifestaron en la vida de Mons. Escrivá hasta después de 1951-1953. La primera de estas manifestaciones sería sin duda las visitas a Ars. San Josemaría fue allí a rezar nueve veces, de 1953 a 1960: todas estas visitas tuvieron lugar después de su nombramiento como intercesor — y se puede deducir que san Josemaría le rezara como tal, para acompañar la expansión del trabajo apostólico de sus hijos espirituales en nuevas diócesis —, y también después de que el fundador del Opus Dei *viera* que la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz podía abrirse a los sacerdotes diocesanos, por lo que es de suponer que también se rezara a Juan María Vianney en tanto que santo sacerdote secular, algo que se ilustra con una segunda manifestación de piedad: el proyecto no llevado a cabo de realizar una peregrinación de la Sociedad Sacerdotal a Ars. Según Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei y testigo presencial de varias de estas peregrinaciones a Ars, fueron estas dos intenciones de oración las que animaron a san Josemaría durante sus visitas a Ars: «He presenciado el cariño que le manifestaba nuestro Padre, cuando en alguna ocasión acudió a venerarlo en Ars, para encomendarle la santidad de los sacerdotes y las relaciones del Opus Dei con los obispos diocesanos»⁹⁸.

Visitas a Ars

Sobre estas visitas se ha encontrado poca documentación⁹⁹. La primera tuvo lugar el 25 de octubre de 1953, cuando san Josemaría y sus acompañantes llegaron de París y Fontainebleau y luego partieron hacia Chambéry e Italia¹⁰⁰.

La segunda visita fue el 20 de noviembre de 1955. Esta vez vinieron de Italia pasando por Milán. Este 20 de noviembre era domingo, y la iglesia de Ars estaba llena cuando entraron a rezar¹⁰¹. A continuación dejaron el pueblo para ir a Mâcon y luego a Fontainebleau¹⁰².

La tercera visita tuvo lugar el 27 de junio de 1956. San Josemaría celebró la Santa Misa por primera vez en Ars, partió hacia Versalles y París, y luego a Bélgica¹⁰³.

En 1957 realizó tres visitas a Ars¹⁰⁴: la primera tuvo lugar el 21 de mayo (siguieron¹⁰⁵ el itinerario Bolonia - Bardonecchia - Modane - Ars y

partieron para Aviñón, luego Lourdes, París y de vuelta a Italia¹⁰⁶). En Lourdes y en Ars, san Josemaría rezó por su hermana Carmen, diagnosticada de cáncer poco antes, el 4 de marzo, y que murió el 20 de junio¹⁰⁷; la segunda de 1957, los días 13 y 14 de septiembre (venían de Lyon para pasar la que probablemente fue la primera noche de san Josemaría en Ars y prosiguen hacia Italia: Modane - Bardonecchia - Montecatini¹⁰⁸); la tercera de 1957, el 24 de noviembre (venían de Italia¹⁰⁹ y habían pasado previamente por Lourdes y Marsella, y luego continuaron su viaje a Versalles y París, para finalmente regresar a Roma¹¹⁰).

Su séptima visita tiene lugar los días 1 y 2 de febrero de 1958, tras celebrar la Misa¹¹¹ vuelven directamente a Roma¹¹². La octava peregrinación fue el 13 de mayo de 1959: vienen de Italia, pasan por Mónaco y luego salen para el sur de Francia y España¹¹³.

San Josemaría hizo su novena y última peregrinación del 31 de octubre al 1 de noviembre de 1960: llegó de París y Lyon, y anteriormente de España, y después de Ars pasó de nuevo por Lyon antes de ir a Roma vía Milán¹¹⁴.

Le quedaban aún quince años de vida —como se sabe, san Josemaría falleció en 1975—, esta novena visita tiene lugar durante su decimoséptimo paso por Francia, país al que volverá en dieciocho ocasiones¹¹⁵, pero parece que ya no irá a Ars, ¿por qué? A falta de pruebas documentales, yo plantearía tres hipótesis. Por una parte, la labor apostólica de la Obra se desarrollaba en Francia especialmente en París, y los viajes del fundador eran, en primer lugar, para ver a sus hijos espirituales, para animarlos y para rezar con ellos y por ellos; por otra parte, la crisis de la Iglesia, que hizo sufrir tanto a san Josemaría en los últimos años de su vida¹¹⁶, le lleva a acudir más intensamente a la Virgen, y a multiplicar las visitas a los santuarios de la Virgen durante sus viajes: María tiene prioridad sobre los otros santos, la *hiperdulía* sobre la *dulía*; finalmente, aunque sea un motivo más prosaico, algunos viajes no se hacen en coche sino en avión¹¹⁷ y el paso por el pequeño pueblo de Ars se hace más difícil.

El proyecto de peregrinación

Otra manifestación de la devoción de san Josemaría a san Juan María Vianney es su proyecto —no efectuado— de realizar una peregrinación a Ars con los sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Lo había planeado para 1956 y, en la nota de gobierno que anunciaba el proyecto, pedía a los directores de la Obra y a los sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal sus opiniones al respecto. Cuando redactó la nota, todavía no había especificado el programa de la peregrinación: solamente anunció que se buscaría una alta figura eclesiástica para presidir la actividad, y que incluirá un día de retiro que predicaría él mismo. Como esperaba muchos frutos espirituales de esa reunión, pedía a sus hijos oraciones para obtenerlos: «1. Os comunico que tengo el propósito de organizar, dentro del año 1956, una peregrinación a Ars. Convendrá que asistan, con los sacerdotes numerarios que se designen, el mayor número posible de sacerdotes oblatos¹¹⁸, supernumerarios, cooperadores y asistentes eclesiásticos de las distintas regiones. 2. Encomendad el asunto, para que a su hora saquemos muchos frutos espirituales de esta visita al santo cura de Ars, nuestro patrón. 3. Oportunamente se señalará, con antelación suficiente, cuándo va a hacerse la peregrinación, los días que se van a emplear, los actos —entre ellos, una jornada de retiro—, el precio, etc. 4. Se procurará que presida una alta personalidad eclesiástica; y el Director espiritual será vuestro Padre. 5. Se estudiarán también con cariño las cosas materiales, para lograr que el viaje y la estancia en la parroquia de San Juan María Vianney sean una Convivencia más, ¡de las nuestras! 6. Id contando estas cosas, sin darles carácter oficial, para que esos hijos de la S.S.S.+ [Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz] den su parecer y, sobre todo, indiquen el tiempo más oportuno. 7. No dejéis de decirme lo que vayáis pensando sobre este asunto»¹¹⁹.

En noviembre de 1955, de paso por París, hablaba del proyecto a sus hijos, explicándoles que contaría con ellos para ciertos detalles de la organización¹²⁰. Algunos meses más tarde, en marzo de 1956, una nueva nota anunciaba el aplazamiento de la peregrinación a 1957, un retraso debido a la preparación del II Congreso General del Opus Dei, que se celebraría en Einsiedeln (Suiza) del 22 al 25 de agosto de 1956¹²¹. San Josemaría termina escribiendo: «Seguid encomendando el asunto, pues no tardaremos mucho en realizar este proyecto»¹²².

A partir de ese momento, los archivos guardan silencio: no hay rastro de las reacciones al proyecto inicial planteado en 1955, ni otras opiniones posteriores que expliquen el abandono de una idea que finalmente nunca se llevó a cabo, ni en 1957 ni más tarde. Se sabe solamente que abandonó la idea porque consideró que la organización de actividades colectivas de este tipo no pertenecía al espíritu del Opus Dei¹²³. Se puede pensar, sin duda, que en esta decisión pesó lo que san Josemaría llamaba *humildad colectiva*, que entendía que sus hijos debían vivir con él, para evitar el fanatismo del grupo, la falsa gloria de los números, de las multitudes y de las estadísticas; a menudo animaba a sus hijos espirituales a vivir únicamente para la gloria de Dios, a amar el trabajo silencioso y eficaz sin buscar aplausos, a esconderse y desaparecer¹²⁴. Tal vez san Josemaría pensó que esta peregrinación podría fomentar un espíritu de cuerpo fuera de lugar; tal vez también temió que su humildad sufriera con un acto colectivo en el que necesariamente su persona hubiera sido punto de referencia como fundador de la Sociedad Sacerdotal.

El santo cura de Ars en Villa Tevere

La devoción a los santos tiene otra manifestación habitual en la historia de la espiritualidad que se encuentra en la relación de san Josemaría con san Juan María: los cristianos construyen lugares de culto para honrar a Dios a la vez que recuerdan a sus santos y veneran sus representaciones. Es lo que hizo el fundador del Opus Dei en Villa Tevere, donde vivió en Roma y desde donde dirigió la Obra en todo el mundo.

Desde un punto de vista arquitectónico, esa tradición cristiana de expresar la devoción a través del arte sagrado se aprecia en el oratorio dedicado al cura de Ars en Villa Tevere. Su construcción se decidió después de marzo de 1952, y por lo tanto durante el período 1951-1953, el período del nombramiento como intercesor, como hemos visto anteriormente¹²⁵. La realización del proyecto llegará cinco años más tarde, cuando los arquitectos están ya trabajando en la zona de Villa Tevere en la que quedará emplazado ese oratorio. Las primeras indicaciones recibidas de san Josemaría fueron bastante generales: que el estilo debía ser «relativamente moderno» y que el retablo, que estaría presidido por una imagen del santo párroco, conmemoraría de alguna manera la historia de la Sociedad Sacerdotal¹²⁶. Los arquitectos comenzaron a trabajar en marzo de 1958¹²⁷ y

pronto se preocuparon por el limitado espacio que el desarrollo de las obras dejaba a su disposición. San Josemaría los animó paternalmente, aprobó sus propuestas y los consoló por el pequeño tamaño del oratorio, haciéndoles considerar que más tarde tendrían que realizar construcciones más ambiciosas: «ya llegará la hora de hacer catedrales», les dijo¹²⁸.

Un detalle muestra de nuevo el conocimiento de san Josemaría sobre la vida y la personalidad de san Juan María. Cuando el oratorio no era más que un proyecto, el fundador del Opus Dei aludió a la posibilidad de colocar bajo el futuro altar del santo párroco las reliquias del cuerpo entero de un mártir, y mencionó a este respecto la devoción del cura de Ars a las reliquias¹²⁹. Al final el altar no incluyó el cuerpo entero de ningún santo, pero es interesante notar que san Josemaría sabe que a san Juan María le gustaba rezar a los santos delante de sus reliquias¹³⁰.

El oratorio definitivo no incluye el retablo que debía ilustrar la historia de la Sociedad Sacerdotal, sin duda por ser más pequeño de lo que preveían inicialmente los arquitectos. El elemento esencial de su decoración, que lo vincula al cura de Ars, es una gran estatua del santo colocada en un pedestal detrás del altar, y que tiene la misma altura que san Josemaría¹³¹. En mayo de 1957, el diario de las obras menciona que será de tamaño natural, y se basará en unas fotografías traídas por san Josemaría, que pasó por Ars el 21 de mayo durante su cuarta visita al santuario. Esas fotos, que no he encontrado en los archivos de la Prelatura, eran quizás la estatua de Émilien Cabuchet o del relicario del santo. El diario de las obras precisa también que san Josemaría entregó a los arquitectos una figura del santo párroco¹³². Se trata posiblemente de una imagen de madera, hecha en Francia en 1953 para san Josemaría¹³³: la recibió en julio del mismo año, le gustaba mucho y la colocó un tiempo en su mesa de trabajo, según dijo a sus hijos de Francia¹³⁴.

El 12 de junio de 1957, se entregaron las fotos al escultor Pasquale Sciancalepore, que presentó un croquis rápidamente cuatro días más tarde¹³⁵. El encargo se formalizó en julio, y el artista, después de elegir una pieza de mármol en Querceta (Toscana)¹³⁶, comenzó su escultura. San Josemaría visitó su estudio al menos dos veces durante la realización de la obra, y en cada una de ellas expresó su satisfacción por el resultado¹³⁷. La

escultura se terminó en mayo de 1958¹³⁸, el pedestal que la sustenta fue montado en el oratorio en agosto¹³⁹, y todo debió terminarse entre agosto de 1958 y mayo de 1959, período sobre el que no existen notas en el diario de las obras.

Además de este oratorio dedicado al cura de Ars y la imagen de madera del oratorio-biblioteca mencionada más arriba, san Juan María Vianney también está presente en Villa Tevere con los otros intercesores: hay reliquias suyas en el altar de la Santísima Trinidad, donde san Josemaría solía celebrar la Santa Misa¹⁴⁰; en el retablo de un oratorio dedicado a los intercesores¹⁴¹; y una pequeña imagen de plata que adorna el sagrario del oratorio del Consejo General de la Prelatura, que llegó a Villa Tevere en septiembre de 1956¹⁴². Hay que mencionar también, fuera de Villa Tevere, la estatua del santo párroco colocada —junto con las de los demás intercesores— en el retablo del santuario de Torreciudad, cuya elaboración siguió muy de cerca san Josemaría¹⁴³.

Como escribió san John Henry Newman, «jamás la Iglesia Católica pierde lo que una vez poseyó. (...) En lugar de pasar de una fase de la vida a otra, lleva consigo la juventud y la madurez hasta la vejez. (...) Domingo no le hace sombra a Benito»¹⁴⁴, y se podría añadir que san Josemaría no le hace sombra a san Juan María Vianney. Gracias a la hermosa verdad de la comunión de los santos¹⁴⁵, se forjan amistades entre los cristianos a través de los siglos, y la devoción del fundador del Opus Dei al cura de Ars es un buen ejemplo de uno de esos puentes de afecto y confianza construidos más allá de la muerte: esto es lo que este artículo ha tratado de ilustrar. Vemos que «los santos se dan la mano y nos dan la mano»¹⁴⁶ para animarnos también a que vayamos hacia Dios.

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

San Pío X¹⁴⁷

MIGUEL DE SALIS AMARAL

Nuestro propósito en este artículo es describir las circunstancias en las que san Josemaría nombró a san Pío X intercesor para las relaciones del Opus Dei con la Santa Sede. Contrariamente a lo que sucede con los otros cuatro intercesores, el papa Pío X es un personaje muy reciente, beatificado algunos años después de haberse trasladado san Josemaría a Roma. Para conocer el contexto en el que tuvo lugar su nombramiento como intercesor del Opus Dei veremos primero la devoción de san Josemaría a este santo, un afecto que se inserta en la devoción existente en España a este papa y, más ampliamente, en la historia de la devoción de toda la Iglesia tras su fallecimiento. Por este motivo, nuestro trabajo comenzará por describir en líneas generales la devoción a san Pío X en la Iglesia, en particular en la Iglesia española. Eso ayudará a enmarcar e interpretar los momentos de los que hay constancia de la devoción del fundador del Opus Dei a este santo, que constituyen la segunda parte de nuestro estudio. Así se entenderá mejor el momento histórico en el que san Josemaría decidió nombrarlo intercesor del Opus Dei. Veremos, al final, algunos aspectos de esa devoción posteriores a su nombramiento.

La devoción a Pío X en la Iglesia

Pío X falleció el 20 de agosto de 1914. Durante el velatorio, le pusieron un crucifijo en las manos que fue retirado antes del entierro. Por voluntad suya, lo sepultaron en las Grutas Vaticanas, lugar conocido también como Cripta de los Papas, situado en el piso inferior de la Basílica de San Pedro. Por entonces, la cripta conservaba prácticamente el mismo aspecto que tenía a mediados del siglo XVII, cuando se concluyó la nueva basílica: era un local poco aireado, con techo mucho más bajo que el actual y al que solo se accedía a través una escalera estrecha. Por ello, solo se permitía el acceso a la cripta con algunas restricciones¹⁴⁸. El papa fue sepultado junto a la columna de san Andrés, muy cerca del lugar donde actualmente yace el cuerpo de Pío XI; en la época, el acceso a esa zona de la cripta se hacía desde el pilar situado al sudeste, donde está la estatua de aquel apóstol. Era el primer enterramiento que se hacía en esa zona de la basílica desde hacía muchas décadas¹⁴⁹.

La fama de santidad de Pío X desde su muerte hasta mediados de los años treinta del siglo XX

Las fuentes consultadas muestran que, desde el inicio, fueron muchos los peregrinos, italianos y extranjeros, que acudían a la intercesión de Pío X al ir a San Pedro y visitaban su tumba para rezar. A menudo, por la imposibilidad de bajar a la cripta, los fieles rezaban desde la basílica. Después de la muerte del papa, el cardenal Rafael Merry del Val fue nombrado arcipreste de la basílica y celebraba la Santa Misa junto a la tumba del papa el día 20 de cada mes¹⁵⁰. El ecónomo de la Basílica de San Pedro, Mons. De Bisogno, hizo colocar una cruz de latón en el suelo de esta, señalando el lugar que la tumba ocupaba en la cripta. Gracias a esa señal, los fieles que no conseguían acceder al piso subterráneo podrían rezar lo más cerca posible del cuerpo¹⁵¹. En el año 1923, se inauguró una estatua de Pío X en la Basílica Vaticana, cerca de la capilla de la Presentación, y empezó formalmente su proceso de canonización¹⁵². De ese año en adelante, llegaron a la Postulación muchas cartas que manifestaban la devoción a Pío X en la Iglesia y nos ayudan a conocer cómo era visto este papa por los fieles del mundo entero en las décadas de 1923-1943.

Las cartas postulatorias y las dirigidas directamente al cardenal Rafael Merry del Val, en las que se manifestaba la alegría por el inicio de la Causa, muestran que la fama de santidad de Pío X estaba muy difundida en la Iglesia universal. Las más largas hacen una breve reseña de la vida de este romano pontífice; en las demás se subrayan algunos temas particulares, que señalamos: un primer punto que aparece en muchas cartas es la convicción de que Pío X vivió santamente las virtudes. Un segundo punto que aparece en la casi totalidad de las cartas que pudimos consultar es el empeño de Pío X por acercar la Eucaristía a los niños y su exhortación a la Comunión frecuente. Este papa es conocido principalmente por esta acción pastoral respecto al Sacramento Eucarístico. Hay cartas en las que aparecen otras referencias que son siempre mucho más breves, por ejemplo: a la reforma litúrgica y a la de la música sacra¹⁵³.

Por áreas geográficas, podríamos decir que en Italia, Irlanda y Francia hay más menciones a la acción del papa respecto a la renovación de la vida del clero, el impulso de la catequesis, la defensa de la fe contra el modernismo

y los derechos de la Iglesia contra las intromisiones del poder civil¹⁵⁴. En otros países, su acción pastoral con relación a la Eucaristía, sea el adelanto de la Primera Comunión de los niños o la exhortación a la Comunión frecuente, es el argumento principal invocado por los obispos¹⁵⁵. Por último, en el caso de España, hemos encontrado una carta colectiva, con fecha de 25 de octubre de 1923, firmada por los obispos de 56 diócesis de ese país. Entre los firmantes, por su importancia para nuestro estudio, señalamos al obispo de la diócesis de Calahorra y La Calzada¹⁵⁶, el de la diócesis de Barbastro y el de la archidiócesis de Zaragoza. En la misiva, se solicita la canonización de Pío X y se justifica la petición por el reconocimiento de sus virtudes excelsas y singulares, y porque concede muchos favores. El episcopado español le llama «Pontífice de la Eucaristía»¹⁵⁷. En esta carta y en la del arzobispo de Westminster, Arthur Hinsley, del 28 de octubre de 1937, que había enviado varias cartas postulatorias de Reino Unido y del Imperio Británico (África e India inglesas), no hay referencias a la defensa de la fe contra el modernismo¹⁵⁸. Por último, como curiosidad, hemos encontrado una carta de 1925 en la que un grupo de sacerdotes españoles, tras terminar sus ejercicios espirituales en Burgos, escribe un mensaje en el que testimonian la fama de santidad de Pío X. En el registro de las cartas postulatorias, se encuentra asimismo un fragmento de una breve nota de 1915, firmada por D. Leopoldo Eijo y Garay, entonces obispo de Tuy¹⁵⁹, al cardenal Rafael Merry del Val, en la que se congratula del hecho de que se haya podido erigir una estatua a Pío X en esa diócesis.

La fama de santidad de Pío X desde finales de los años treinta hasta su canonización

Al intentar abrir espacio para la capilla sepulcral de Pío XI, en el invierno de 1939, se hallaron restos arqueológicos que llevaron a Pío XII a aprobar las excavaciones que permitieron el descubrimiento de la Necrópolis vaticana (se hicieron también excavaciones alrededor de la tumba de San Pedro). En su conjunto, las obras no terminaron hasta 1950 y, por algunos períodos, la Cripta permaneció totalmente cerrada al público. Al final de esta época de excavaciones, iniciadas diez años antes, la Cripta de los Papas había sufrido muchos cambios. Uno de los más conocidos es el de haber rebajado el nivel del suelo en 80 cm, como se ve hoy, pero el que más nos

interesa se refiere al cambio de lugar de la tumba de Pío X, trasladada el 11 de marzo de 1945 al nivel de la Basílica Vaticana y, más en concreto, a una hornacina en la pared del lado derecho de la capilla de la Presentación. La elección del lugar era muy lógica, ya que la estatua de Pío X inaugurada en 1923 estaba justo al lado derecho de esa capilla. Este cambio del sepulcro de Pío X fue motivado por su fama de santidad¹⁶⁰.

La Causa de beatificación de Pío X siguió su trayectoria durante el pontificado de Pío XII. En 1939 se celebraba el 25 aniversario de la muerte de Pío X, por lo que en agosto se organizó una peregrinación conmemorativa a Roma venida de Venecia y de otros lugares. En su discurso a los peregrinos, Pío XII se refirió a los diversos temas que ya hemos señalado brevemente hablando de las cartas postulatorias, y subrayó las virtudes de Pío X, deteniéndose sobre todo en las circunstancias del momento de *preguerra* y pidiendo la paz. La libertad de la Iglesia fue el otro tema que recibió particular atención en este discurso del papa Pío XII¹⁶¹.

También *L'Osservatore Romano* relata que, después de la Misa en San Pedro, los peregrinos bajaban a las Grutas vaticanas por las escaleras situadas en el pilar de San Andrés. Hacían cola y los gendarmes debían regular el acceso al subterráneo, ya que no se permitía detenerse demasiado tiempo junto a la tumba de este papa. La escena se repitió durante todo el día 20 de agosto de 1939, domingo, y el periódico cuenta que algunos fieles no consiguieron bajar, resignándose a arrodillarse junto a la cruz dorada que, en el suelo de la Basílica, señalaba el lugar correspondiente a la tumba. Ese día, pasaron por allí cerca de diez mil personas¹⁶².

Las peregrinaciones siguieron tras la segunda guerra mundial, con una particularmente numerosa los primeros días de septiembre de 1948, proveniente de la archidiócesis de Boston, formada por los miembros de la archicofradía de la Doctrina Cristiana¹⁶³. El papa Pío XII recibió esta peregrinación y, en su discurso en inglés, habló especialmente de la importancia de que fueran fieles a la doctrina cristiana, contenida en el catecismo. En ese mismo texto, el papa señaló que pocos años antes había hecho trasladar el cuerpo de Pío X desde la Cripta a la capilla de la Presentación de la Basílica, para facilitar las visitas a la tumba. El papa

tenía la convicción de que al hacerlo estaba facilitando que los fieles estuvieran más cerca de Dios¹⁶⁴.

El 3 de septiembre de 1950 fue aprobado el Decreto de las virtudes heroicas de Pío X y, pasados menos de seis meses, el Decreto de reconocimiento de dos milagros atribuidos a su intercesión. La beatificación de Pío X se celebró el 3 de junio de 1951¹⁶⁵. Analizando las virtudes y las acciones más notables mencionadas con ocasión de los actos de la beatificación de Pío X, sobresalen inmediatamente algunos puntos. En primer lugar, la virtud de la humildad, su afabilidad, su caridad y las virtudes propias del buen pastor. En su discurso, Pío XII defendió la heroicidad de las virtudes del nuevo beato y rebatió las dudas de los que le consideraban más fuerte que prudente. Se habló también por entonces de la libertad de la Iglesia y de la lucha por la defensa de la fe contra los enemigos de la Iglesia. Pío XII, sin embargo, consideraba que la característica más específica y singular del beato Pío X era la de que fuera el papa de la Santísima Eucaristía, refiriéndose expresamente a la medida con la que adelantó la edad de la primera Comunión, permitiendo que se diera también a los niños. En su súplica, Pío XII pedía al nuevo beato que protegiera la Iglesia de los peligros del mundo¹⁶⁶. Conviene hacerse cargo de la delicada situación que se vivía en la época: guerra fría, guerra de Corea, opresión comunista en China y en los países del Este de Europa. La urna con el cuerpo de Pío X estuvo expuesta a la veneración de los fieles algunos días, primero cerca del altar de la Confesión y luego en la capilla de la Presentación. Poco tiempo después, fue colocada dentro del altar de Cristo Rey, en la nave central de las Grutas Vaticanas, anteriormente remodeladas. Hoy día, en ese lugar, hay un cristal que permite a los peregrinos que estén en las Grutas ver la tumba de san Pedro y el arca de los palios. En febrero de 1952, el cuerpo del papa fue trasladado al altar de la capilla de la Presentación, donde permanece hasta la actualidad¹⁶⁷.

Poco después de la beatificación ocurrieron los dos milagros necesarios para proceder a la canonización del beato Pío X. Después del estudio habitual en estos casos, Pío XII los aprobó el 17 de enero de 1954 y, más tarde, fijó la canonización para el día 29 de mayo del mismo año. Entre lo más destacado de las enseñanzas del nuevo santo, estaba el deseo de *instaurar todo en Cristo* tanto en el ámbito individual como en el público,

la esperanza de que esta canonización llevara al incremento del fervor eucarístico, de que se siguiera más a santo Tomás de Aquino en la filosofía y en la teología y, en fin, de que este papa que tanto rezó por la paz, ayudara a los pueblos amenazados por la guerra¹⁶⁸. En su homilía del 29 de mayo, el papa Pío XII habló del espíritu de justicia y del derecho y de la defensa de la fe contra el modernismo (visto como separación entre fe y ciencia, y como germen de división entre los hombres que lleva a la guerra); se refirió también a la búsqueda de la santidad en Cristo, alargándose mucho sobre la acción de san Pío X unida a la Eucaristía. Además de las alusiones habituales, Pío XII presentó este sacramento como fuente de vida sobrenatural y de una renovada vida social, haciendo ver cómo san Pío X predicaba mucho sobre la unión entre Eucaristía y vida interior. Al final, acudió al nuevo santo para rogarle por la Iglesia y por la concordia entre las clases sociales¹⁶⁹. La fiesta litúrgica de san Pío X quedó fijada en el día 3 de septiembre.

Podemos resumir el cuadro presentado diciendo que Pío X gozó siempre de una gran fama de santidad. Fue esa la causa del traslado de su cuerpo a la Basílica de San Pedro antes de su beatificación. Con ello, a pesar de las obras que limitaron el acceso a la Cripta de los Papas, era posible rezar ante su tumba desde el fin de la segunda guerra mundial. Además, este papa era conocido y estimado principalmente por sus virtudes y por haber acercado la Santísima Eucaristía a todos. Las referencias al modernismo, al Catecismo, a la libertad de la Iglesia, al Código de derecho canónico y a otras medidas son señaladas con menos frecuencia. En España, donde vivió san Josemaría Escrivá, la referencia a la Eucaristía no solo era muy frecuente, sino que eclipsaba otras medidas y acciones de este papa.

La devoción de san Josemaría Escrivá a san Pío X y su nombramiento como intercesor del Opus Dei

Acabamos de ver los principales elementos que dibujan los contornos de la fama de santidad de la que gozaba Pío X en la vida de la Iglesia, que nos ofrecen el contexto específico en el que vivió san Josemaría Escrivá y nos proporcionan un primer marco para entender su devoción a san Pío X.

Hay dos hechos de su vida infantil que vale la pena indicar y se sitúan dentro del discurso que hemos hecho. El primero guarda relación con un

premio de buena conducta infantil que el pequeño Josemaría Escrivá recibió el 4 de octubre de 1908: el premio provenía de un concurso realizado con ocasión del cincuentenario de la ordenación sacerdotal de Pío X, para premiar a los niños de mejor conducta en la diócesis de Barbastro, en la que residía entonces con sus padres. En la entrega del premio estuvo presente el obispo administrador diocesano Mons. Isidro Badía y Sarradell y, al terminar, fue enviado un telegrama al Santo Padre en nombre de toda la diócesis manifestando el amor filial de todos sus miembros. Esto motivó una respuesta, también con un telegrama, del cardenal secretario de estado Rafael Merry del Val¹⁷⁰. Otro suceso importante de aquella época fue el decreto de 1910 por el que el papa permitió que se diera la Primera Comunión a los niños de siete años en adelante, motivo por el cual san Josemaría pudo hacer la suya poco tiempo después, el 23 de abril de 1912¹⁷¹. Esa fecha quedó grabada para siempre en su memoria y, a lo largo de su vida, se refirió muchas veces a este decreto de Pío X con agradecimiento y veneración.

En nuestra investigación, no hemos encontrado ningún documento jurídico en el que el fundador del Opus Dei haya dejado constancia de haber nombrado a san Pío X como intercesor del Opus Dei. Para poder determinar la fecha de lo ocurrido, consultamos diversas fuentes, como los testimonios recogidos con ocasión del proceso de beatificación y canonización de san Josemaría Escrivá, los diarios de las estancias romanas del fundador del Opus Dei y, en la medida de lo posible, las notas o referencias formuladas por él mismo. De esa consulta emerge que la decisión de nombrar a san Pío X intercesor de la Obra no responde a un hecho aislado. Los datos que hemos recogido muestran que se explica mejor dentro de la devoción de san Josemaría Escrivá a san Pío X, que se amplía y extiende a lo largo del tiempo, hasta el final de su vida. A continuación, expondremos en orden cronológico los elementos que hemos encontrado.

El primer registro que tenemos de una referencia en la que manifiesta su convencimiento de la santidad de Pío X está en la predicación de san Josemaría Escrivá en mayo de 1937, en mayo de 1937, mientras permanecía recluido en la Legación de Honduras, durante la guerra civil española¹⁷². En aquella ocasión, el fundador del Opus Dei asoció el lema del pontificado *instaurare omnia in Christo* a la misión de reconducir la creación a Cristo

según la luz que había recibido el día 7 de agosto de 1931: *et ego si exaltatus fuero a terra omnia traham ad meipsum*. Del mismo año 1937, tenemos otra referencia a Pío X; una breve anécdota ocurrida en Lourdes después de la celebración de la Santa Misa en el santuario, o sea, en una de las últimas etapas del paso de los Pirineos. La situamos, por tanto, en los primeros días de diciembre de aquel año. A la salida de la Cripta de la Basílica del Rosario, san Josemaría se encontró delante de una estatua de Pío X muy bella y allí renovó su amor y fidelidad al papa. «¡Con qué honda satisfacción le besé la mano!», escribió¹⁷³.

Pasada la guerra civil española, encontramos el relato de un testigo: «Un día de aquella primavera o verano de 1940, estaba hablándonos el Padre, en el oratorio de Jenner, de la Sagrada Eucaristía y, de pasada, se refirió a la decisiva influencia que había tenido Pío X en promover la comunión frecuente. Al hacerlo, dijo de una manera tan firme y segura que no dejó en mí lugar a dudas, que Pío X había sido un papa muy santo y que le veríamos pronto en los altares. Esto sucedía bastantes años antes de que se le canonizara»¹⁷⁴. Entre los escritos que se conservan hay una dedicatoria que puso en el libro de Ferruccio de Carli, *Pío X y su tiempo*, regalado a una hermana de D. Eliodoro Gil el día 6 de enero de 1944.

Podemos concluir que antes de viajar a Roma y de trasladarse definitivamente a vivir en la Ciudad Eterna, el fundador del Opus Dei ya consideraba a Pío X como santo y le tenía una devoción particular, manifestada en su oración y en la difusión de su vida. Entre los aspectos de la vida y obras de este papa más presentes en la mente de san Josemaría, la Eucaristía tiene un lugar destacado, seguida del amor a la Iglesia y del deseo de que el Reino de Cristo sea instaurado en todas las personas. No consta ninguna referencia al modernismo, a la libertad de la Iglesia, a la reforma de la música sacra o a otros asuntos. Si tenemos en cuenta lo dicho antes sobre la devoción a san Pío X en España, se puede concluir que los datos disponibles muestran que la devoción de san Josemaría converge y es coherente, en sus líneas principales, con la que hemos podido comprobar en el país desde las fuentes documentales del proceso de san Pío X.

El siguiente grupo de pruebas documentales se refiere a los primeros años de la vida de san Josemaría Escrivá en Roma, antes de la canonización de

Pío X, o sea, entre junio de 1946 y mayo de 1954. Como hemos visto, cuando llegó a la Ciudad Eterna, el piso inferior de la Basílica de San Pedro estaba en profunda remodelación, motivada por el hallazgo de la tumba de san Pedro y de la Necrópolis vaticana, pero el cuerpo de Pío X ya había sido trasladado provisionalmente a un nicho en la pared del lado derecho de la capilla de la Presentación de la misma Basílica, por lo tanto, ya estaba accesible a todos los peregrinos. Con la beatificación, la urna con los restos mortales del papa fue colocada en el altar de Cristo Rey, en la Cripta de los Papas y, el 17 de febrero de 1952, trasladada al altar de la Capilla de la Presentación. Hay abundante documentación relativa a las frecuentes visitas de san Josemaría Escrivá a la Basílica, y a su costumbre de rezar un Credo delante del altar de la Confesión. En los diarios de los centros de Roma de esos primeros años consta claramente esta devoción de «acudir a rezar un Credo en San Pedro»¹⁷⁵, aunque en términos muy genéricos y variados, por lo que el Símbolo podía ser rezado también en la Plaza —a veces se indica que fue rezado desde el *foco* de una de las elipses del *Colonnato*— o dentro de la Basílica. Como en aquella época era posible entrar habitualmente con el coche hasta dentro de la Plaza, consta que alguna vez san Josemaría no llegaba a bajar del automóvil: aprovechaba estar de paso cerca de San Pedro para parar en la misma Plaza y rezar un Credo sin salir del coche¹⁷⁶. Desde octubre de 1953, esos mismos diarios relatan de vez en cuando que los miembros del Opus Dei que viajaban a Roma eran acompañados por el fundador o por otra persona de la Obra al interior de la Basílica, quedándose algunos minutos dentro para rezar¹⁷⁷. En fechas posteriores aparece con más claridad el recorrido que san Josemaría Escrivá aconsejaba hacer al entrar en San Pedro: primero, hacer una visita al Santísimo Sacramento; luego, rezar una Salve junto de una de las imágenes de la Virgen; en tercer lugar, rezar un Credo de rodillas delante del altar de la Confesión; y en cuarto lugar, rezar un Padrenuestro junto a la tumba de san Pío X, que estaba en la capilla de la Presentación, para pedir por el papa, por la Iglesia y por alguna intención especial unida a las relaciones de la Obra con la Santa Sede¹⁷⁸.

Los diarios del centro de *Piazza della Città Leonina* y, más tarde, del Colegio Romano de la Santa Cruz, relatan que san Josemaría procuraba ir a celebrar la Santa Misa en San Pedro en uno de los días siguientes a sus llegadas a Roma y en uno de los días anteriores a sus salidas de Roma¹⁷⁹.

No disponemos de un registro de los altares en los que pudo celebrar cada una de esas misas, pero consta en el diario que el 31 de agosto de 1946, fecha en la que regresaba a España, san Josemaría fue con el beato Álvaro del Portillo a San Pedro, por la mañana, a rezar. Sabemos por esa fuente que don Álvaro celebró la Santa Misa «en el altar de Pío X» y san Josemaría regresó y celebró la Misa en casa¹⁸⁰. Sabemos también, de un modo genérico, que san Josemaría celebró en la Basílica de San Pedro en otras fechas y que fue a rezar varias veces junto a la tumba de Pío X antes de su canonización¹⁸¹. Por lo que parece, alrededor del día 12 de febrero de 1953, san Josemaría fue varias veces a la Basílica o a la Plaza de San Pedro para rezar¹⁸². El día 26 de febrero de ese mismo año, el diario recoge que san Josemaría y el beato Álvaro del Portillo fueron al dentista y, de paso, a la Basílica de San Pedro, en donde entraron, ya que el fundador «quería rezar a san Pío X [sic]». El texto del diario parece cometer un error, ya que Pío X era solo beato entonces. Este error vuelve a aparecer en el día siguiente, 27 de febrero:

«A mitad de tertulia viene el Padre con nosotros. Nos dice que en 1934 o 1935 —no recuerdo con exactitud— puso bajo el patrocinio del santo cura de Ars las relaciones de la Obra con los obispos. Y hace pocos días, encomendó a san Pío X [sic] las relaciones con la Santa Sede. Nos habló a propósito de esto de alguna devoción particular a los santos, que tienen los hombres piadosos, que es una característica que el Padre quiere para todos sus hijos en la Obra»¹⁸³.

Varias semanas después, encontramos otro texto elocuente en el mismo diario: «Por la mañana sale el Padre, con don Álvaro y don José María. Van primero a San Pedro, para despedirse don José María. Entran en la Basílica y rezan una oración a san Pío X, nuestro patrón —*por devoción del Padre*— en las relaciones con la Santa Sede»¹⁸⁴. La cursiva es un añadido posterior a la redacción del diario, con otro tipo de letra y otra pluma.

Del análisis de los textos presentados podemos deducir que la fecha en la que san Pío X pasó a ser intercesor del Opus Dei en las relaciones con la Santa Sede es febrero de 1953: es probable que se trate de la segunda mitad del mes, y es seguro que esa decisión es anterior al día 27. La decisión está precedida de ratos de oración del fundador del Opus Dei ante la tumba del

entonces beato Pío X, rogando por asuntos vinculados a la relación de la Obra con la Santa Sede. Aunque solo haya constancia de un relato explícito de esa oración ante la tumba de san Pío X y de un testimonio genérico de Lourdes Toranzo, que sabe que el fundador del Opus Dei antes de la canonización iba con frecuencia a rezar allí, como la devoción que le tenía es muy anterior y sólida, tenemos la certeza moral de que habrá ido muchas veces a rezar ante sus restos antes del 27 de febrero de 1953. Ese nombramiento como «patrono» —solo más tarde se le aplicaría el término «intercesor»— tenía como objeto las relaciones de la Obra con la Santa Sede.

En la documentación consultada no hay elementos que muestren con claridad el motivo que llevó a acudir a este intercesor en aquel preciso momento de la historia del Opus Dei. Sí constan, por otras fuentes, algunas dificultades importantes en aquellos años que podrían haber comprometido las relaciones entre el Opus Dei y la Santa Sede, causadas por calumnias infundadas. Un primer grupo de acusaciones de este tipo llevó a san Josemaría a consagrar el Opus Dei a la Sagrada Familia de Nazareth el 14 de mayo de 1951 (o sea, un poco antes de la beatificación de Pío X). Un segundo tipo de calumnias lo condujo a consagrar la Obra al Inmaculado Corazón de María el 15 de agosto de 1951 (pasada ya la beatificación de ese papa). Sobre los obstáculos que llevaron a esta última consagración, hay documentación ya publicada que muestra el sufrimiento de san Josemaría y los trámites realizados de esa fecha en adelante, hasta la entrevista del cardenal Federico Tedeschini con Pío XII del 18 de marzo de 1952, momento en el que la cuestión quedó resuelta. En octubre de ese mismo año, en la fiesta de Cristo Rey, el fundador del Opus Dei volvió a consagrar la Obra y sus apostolados, esta vez al Sagrado Corazón de Jesús. Sabemos, por último, que al final de ese año, san Josemaría había pedido a todos los miembros del Opus Dei que se prepararan bien para las bodas de plata de la Obra, que se celebrarían el 2 de octubre de 1953¹⁸⁵.

Finalmente, consta también sin duda que en aquel momento —febrero de 1953— Pío X era solo beato y la aprobación de los milagros para la canonización, como ya hemos visto, es del 17 de enero de 1954, casi un año después. El diario del Colegio Romano lo llama «santo» varias veces, por lo que parece imposible que sea un error. Probablemente el diario refleja un

tono oral de conversación con el que se hace referencia a un santo, sin la intención de precisar su situación específica (beato o santo).

El siguiente evento que nos interesa es la canonización de Pío X, registrada oportunamente en el diario, porque en ese día, que era sábado, el horario de la casa cambió para facilitar la asistencia al acto. *L'Osservatore Romano* y el diario del Colegio Romano refieren la gran afluencia de personas, que llenó la Plaza de San Pedro. *L'Osservatore Romano* dice que Pío XII celebró la canonización en la Plaza, a causa del gran número de peregrinos, y ofrece también el texto íntegro de su homilía. El diario del Colegio Romano narra las peripecias de varios miembros de la Obra para estar lo más cerca posible del papa durante la ceremonia, relata que vinieron de España varias personas conocidas para la celebración y detalla que san Josemaría pudo ver la canonización en Villa Tevere por la televisión¹⁸⁶. El día anterior a la canonización, el fundador dijo a los que vivían con él que Pío X era intercesor de la Obra en lo referente a las relaciones con la Santa Sede¹⁸⁷.

En cuanto a la devoción de san Josemaría Escrivá a este papa, las fuentes que hemos consultado muestran que es cada vez más explícito el recorrido que aconsejaba que hicieran los peregrinos en la Basílica de San Pedro¹⁸⁸.

Hemos encontrado también alguna referencia a los elogios que el fundador del Opus Dei hacía a este papa cuando hablaba de él a los miembros de la Obra a fines de los años 50 y, por último, hemos encontrado un testimonio explícito de una visita de san Josemaría Escrivá a la tumba de san Pío X en 1962, para pedir por alguna intención¹⁸⁹. Esta misma oración a san Pío X la pidió a los miembros de la Obra en distintas ocasiones antes del inicio del Concilio Vaticano II, y se recogen en las fuentes que hemos podido consultar.¹⁹⁰ Es también de ese tiempo el interés del fundador del Opus Dei en disponer de alguna reliquia de este papa para guardarla en un relicario en el Oratorio de la Santísima Trinidad, en Villa Tevere; consta que en el verano de 1958 ya tenía una¹⁹¹.

Además, hay tres referencias de tipo arquitectónico o artístico, todas de la segunda mitad de los años 50, en las que se manifiesta la presencia de san Pío X entre los intercesores del Opus Dei. La primera es el sagrario del

oratorio de Pentecostés, situado en la sede central del Opus Dei en Roma, que contiene cuatro pequeñas estatuas de los intercesores. Sabemos que el fundador del Opus Dei dedicó el altar de ese oratorio el lunes, 11 de marzo de 1957, por la noche¹⁹². Sobre este sagrario hay una referencia en el diario de las obras de Villa Tevere que cuenta que se ha encargado un «coprifilo» para los peldaños del Tabernáculo de ese oratorio el día 12 de enero de aquel año¹⁹³. Se trata de una especie de medallón que cubre las uniones de los aros que ornamentan los tres peldaños de la base circular del sagrario. La principal biografía de san Josemaría recoge que el sagrario del oratorio de Pentecostés llegó a Roma el día 29 de septiembre de 1956, y sabemos que había sido encargado a «Talleres de Arte Granda» dos años antes¹⁹⁴.

La segunda es el conjunto de cinco relicarios que actualmente está en el oratorio de la Santísima Trinidad, que también se encuentra en los edificios que componen la sede central del Opus Dei en Roma. En el diario de las obras de Villa Tevere del año 1957 aparece por primera vez una alusión a los relicarios por parte de san Josemaría Escrivá: «el Padre le ha dicho a Jesús A. G. [Jesús Álvarez Gazapo] que en el altar del oratorio del Padre [oratorio de la Santísima Trinidad, utilizado por el prelado] haremos unas pruebas para poner unas arquetas, entre los candelabros, que contendrán reliquias de los patronos [*sic*]: el cura de Ars, santo Tomás Moro, Pío X, etc. Se podrían hacer en plata dorada o en *ottone* [latón] dorado». La fecha de esta anotación es el 22 de enero de aquel año¹⁹⁵. La tercera es el retablo del oratorio del Aula, situado también en la sede de la curia prelatia del Opus Dei en Roma, que tiene sendos relieves de los cuatro intercesores existentes entonces. La fecha de dedicación de ese oratorio es 1959.

Podemos concluir que la devoción de san Josemaría Escrivá a san Pío X era ya muy grande antes de su canonización, le rezaba, visitaba su tumba con frecuencia, difundía su devoción, y había incluso confiado las relaciones de la Obra con la Santa Sede a su intercesión cuando era todavía beato, en la segunda mitad de febrero de 1953. Su canonización fue vivida por el fundador del Opus Dei y por sus miembros con gran alegría. San Josemaría Escrivá recuerda a este papa principalmente por la Eucaristía, pero también por sus virtudes y otras acciones. Su intercesión está muy unida a las relaciones de la Obra con la Santa Sede en el período de 1946-1965, o sea, los años en que se obtuvieron varias aprobaciones pontificias y se hicieron

diversos intentos para lograr una solución jurídica más adecuada. Como es sabido, esta quedó aplazada para después del Concilio Vaticano II¹⁹⁶.

La devoción de san Josemaría Escrivá a san Pío X en la última fase de su vida

Pasamos ahora a analizar los diez últimos años de la vida de san Josemaría Escrivá, que fueron de gran crecimiento del Opus Dei en todo el mundo, pero también de gran sufrimiento por las distintas crisis que vivió la Iglesia. A partir del material consultado se puede afirmar que la devoción a san Pío X se mantiene en sus líneas principales de un modo constante: visitas a San Pedro, con un recorrido ya habitual que aconsejaba a las personas de la Obra cuando llegaban a Roma, y el modo especial de vivir la memoria litúrgica de san Pío X. Sin embargo, hay detalles específicos de esta época, unidos a algunos eventos, que trataremos a continuación.

Entre los días 1 y 15 de septiembre de 1969, se celebró un Congreso General del Opus Dei para revisión de los Estatutos, de modo que pudieran adaptarse mejor a los documentos conciliares. Ese congreso se reveló providencial porque, durante su preparación, iniciada varios meses antes, san Josemaría había recibido la noticia de que en la Santa Sede se había formado una comisión especial para juzgar y analizar la situación de algunos institutos seculares, entre los que se contaba en aquel momento el Opus Dei. Escribe el cardenal Julián Herranz en sus memorias que «era algo anómalo: formar una comisión sobre una realidad apostólica de la Iglesia, ocultándoselo a su cabeza —en este caso, el propio fundador— y a sus miembros. Además, entre los integrantes de la comisión se contaban varias personas con notorios prejuicios hacia el Opus Dei»¹⁹⁷. En estas circunstancias comenzó el Congreso General del Opus Dei. Solo dos días después de su comienzo, el día 3 de septiembre, se celebraba la memoria de san Pío X. San Josemaría pidió a la Administración que esta memoria se realizara más de lo que entonces era habitual en la Obra: que hubiera bendición eucarística, que se rezara más a este papa y se preparara una comida un poco mejor para celebrar a este santo intercesor¹⁹⁸. El diario del Consejo General de la Obra sintetiza en pocas líneas lo que san Josemaría dijo en aquellos días y una de las cosas que señala es precisamente la exhortación a rezar a san Pío X¹⁹⁹.

A inicios de los años 70, a través de un sacerdote que trabajaba en la Sagrada Congregación de las Causas de los Santos, Mons. Francisco Vives, el arquitecto Jesús Álvarez Gazapo y Mons. Joaquín Alonso conocieron a los sobrinos de san Pío X, María Pía y Giuseppe Sartor²⁰⁰. La amistad se intensificó a lo largo del tiempo y los sobrinos del papa llegaron a conocer la devoción que san Josemaría Escrivá tenía a su tío. Una de las veces que fueron a visitarlos, los sobrinos de san Pío X les enseñaron los recuerdos que tenían de este papa. Como se acercaba el setenta aniversario de san Josemaría, los visitantes sugirieron a los sobrinos del papa que le regalaran una reliquia de su tío. Ellos pensaron que un reclinatorio podría ser un buen regalo y quedaron en que se lo darían el 9 de enero de 1972. Acordado así el asunto, a Mons. Joaquín Alonso se le ocurrió que se podría adelantar el regalo para el 6 de enero, el tradicional día de Reyes, en España, que en Italia también era visto como día para intercambiar regalos²⁰¹. Este reclinatorio es muy sencillo y había sido usado antes por Pío VII. Cuando, muchos años más tarde, el cardenal Giuseppe Sarto lo encontró en una tienda de trastos viejos, lo adquirió y, una vez elegido papa, lo trajo a Roma. Después de su muerte, un sobrino suyo sacerdote se quedó con todo lo de Pío X, y más tarde entregó todos esos recuerdos a estos dos sobrinos laicos.

La alegría de san Josemaría cuando le dieron el reclinatorio fue notoria y quiso que se quedara en el oratorio que utilizaba habitualmente. Ese reclinatorio sigue hoy situado en el lugar en el que san Josemaría dispuso, en el lado izquierdo y ligeramente inclinado, para que quien se arrodille pueda ver directamente el sagrario sin girar el cuello²⁰².

Poco tiempo después de recibir el regalo, en el mismo año de 1972, san Josemaría recibió a los sobrinos del papa, que se hicieron cargo del agradecimiento del fundador y del gusto con el que había recibido esta reliquia, lo que suscitó en ellos el deseo de regalarle más recuerdos de su tío: una cama de hierro utilizada por el tío en Mantua, un solideo y otros recuerdos. En la tertulia del día 21 de enero de 1972, el fundador de la Obra contó con mucha alegría que al día siguiente le traerían la cama de san Pío X²⁰³.

El sobrino del papa, Giuseppe Sartor, murió algún tiempo después, dejando a su hermana María Pía, enferma y sola, con una cuidadora ya mayor. San Josemaría aconsejó a diversas personas de la Obra que la acompañaran, bien en su casa o, más tarde, en el hospital en el que tuvo que ser atendida, en via Flaminia. María Pía Sartor quiso dar todos sus bienes a la Obra, pero san Josemaría le pidió que dejara todo su dinero a la empleada que la cuidaba, aceptando solo el mobiliario de la casa con los recuerdos de san Pío X que ella conservaba²⁰⁴. Le pareció bien y redactó su testamento en esos términos. María Pía Sartor fue atendida por las personas de la Obra hasta el momento de su muerte y, después de su fallecimiento, el dinero que poseía fue para su empleada, como señalaba el testamento. Las mujeres de la Obra se ocuparon de ayudar a esta señora mayor a encontrar un lugar para vivir en Roma, ya que no quiso irse a vivir a Venecia. San Josemaría recibió entonces un enorme número de reliquias de san Pío X, que fueron casi todas para Cavabianca, la sede del Colegio Romano de la Santa Cruz, en Saxa Rubra. La mayor parte de estas reliquias se guarda en dos grandes armarios. Muy cerca de esos armarios, en la entrada al oratorio de Nuestra Señora de los Ángeles, hay una estatua de mármol de san Pío X de tamaño más grande que el natural, que san Josemaría hizo esculpir en el inicio de los años 70, para que todos los que pasaran por allí rezaran a este papa por la Iglesia, por el papa y por la firmeza del Opus Dei en la fe. En el Oratorio de la Casa del Fiume —en el Centro internacional Cavabianca— se conservan también varias reliquias de este papa y en el *soggiorno* de esa misma casa hay un reloj de plata que le perteneció²⁰⁵.

Hay muchas fuentes que testimonian la devoción de san Josemaría Escrivá a san Pío X en aquellos tres últimos años de su vida, pero destacan especialmente las reliquias de este papa que le fueron llegando o las que distribuyó por varios Centros del Opus Dei en todo el mundo²⁰⁶. San Josemaría interpretaba la recepción de las reliquias como un gesto de agrado por parte de Pío X por lo que él y toda la Obra le rezaban²⁰⁷.

La devoción de san Josemaría Escrivá en esos años adquirió una notable madurez y se extendió a otros ámbitos que iban mucho más allá de las relaciones de la Prelatura del Opus Dei con la Santa Sede.

Por una parte, pedía a san Pío X que la Obra estuviera siempre firme en medio de la crisis que la Iglesia estaba viviendo²⁰⁸; por otra, pedía por el papa y por las necesidades de la Iglesia, que veía tan atacada en aquellos cinco primeros años de la década de los setenta del siglo pasado²⁰⁹. Es bien conocida la fase crítica que la Iglesia vivió después del Concilio Vaticano II, por lo que no vamos a detenernos en ella. Basta decir que san Josemaría la vivió en un clima de gran sufrimiento, de oración continua, sin perder la esperanza. En aquellos años realizó viajes de catequesis para estimular y confirmar en la fe a los miembros de la Obra y a todos los que recibían de algún modo los frutos de la acción pastoral del Opus Dei, y acudió a menudo a la Virgen —son conocidas sus romerías marianas— y a los santos, como san Pío X. Uno de los modos por el que san Josemaría difundió mucho la devoción a este papa, además del reparto de reliquias y estampas, fue a través de la difusión de sus enseñanzas, animando a la publicación de sus documentos y especialmente de su catecismo, que recomendó vivamente en diversos países por donde pasó²¹⁰.

San Josemaría siguió refiriéndose al modo en que Pío X vivió las virtudes, especialmente la pobreza, la sencillez, y el amor a la Eucaristía²¹¹ y al sacerdocio. Al recibir un diario del papa, en que se contaban diversas anécdotas de la vida corriente, y el cuadro de *Maria Bambina* —a la que Pío X tenía mucha devoción—, san Josemaría subrayó también la sencillez de este papa, en su piedad y en los modos que tenía de dirigirse a Dios. En algunas ocasiones, san Josemaría comparó la situación que la Iglesia estaba viviendo con la que se vivía en tiempos de san Pío X, y sugirió que las medidas que este papa había tomado para resolver la situación de crisis podrían ser útiles para, de una forma análoga, ayudar la Iglesia a superar la situación en la que se encontraba²¹².

Una de las reliquias que los sobrinos de san Pío X dieron a san Josemaría fue el crucifijo que ese papa tuvo en las manos después de su muerte y antes del entierro. Alguna vez lo enseñó en una tertulia, y manifestó que le gustaría mucho que se lo pusieran en las manos en el momento de su muerte²¹³. De hecho, el 26 de junio de 1975, entre las manos del cuerpo ya sin vida de san Josemaría fue colocado el crucifijo que san Pío X había tenido también entre las suyas en aquellos mismos momentos. De esta forma, incluso en la muerte y entierro de san Josemaría Escrivá, Mons.

Álvaro del Portillo, Mons. Javier Echevarría y los que habitualmente vivían con él, interpretando su deseo, manifestaron de modo claro la devoción que tenía por el santo papa Pío X²¹⁴.

Conclusión

Llegados al final de nuestra trayectoria, podemos concluir lo siguiente:

– San Josemaría Escrivá nombró a san Pío X intercesor del Opus Dei para las relaciones con la Santa Sede en la segunda quincena de febrero de 1953, cuando era todavía beato y no se sabía cuándo sería canonizado, ya que los milagros fueron aprobados por el papa Pío XII el 17 de enero de 1954.

– Este nombramiento va unido a los favores específicos que le pedía, pero venía apoyado por una antigua convicción de la santidad de este papa y por la devoción personal que le tenía desde hacía muchos años.

– La devoción de san Josemaría Escrivá a san Pío X está muy unida a la Eucaristía, sea por el adelanto de la primera Comunión de los niños, de la cual fue una de las primeras generaciones que se benefició, sea por la recomendación de la Comunión frecuente. Este es un aspecto de la piedad del fundador del Opus Dei que se aprecia constantemente a lo largo de su vida.

– La devoción al fundador del Opus Dei a san Pío X, aunque sea sólida y constante, tiene algunos aspectos que van evolucionando a lo largo de su vida. En una primera fase, la admiración hacia Pío X se inserta en la común devoción a este «Papa de la Eucaristía» que existía en la Iglesia. También se consideran en esta época otros aspectos de la vida de este papa, pero son vistos como secundarios: por ejemplo, la heroicidad de sus virtudes, su solicitud de Pastor, de catequista, de defensor de los derechos de la Iglesia y de la fe. En este contexto fue nombrado intercesor del Opus Dei para las relaciones de la Prelatura con la Santa Sede. Estas características no desaparecieron con el transcurso del tiempo.

– En una segunda fase de su vida, después del Concilio Vaticano II, además de los elementos que permanecen, hay una maduración de la devoción, que ya no está solo unida al Opus Dei, sino también a la vida de la Iglesia y del

romano pontífice —Pablo VI entonces—. En esos años el fundador de la Obra recibe muchas reliquias del santo, distribuye algunas y difunde la devoción a Pío X a través de la reedición de sus escritos, del Catecismo y de estampas. Es el momento en el que conoció mejor algunos aspectos más íntimos de la vida del papa, por las reliquias que recibió y las noticias que le contaron sus parientes, y en el que presentó las medidas que este papa había tomado como ejemplo inspirador para que la Iglesia pudiera superar la crisis que entonces sufría. Este último aspecto es una manifestación muy tradicional de cómo seguir el ejemplo de los santos, algo muy común en la vida de la Iglesia y que ha dado abundantes frutos a lo largo de su historia.

[Galería fotográfica de San Pío X](#)

[Volver al índice](#)

[Siguiendo capítulo](#)

Santo Tomás Moro²¹⁵

ANDREW HEGARTY

El 20 de agosto de 1959 *The Times* (Londres) publicó un artículo —el décimo de una serie sobre “People to Watch”—, bajo el título “Spanish Founder of Opus Dei”. Un *corresponsal especial* anónimo —que era el escritor y editor católico Tom Burns— explicaba en ese texto que san Josemaría era «un personaje cercano y alegre que hubiera tenido mucho en común con Sir Tomás Moro, a quien de hecho ha elegido como santo patrón»²¹⁶. En aquella fecha, santo Tomás Moro (1478-1535) ya era desde hacía algunos años un santo al que se recurría en el Opus Dei, y el fundador había rezado tanto en 1958 como en 1959 en la iglesia anglicana de San Dunstón, Canterbury, donde la cabeza cercenada del mártir fue enterrada casi con total seguridad cuatro siglos antes.

A lo largo del curso académico 1953-1954 se confeccionó un sagrario para el oratorio de Pentecostés en Villa Tevere, la sede central del Opus Dei en Roma. En su diseño se incluían, en la parte exterior, representaciones distribuidas simétricamente de san Nicolás de Bari, san Juan María Vianney, san Pío X —hasta ese momento elegidos *patronos menores* del Opus Dei, aunque pronto serían denominados *intercesores*—, y santo Tomás Moro. El fundador habría aprobado el proyecto el verano de 1954, cuando Pío X acababa de ser canonizado y, por tanto, propuesto para la devoción pública universal²¹⁷. Parece claro que santo Tomás Moro fue añadido al grupo de intercesores, formando un cuarteto, no más tarde —y probablemente no mucho antes— del verano de 1954²¹⁸. El sagrario ya terminado, que gustó mucho a san Josemaría, fue entregado el 29 de septiembre de 1956²¹⁹.

En 1954 san Josemaría había decidido que los orígenes geográficos de los intercesores que aún no habían sido nombrados debían reflejar en cierta medida el alcance universal del Opus Dei, entonces en rápida expansión por todo el mundo. Esta etapa requería frecuentes relaciones con los dicasterios de la Santa Sede y con las autoridades seculares o civiles de distintos niveles, de modo que el valor de los intercesores para estos dos campos —san Pío X y santo Tomás Moro— tenía que ser claro.

El trabajo estable de los fieles del Opus Dei en Gran Bretaña había comenzado el 28 de diciembre de 1946, y poco más tarde dio comienzo en países de habla inglesa como Irlanda y los Estados Unidos de América. Esta presencia en el mundo anglófono podría haber marcado la conveniencia de nombrar un intercesor de habla inglesa.

Quizá también hubiera —aunque esto ya es pura especulación— un elemento de *reparación* en su acercamiento a Inglaterra, como había sido el caso de Francia al elegir al santo cura de Ars. El fundador señaló en alguna ocasión el gran amor que tenía a Francia, en parte como compensación por el odio a ese país común entre los españoles durante su juventud, debido tanto a hostilidades históricas como a razones religiosas²²⁰. La situación no era muy diferente en el caso de Inglaterra (o Gran Bretaña). Cuando un obispo católico inglés nacido en Gibraltar, Peter Amigo, ofreció sus servicios al Gobierno británico en 1915 para ayudar a asegurar la neutralidad española en la Primera Guerra Mundial, se le animó a recorrer el país e informar. Al hacerlo, observó un resentimiento continuo por el papel que había desempeñado Gran Bretaña en la crisis —el desastre— sufrida por España en 1898, y una considerable simpatía española por Alemania y Austria entre los militares y el clero. Estos últimos —y muchos laicos— habían recibido la propaganda alemana que se aprovechaba del desprecio al secularismo anticlerical francés y presentaba al Kaiser como un pilar de la civilización cristiana. El hecho de que los liberales y republicanos españoles tendieran a favorecer a Francia y al Reino Unido solo sirvió para confirmar las sospechas entre una amplia variedad de monárquicos y tradicionalistas católicos. El rey Alfonso XIII se hallaba igualmente dividido por los sentimientos encontrados entre una esposa *inglesa* y una madre *austriaca*²²¹. Además, en la actitud de algunos católicos españoles hacia Gran Bretaña —y ciertamente en la de san Josemaría en su juventud— también tuvo su peso la persecución histórica que sufrió la población católica de Irlanda²²². Fue notable la determinación del fundador por superar prejuicios, tanto antiguos como modernos.

Rechazó claramente el veneno del nacionalismo, opuesto a un sano patriotismo, y estaba decidido a que brillara la universalidad del Opus Dei²²³. San Josemaría explicó al entonces joven Peter Haverty, al que conoció en Londres el 11 de agosto de 1958, lo que a menudo señalaba en

otras conversaciones: que podría haber elegido santos españoles como intercesores, pero que se había decidido por lo contrario: ninguno de los intercesores debía ser español²²⁴.

Santo Tomás Moro era especialmente adecuado para el papel de intercesor del Opus Dei, tanto por su prestigio profesional y su condición de hombre de estado, como por ser un hombre casado y padre de familia. Iba a ser el único laico y no célibe nombrado santo intercesor: el número de los canonizados con tales características era entonces, y ahora, bastante pequeño. Aunque san Josemaría había visto desde el principio la presencia de fieles casados en el Opus Dei, no pudo obtener la aprobación para admitir formalmente a los tres primeros miembros supernumerarios hasta 1948²²⁵. Es probable que este hecho influyera en cierta medida en la elección de santo Tomás Moro como intercesor apenas unos años más tarde²²⁶.

El deseo de san Josemaría de obtener una reliquia de santo Tomás Moro

A finales de 1957, san Josemaría hizo llegar una petición a los del Opus Dei que vivían en Londres: que intentaran obtener una reliquia de santo Tomás Moro para la *capilla de reliquias* que se quería instalar en la sede central, Villa Tevere. La petición dejaba claro que ya se habían hecho esfuerzos infructuosos por otros cauces²²⁷. El encargo fue recibido y la búsqueda comenzó inmediatamente en Londres. El 14 de febrero de 1958 dos personas visitaron al Arzobispo de Westminster para hablar de otros asuntos y, aprovechando la oportunidad, le preguntaron si podía ayudarles a conseguir una. Les dijo que era imposible, y ellos sugirieron que les diera permiso para pedir a un sacerdote un fragmento de una reliquia que poseía²²⁸. Las gestiones quedaron paradas durante algún tiempo, sin que los esfuerzos se vieran coronados por el éxito.

La respuesta del Arzobispo no era ninguna sorpresa, al menos en lo que respecta a las reliquias corporales. El cadáver sin cabeza del ejecutado Moro descansaba enterrado junto a otros muchos cuerpos confundido deliberadamente con los demás, bajo el suelo de la iglesia de *San Pedro ad Vincula*, en el patio interior de la Torre de Londres, un lugar que no estaba entonces abierto al público. Además, no estaba claro que los restos no hubieran sido trasladados en los cambios posteriores realizados en la

iglesia, por lo que la identificación resultaba prácticamente imposible. La cabeza del mártir había sido rescatada por su hija favorita, Margaret Roper, gracias a un soborno y una estratagema piadosa, cuando estaba a punto de ser retirada (para su eliminación indigna, aunque *segura*, en el río Támesis) de un pincho en el Puente de Londres, en el que había sido expuesta de la forma acostumbrada para disuadir a otros *traidores*. Es casi seguro que fue enterrada, años más tarde, en la tumba de los Roper (la familia del marido de Margaret) en la ciudad de Canterbury, en San Dunstán, que desde hace tiempo es una iglesia anglicana²²⁹. Por todo ello, siempre iba a ser difícil, si no imposible, obtener reliquias del cuerpo del santo. A través de los comerciantes de antigüedades de Londres se hicieron gestiones sin éxito para conseguir algún objeto que hubiera pertenecido al santo. Don Juan Antonio Galarraga²³⁰ informó de la búsqueda a su amigo monseñor Gordon Wheeler, administrador de la catedral de Westminster. En una carta fechada el 18 de junio de 1958, Mons. Wheeler informaba a Galarraga de que don Alfonso de Zulueta, párroco de la iglesia de Nuestro Santísimo Redentor y Santo Tomás Moro en Chelsea, había estado intentando que se reparara la carcasa de una valiosa reliquia que él creía que había llegado a la iglesia procedente de una comunidad de monjas inglesas establecidas en Brujas (Bélgica). Al parecer, se trataba de un fragmento de una vértebra de la base del cráneo de Moro que se había desprendido (deliberadamente o no) en el momento de su extracción del pincho en el que fue expuesta en el Puente de Londres o, en cualquier caso, antes del entierro en Canterbury. Esta reliquia era demasiado pequeña para dividirla (en febrero de 1981 fue robada de la iglesia de Chelsea y nunca fue recuperada). Mons. Wheeler proporcionó la probable dirección del convento de Brujas²³¹. Thomas Holland, entonces secretario de la Delegación Apostólica en Londres y más tarde obispo de Salford, buen amigo del fundador, también ayudó en la búsqueda de una reliquia en algún momento del curso 1958-1959²³².

Durante su estancia en Londres en el verano de 1958, el fundador expresó de nuevo su interés en conseguir una reliquia, y se le informó de las dificultades encontradas. Con sentido del humor, animaba a sus hijos a seguir esforzándose y les contaba que ya se había hecho un cofre que sirviera de relicario para acompañar a los que ya contenían reliquias de los otros tres intercesores, y que tendría que poner en él una nota en la que se

indicara que estaba vacío porque sus hijos en Inglaterra no habían conseguido una reliquia²³³.

La comunidad de canonesas agustinas, originalmente exiliadas de Inglaterra, permanece hasta hoy en su convento belga de Brujas. En 1773, el P. Thomas More S.J., último provincial de los jesuitas ingleses antes de la supresión de la Compañía de Jesús y último en la línea familiar masculina directa de su homónimo mártir, entregó la vértebra a su hermana, la madre María Agustina More, octava priora del convento, quien a su vez la dejó a la comunidad a su muerte en 1807. Parece ser que los archivos de la Provincia Británica de la Compañía de Jesús registran que esta reliquia había sido entregada por Philip Roper más de un siglo antes, en 1645, a su primo, el P. Henry More, S.J., bisnieto del mártir, para que la guardara en alguna casa de los jesuitas, y que había permanecido en la Provincia hasta la supresión. La parte que queda en Brujas se exhibe en la capilla bajo el retrato del mártir, que se cree que es de la escuela de Holbein. En 1877 la priora, madre Mary Gabriel Belton, dividió la vértebra y dio una parte a los jesuitas británicos —en agradecimiento de la comunidad por la ayuda que el P. John Morris, S.J., les había dado para hacer una nueva fundación en Haywards Heath, Sussex, y por su excelente trabajo para la beatificación de los mártires ingleses—. La parte separada fue depositada en ese momento en la Casa de Manresa de los Jesuitas, en Roehampton, Londres. Hay una considerable confusión sobre su destino posterior. Según una nota encontrada en una caja con otras reliquias que antes estaban en la ahora cerrada Casa de Manresa, la reliquia fue entregada al Colegio Norteamericano de Roma en 1972. Otra nota, que contradice bastante ese relato, sugiere que fue dividida en seis reliquias más pequeñas antes de ser traída de vuelta, tras lo cual al menos dos fueron enviadas a los Estados Unidos y Australia²³⁴. No hay documentación sobre las averiguaciones que don Juan Antonio Galarraga o algún otro pudieron hacer en los años 50 para conseguir una reliquia el cuerpo del santo, pero lo seguro es que, aunque tuviera lugar, la investigación no llegó a nada.

Tuvieron que recurrir entonces a intentar conseguir un fragmento de una reliquia secundaria célebre. Don Juan Antonio Galarraga visitó el priorato de San Agustín, Newton Abbot, en el sur de Devon, el 27 de agosto de 1959 —mientras san Josemaría estaba todavía en Londres durante su segundo

verano en Inglaterra—, y vio el gran fragmento que guardaban allí las monjas de la camisa-cilicio de santo Tomás Moro (una prenda interior hecha de pelo animal grueso que mortificaba su carne irritando constantemente su piel)²³⁵. Siguió una correspondencia entre él y la priora sobre la adquisición de un trocito para san Josemaría. El 12 de septiembre, la madre Mary Dorothy informó de que el obispo de Plymouth aprobaba la entrega de un trozo del fragmento de la camisa que había sido separada del resto antes de que fuera sellado definitivamente. Se le pidió a don Juan Antonio Galarraga que enviara un relicario en el que colocar el pequeño trozo de la camisa, y fue entonces cuando el obispo proporcionó un certificado de autenticación. Finalmente, don Juan Antonio pudo escribir a la priora el 21 de diciembre de 1959 acusando recibo: «Estamos ahora en posesión de la reliquia, y estamos a punto de enviarla a Roma. Será una maravillosa alegría para nuestro fundador y presidente general, Mons. Escrivá»²³⁶.

La reliquia se colocó muy pronto, con la inscripción «Ex cilicio Sancti Thomae More, Martyris», en el pequeño cofre ya preparado que se encontraba, junto con los relicarios de los otros tres intercesores nombrados hasta el momento, en la parte posterior del altar del oratorio de la Santísima Trinidad en Villa Tevere, donde san Josemaría rezaba y celebraba habitualmente la santa Misa hasta su muerte en 1975. Esto es en sí mismo un dato significativo de la devoción del fundador hacia los santos intercesores, a los que acudía con frecuencia. Hasta algún tiempo después del nombramiento de santa Catalina de Siena en 1964, solo había cuatro relicarios en el altar, distribuidos en los cuatro espacios existentes entre las seis velas. En su momento, se añadió un cofre similar para santa Catalina, que ocupaba el espacio central; y más tarde, después de su canonización en 2002, se colocó una reliquia del propio san Josemaría. Esta va en un relicario de tipo ostensorio situado a la izquierda del cofre de santa Catalina. El cofre con la reliquia de santo Tomás Moro está colocado el primero por la derecha. San Josemaría se lo mostró al autor de este artículo el 30 de septiembre de 1973, cuando tuvo el privilegio de asistir a la Misa del fundador en ese oratorio.

Santo Tomás Moro como intercesor del Opus Dei 1954-1964

El nombramiento de santo Tomás Moro como intercesor no fue un mero gesto de internacionalismo. A principios de 1957, y después con una frecuencia excepcional hasta 1960, así como durante muchos meses de 1962 y de nuevo a finales de 1963, santo Tomás Moro fue elegido como patrono intercesor de las intenciones mensuales generales propuestas por el fundador a los miembros del Opus Dei para la oración y la tarea apostólica. En el momento de su nombramiento como intercesor se le había confiado como campo propio el de las relaciones del Opus Dei con las autoridades y entidades civiles o seculares, en un sentido amplio. Esto era muy apropiado para él, ya que el santo se había comprometido activamente en persona y por medio de su pluma en asuntos legales y públicos, así como en la vida política en muchos niveles durante una carrera que culminó con su toma de posesión como *Lord Canciller* de Inglaterra. Había trabajado muy duro, en colaboración con la jerarquía, para dar a conocer las verdaderas enseñanzas de la Iglesia Católica, entonces asediada por los luteranos.

Casi todas las intenciones mensuales mencionadas se centraban específicamente en la necesidad de rezar y trabajar para que la completa libertad de los miembros del Opus Dei en asuntos de la vida profesional y pública, incluyendo la política, fuera mejor comprendida²³⁷. Se dirigían claramente a contrarrestar las confusiones y calumnias del momento, originadas en España, pero cada vez más difundidas en todo el mundo en torno a 1957 y después de que varios miembros del Opus Dei, en el uso de su libertad personal como ciudadanos, accedieran a puestos gubernamentales libremente aceptados que les ofrecía el régimen franquista. Esto dio lugar a malentendidos, celos y polémicas públicas²³⁸.

Los años 50 fueron difíciles para el rápido crecimiento del Opus Dei en España, donde las relaciones Iglesia-Estado eran —por decirlo suavemente— complejas y llenas de tensiones. Muchos en el régimen tenían una clara mentalidad intolerante o de partido único, que fue reforzada —o complicada aún más— por la existencia de un catolicismo casi oficial. El Opus Dei fue frecuentemente atacado y difamado por figuras influyentes y grupos institucionales, religiosos y políticos, a quienes les resultaba imposible concebir —y menos aún tolerar— que los laicos católicos individuales pudieran actuar en la vida pública por iniciativa propia, y totalmente bajo su responsabilidad personal²³⁹. Las repercusiones de esto

en los medios de comunicación, controlados por grupos enfrentados que apoyaban el régimen, fueron profundas y salieron del ámbito español hasta llegar a tener impacto en otros países, donde los comentaristas más o menos liberales que, comprensiblemente, disgustaban tanto al franquismo como a su catolicismo confesional estaban dispuestos a denunciarlos de una forma que distorsionaba aún más los malentendidos originalmente españoles. Los exiliados españoles en estos países estaban naturalmente dispuestos a sacar el máximo provecho de tales informaciones. Los medios de comunicación británicos no eran en absoluto inmunes a todo esto²⁴⁰.

Estas tensiones, además, aumentaron la dificultad de obtener el pleno reconocimiento civil y universitario del Estudio General de Navarra en Pamplona (germen de la Universidad de Navarra), que el fundador había establecido en 1952, y de sus títulos académicos. El Estado español había guardado celosamente durante mucho tiempo un monopolio que le permitía controlar la enseñanza superior. El Estudio creció de forma constante, pero durante la primera década de su existencia los estudiantes tuvieron que hacer sus exámenes en la Universidad de Zaragoza para convalidar sus títulos. El Concordato entre la Santa Sede y el Estado español de 1953, que regulaba entre otras cosas el papel de la Iglesia y del Estado en la educación, ofrecía ciertas posibilidades (a través del artículo 31 en particular), pero no exentas de complicaciones. Finalmente, tras negociaciones muy complejas, el Estudio General obtuvo el estatuto de Universidad bajo el paraguas de la Iglesia en 1960 y, dos años más tarde, el reconocimiento civil completo de sus títulos; algo que sentó un importante precedente como institución de enseñanza superior en España que rompía el monopolio del Estado. El fundador dedicó muchos esfuerzos y oraciones a la solución del problema durante ese primer decenio de existencia de la institución, y sin duda recurrió a santo Tomás Moro para que intercediese en el éxito de las gestiones ante las autoridades civiles²⁴¹.

Las cinco estancias de verano de san Josemaría en Gran Bretaña, 1958-1962

San Josemaría pasó cinco veranos, los de 1958 a 1962, en Inglaterra, y en consecuencia pasó más tiempo allí que en ningún otro país aparte de su España natal e Italia²⁴². El martes 26 de agosto de 1958, visitó Canterbury por primera vez. Fue a la Catedral, tradicional sede del primer arzobispo,

san Agustín, y vio en ella el lugar del martirio de otro de los grandes santos de Inglaterra, Thomas Becket²⁴³; pero en esta primera ocasión no acudió a la iglesia de San Dunstán. Que no visitasen esa iglesia, visto en retrospectiva, puede parecer un sorprendente descuido. Solo se puede suponer que los británicos que lo acompañaban en esa ocasión no tenían entonces una idea clara del significado de esa iglesia. La omisión debió ser advertida poco después de su regreso a Londres, ya que unos días más tarde, el 3 de septiembre, viajó de nuevo a Canterbury, esta vez con un único propósito. Fue directamente a la iglesia de San Dunstán. Tras pedir a los que lo acompañaban que fueran a visitar la Catedral, se quedó rezando con el beato Álvaro del Portillo durante una hora o más junto a los restos de santo Tomás, situados en la bóveda de los Roper²⁴⁴.

Desde el principio de su estancia en Londres ese año el fundador había mostrado un gran interés en que sus hijos comenzaran cuanto antes el trabajo estable en la ciudad universitaria de Oxford, que visitó el 8 de agosto, solo cuatro días después de su llegada. Las gestiones fueron rápido y ya antes de que partiera se había concretado una clara posibilidad de adquirir allí una propiedad, Grandpont House, con una considerable parcela de terreno. Las escrituras de la adquisición no se formalizaron hasta principios de 1959, pero san Josemaría los animaba para conseguirlo ya en el mes de agosto anterior. De hecho, había hecho venir a un arquitecto de Roma, Jesús Álvarez Gazapo, para que viera el posible emplazamiento sobre el terreno y estudiara un proyecto de construcción. Grandpont House y la Universidad de Navarra eran con toda seguridad dos de los asuntos por los que el fundador rezó a santo Tomás Moro en Canterbury el 3 de septiembre de 1958 —Jesús Gazapo era uno de los que lo acompañó aquel día—, ya que en ambos casos era necesario mantener negociaciones con las autoridades civiles²⁴⁵. Santo Tomás Moro, aunque conocido principalmente como londinense, había estudiado en Oxford. Más tarde, en calidad de abogado, había ejercido como Alto Comisario (*High Steward*) de la Universidad y había intervenido en sus asuntos²⁴⁶.

Un par de años más tarde, en 1960, en medio de difíciles negociaciones con las autoridades civiles y académicas sobre los planes para Grandpont House, don Juan Antonio Galarraga llevó a Oxford un viejo óleo de santo Tomás Moro que hasta entonces había estado colgado en Netherhall House:

los miembros del Opus Dei estaban acudiendo a la intercesión del santo para sacar adelante una intención cercana al corazón del fundador²⁴⁷. Justo antes de que el proyecto que tenían para Oxford fuese rechazado por la oposición de las autoridades locales en el otoño de 1960, el fundador estableció como intención mensual general de septiembre para todo el Opus Dei (renovada en los meses siguientes) la de rezar por esas negociaciones, a la vista de su potencial impacto apostólico mundial, y para ello se proponía concretamente acudir a santo Tomás Moro²⁴⁸.

El fundador deseaba visitar el 15 de agosto de 1958, fiesta de la Asunción, una iglesia o santuario en Londres donde se venerara especialmente a Nuestra Señora. Aceptó la sugerencia de ir a la iglesia parroquial católica de Nuestra Señora de Willesden, un santuario anterior a la Reforma que fue destruido en el siglo XVI y había sido reconstruido y reinaugurado recientemente. De hecho, había sido el centro de muchas peregrinaciones diocesanas en el reciente Año Mariano mundial de 1954. La mañana de la fiesta, san Josemaría fue allí con varios de sus hijos y renovó la consagración del Opus Dei al Corazón de María, que había hecho por primera vez exactamente siete años antes en Loreto (Italia), rezando además por el desarrollo del trabajo apostólico, especialmente en Gran Bretaña²⁴⁹. Santo Tomás Moro había visitado también el santuario prerreformista de Willesden²⁵⁰. Casi medio siglo después de la visita del 15 de agosto de 1958, el 13 de junio de 2006 tuvo lugar la bendición pública de una tabla colocada por el clero parroquial en la parte delantera de la iglesia con representaciones pintadas de los dos santos canonizados de los que se sabe que han peregrinado a Willesden —santo Tomás Moro y san Josemaría Escrivá— rezando ante Nuestra Señora²⁵¹.

El jueves 16 de julio de 1959 el fundador llegó a Gran Bretaña a través de Dover en su segunda visita al país, y ese mismo día hizo una visita a San Dunstán en Canterbury en su camino hacia Londres en coche. Ese verano al menos hizo otra visita, el 10 de agosto, desde Londres. Fue durante esta estancia, y después de dos visitas a Canterbury, cuando se publicó el artículo en *The Times* al que nos referimos en el comienzo de este artículo.

Por lo que recordaba Andrés Vázquez de Prada²⁵² cuando escribió sobre el asunto después de la muerte del fundador, fue en el verano de 1959 —el 10

de agosto, durante el viaje de regreso en coche a Londres desde Canterbury, donde había ido en *peregrinación* para rezar ante los restos de Moro— cuando mantuvo una larga conversación con san Josemaría en la que Andrés relató aspectos de la vida, muerte y sepultura del mártir. Había estado investigando estas cuestiones desde el año anterior, después de observar que san Josemaría acudía a la intercesión del santo para sacar adelante sus planes de expansión apostólica en Gran Bretaña. En esa conversación, mencionó también de pasada que estaba preparando algunos artículos cortos sobre santo Tomás Moro para una revista española. El beato Álvaro del Portillo, que iba con ellos en el coche, intervino con una sugerencia: «¿No podrías escribir un libro?». Esta idea fue inmediatamente aceptada y desarrollada por san Josemaría, que animó a Vázquez de Prada a embarcarse en la empresa y añadió el interés que tendría profundizar en la psicología del personaje, desarrollar sus ideas y contextualizarlas adecuadamente. La conversación giró en torno al trabajo que se espera de un buen historiador, y el fundador insistió en la importancia de la veracidad, para la que el historiador ha de ser riguroso en la recogida de datos²⁵³.

Debido a la paternal insistencia de san Josemaría, preocupado por la salud de Vázquez de Prada, este pasó un prolongado periodo en España recuperándose de una enfermedad entre el otoño de 1959 y la primavera de 1960. Lejos de estar ocioso durante su convalecencia, aprovechó su forzada ausencia del trabajo profesional en Londres para preparar un primer borrador de la biografía que se le había animado a escribir. En mayo de 1960 fue a Roma por invitación del fundador y dejó allí su borrador para obtener opiniones de críticos cualificados. Volvió a Londres a tiempo para acompañar de nuevo a san Josemaría allí ese verano y le dijo que había recibido algunos comentarios, uno de los cuales le había decidido a una reelaboración completa del manuscrito para conseguir una mayor eficacia. El fundador, en una de las conversaciones que mantuvieron sobre santo Tomás Moro, le instó de nuevo a buscar «la verdad, la objetividad; sin miedo a lo que pudiese averiguar»²⁵⁴. En Londres, durante el verano de 1962, el autor, a petición explícita de san Josemaría, obtuvo para él un conjunto de pruebas corregidas de su —ahora completamente reescrita y a punto de ser publicada— biografía en español. Poco después, cuando el fundador la leyó con escrupulosa atención, le dijo al autor: «Este libro está escrito con el corazón»; y añadió: «Te ha tenido que hacer mucho bien por

dentro». Como ya había dicho en varias ocasiones, le había agradado la disposición de Vázquez de Prada a asumir las críticas y sugerencias recibidas de otros para mejorar su obra²⁵⁵. Hubo otros testigos de cuánto gustó el texto a san Josemaría tanto ese verano como en años posteriores²⁵⁶, cuando al tener conocimiento de nuevas ediciones del libro comentaba el mucho bien que su lectura haría a las almas²⁵⁷.

El fundador continuó haciendo visitas a Canterbury en cada una de sus estancias de verano en Inglaterra hasta 1962²⁵⁸, y también visitó otros sitios asociados con Moro, incluyendo la Torre de Londres, donde el santo fue encarcelado. Vázquez de Prada menciona en sus recuerdos una visita que hizo con san Josemaría en el verano de 1961 o 1962 a *Lincoln's Inn*, una de las cuatro grandes sociedades de abogados ingleses, de la que Moro había sido miembro desde sus años de estudiante de Derecho. Concretamente recordaba que estuvieron en el *Old Hall* y en otros edificios de la época de Moro, algunos de ellos se conservan en su estado original y otros restaurados, y que el fundador mostró gran interés²⁵⁹.

La evidente devoción de san Josemaría y su confianza en la intercesión de santo Tomás Moro ha sido un ejemplo para muchos miembros del Opus Dei, cooperadores y amigos. El interés del fundador por la peregrinación y la oración devota en la bóveda de Roper en Canterbury hizo que muchos de sus hijos, residentes en Inglaterra o de paso, acudieran allí desde finales de los años 50 en adelante²⁶⁰. Varios han publicado biografías del santo en sus propios idiomas²⁶¹.

Santo Tomás Moro y santa Catalina de Siena

Vázquez de Prada menciona también en sus recuerdos la preocupación del fundador porque quedasen claros en su biografía de santo Tomás Moro los motivos de su silencio inicial durante el juicio por el que resultó condenado a muerte. En Londres, durante el verano de 1960, san Josemaría le dijo a Vázquez de Prada que su relato no dejaba clara la actitud del santo ante las autoridades inglesas y que al no explicarla bien podía interpretarse mal, sobre todo al compararla con la claridad con la que se había expresado en su momento santa Catalina de Siena. Vázquez de Prada entendió que el supuesto *silencio* de Moro se presentaba casi como un fracaso, al evitar

decir abiertamente lo que pensaba en conciencia. Para aclarar la cuestión, Vázquez de Prada decidió insertar en su libro una larga nota a pie de página que contenía una aclaración hecha sobre este mismo punto en el siglo XVI por el cardenal Reginald Pole en una carta a un obispo español²⁶².

Los historiadores de las últimas décadas han aclarado la controvertida cuestión del *silencio* de Moro y han demostrado cómo en realidad fue muy activo en los asuntos del «Parlamento de la Reforma» que se reunió a partir de 1529, tanto de forma indirecta —un procedimiento que usó especialmente mientras estuvo al servicio del rey— como directa a través de publicaciones, hasta su dimisión de la cancillería de Inglaterra en 1532²⁶³. Aunque fue prudente, su actitud no pasó desapercibida a sus adversarios. El silencio que empleó en su propia defensa al final de su vida, cuando ya no ocupaba un cargo público, fue tan relativo que su manifiesta elocuencia le costaría la vida.

Otro asunto que pudo preocupar a san Josemaría, con su elevado concepto de la dignidad de la vocación laical, era la forma en que algunas de las biografías disponibles entonces trataban el supuesto *intento de vocación* del joven Moro con los cartujos. Algunos sugirieron, con Erasmo, que se había conformado con la vida de segunda categoría como un buen marido en lugar de como un mal sacerdote. El fundador comentó, después de leer en 1962 las pruebas del libro de Vázquez de Prada, cómo estaba particularmente complacido con el relato que allí se daba del descubrimiento de la vocación de Moro²⁶⁴.

Cuando la italiana santa Catalina de Siena fue nombrada quinta (y última) intercesora del Opus Dei en 1964, el fundador dejó claro que su devoción a ella venía de lejos. Lo que era novedoso en ese momento era la fuerza con la que se informaba no *sobre* sino a menudo *contra* la Iglesia en los numerosos comentarios mediáticos que acompañaron al Concilio Vaticano II, y una *globalización* cada vez mayor de calumnias originalmente españolas contra el Opus Dei. San Josemaría se había contentado durante mucho tiempo con mantener un silencio discreto —atendiendo a consejos de eclesiásticos prudentes de la curia romana que coincidían con su habitual deseo de «pasar desapercibido»—, e incluso estaba decidido a dejar pasar los ataques contra su persona; pero a la vez que sufría a causa de la

deslealtad y la falsedad con que frecuentemente se trataba a la Iglesia y a la Obra a principios de los años sesenta, comprendió que había llegado el momento de hablar claro²⁶⁵. Este proceso llegó a su punto culminante en la primavera de 1964, cuando afirmó: «Antes lo heroico era callar, y así lo hicieron vuestros hermanos. Pero ahora lo heroico es hablar, para tratar de evitar que se ofenda a Dios Nuestro Señor. Hablar; procurando no herir, con caridad, pero también con claridad. ¡Viva santa Catalina!». La fiesta de la santa italiana, entonces el 30 de abril, se celebró de manera particular por primera vez ese año en Villa Tevere²⁶⁶. El 13 de mayo anunció que, a partir de entonces, santa Catalina de Siena sería la intercesora del Opus Dei en los asuntos relacionados con el apostolado de dar una orientación correcta y veraz a la opinión pública²⁶⁷.

Como se ha visto, algunas de las intenciones mensuales generales propuestas por el fundador a sus hijos a partir de finales de los años 50 estaban relacionadas con la oración para una correcta formación de la opinión pública y hasta entonces habían sido confiadas a santo Tomás Moro. Con el nombramiento de santa Catalina se puede decir que santo Tomás Moro se desprendía de una parte del terreno que se le había encomendado hasta ese momento. En adelante, seguía siendo un valioso intercesor en el amplio espacio de las relaciones del Opus Dei con las autoridades civiles y seculares, mientras que el campo más específico del apostolado de la opinión pública, claramente considerado hasta entonces como parte del mismo, se confiaba ahora a santa Catalina. No se debe atribuir ese cambio en absoluto a dudas del fundador sobre la profunda fortaleza del santo inglés. Más bien se trata de una consecuencia del nuevo énfasis que debía darse —siempre con un enfoque positivo— al papel de los medios de comunicación de masas, la necesidad de tratarlos con profesionalidad y el interés de buscar para ese trabajo un intercesor apropiado —en este caso una intercesora—²⁶⁸.

Santo Tomás Moro en los últimos años de san Josemaría

No cabe duda de que, independientemente de lo que san Josemaría hubiera leído hasta entonces sobre santo Tomás Moro, la biografía publicada en 1962 por Vázquez de Prada —un hijo espiritual que compartía sus puntos de vista— amplió notablemente su admiración hacia el santo inglés. A partir de entonces, y tras sus cinco veranos en Londres, se registran varias

referencias concretas del fundador a santo Tomás Moro que dejan claro que ya no tenía reservas sobre la calidad de su actividad pública.

En 1966, por ejemplo, en medio de la confusión característica de esos años, recuerda Ramón García de Haro cómo el fundador les decía que el santo inglés había cultivado todas las virtudes, entre ellas la de conjugar la intransigencia con el error y la transigencia con las personas. Añadió el comentario, repetido a menudo en estos años, de que Tomás Moro podría haber pertenecido fácilmente al Opus Dei como miembro supernumerario si hubiera vivido actualmente²⁶⁹.

A veces hablaba de Moro como un ejemplo para la gente moderna de verdadera fidelidad en el ejercicio de derechos y deberes, tanto en cuanto ciudadanos como en cuanto cristianos, señalando que incluso antes de haber visto el Opus Dei el 2 de octubre de 1928, él mismo había tenido una percepción clara de la importancia de cada uno de estos campos. El ejemplo del santo laico inglés le resultaba especialmente valioso a este respecto²⁷⁰.

En 1973 dijo a un grupo de sus hijos en Roma —al afirmar que las futuras ediciones de la biografía de Andrés Vázquez de Prada podrían hacer mucho bien— que Moro había tenido el corazón de un padre y de un esposo, y que aunque había amado al rey, había demostrado saber también cómo decir «no»²⁷¹.

San Josemaría pudo ver *Un hombre para la eternidad*, la película dirigida por Zinnemann, poco después de que apareciera en 1966. Algunos años más tarde, hacia el final de su vida, accedió a la propuesta de algunos de sus hijos en España de asistir a otra proyección, ya que pensaban que le ayudaría a descansar; pero en esta ocasión se levantó inesperadamente y abandonó la sala poco después de que comenzara la película. Unas horas más tarde explicó a los que lo rodeaban que había dejado de ver la película por el sufrimiento que le causaba considerar los paralelismos entre lo que allí contemplaba y la situación de la Iglesia contemporánea, en la que, según sugirió, muchas cosas estaban en peor estado que en la Inglaterra de Moro. Aprovechó la ocasión para hablar de la vida del santo con tal detalle que algunos de los presentes se sorprendieron²⁷².

En el contexto similar de los problemas en la Iglesia en el decenio de 1960 y la deslealtad manifestada incluso, o especialmente, por algunos clérigos, se oyó al fundador comentar a veces cómo el laico santo Tomás Moro había dado un ejemplo de fortaleza y lealtad a los sacerdotes y obispos de Inglaterra²⁷³.

Le gustaba mostrar la reliquia de santo Tomás Moro que se conserva en el oratorio de la Santísima Trinidad a los ingleses del Opus Dei que estudiaban en Roma o simplemente estaban de visita, y a menudo aprovechaba esas ocasiones para animarlos a reflexionar. En esas ocasiones comentaba con fina ironía lo difícil que había resultado obtener la reliquia en esa tan cacareada tierra de libertad, y aprovechaba la ocasión para exponer la verdadera naturaleza de la libertad de espíritu de los cristianos²⁷⁴. Tras los veranos pasados en Inglaterra había comprendido que, junto a numerosas virtudes, el carácter típicamente inglés incluía una cierta obsesión por el respeto a la «privacidad» que podía inhibir a sus hijos ingleses a la hora de involucrarse en la vida de otros como verdaderos amigos y apóstoles, y aprovechaba la ocasión para presentarles una concepción adecuada de la libertad²⁷⁵.

[Volver al índice](#)

[Siguiente capítulo](#)

Santa Catalina de Siena²⁷⁶

JOHANNES GROHE

Introducción

Santa Catalina, hija de Giacomo di Benincasa, un tintorero de Siena, y Lapa di Puccio di Piagente nació en el año 1347 en Siena y murió con solo 33 años el 29 abril del año 1380 en Roma²⁷⁷. Su sepultura en la venerable Basílica de *Santa Maria sopra Minerva* es hasta hoy día meta de muchos peregrinos de todo el mundo que vienen a Roma. Catalina fue elevada al honor de los altares por su compatriota Pío II en el año 1461, Pablo VI declaró a la santa *doctora de la Iglesia* (junto con santa Teresa de Jesús) en el año 1970; Juan Pablo II la declaró en el año 1999 *patrona de Europa* (con santa Benedicta de la Cruz [Edith Stein] y santa Brígida de Suecia). En Italia hay una devoción muy particular hacia santa Catalina: el papa Pío XII la declaró patrona de Italia (con san Francisco de Asís) y la ciudad de Roma la venera como copatrona de la urbe (con los santos apóstoles Pedro y Pablo y san Felipe Neri). También otras ciudades como Varazze y —obviamente— Siena la tienen como santa patrona.

Siendo todavía niña, Catalina ya demostraba una piedad profunda. Cuando tenía unos seis años tuvo una visión de Cristo sobre un trono, acompañado de santos. A raíz de este suceso, hizo un voto de virginidad, decisión que fue recibida con incomprensión y oposición en su familia. Su madre, en particular, hizo todo lo posible para disuadirla de su oración cada vez más intensa y sus severas prácticas de penitencia. Catalina obtuvo, sin embargo, el apoyo de los frailes dominicos de la ciudad y, a la edad aproximada de 18 años consiguió —superando un sinfín de obstáculos— ser admitida entre las *Mantellate*, devotas mujeres terciarias dominicas de la ciudad. En los años sucesivos vivió, según las costumbres de las *Mantellate*, en casa de sus padres, pero totalmente retirada en la *celda de su corazón*, como le enseñó el mismo Señor Jesús en una de las múltiples visiones que tenía la joven terciaria. Dejaba la casa solo para asistir a la Santa Misa y a las reuniones de su comunidad religiosa.

Un cambio importante en la vida de la santa aconteció en el año 1368 — Catalina tenía en ese momento 21 años— cuando tuvo una visión de sus nupcias místicas con el Señor, y Jesús, su esposo místico, le encargó poco después en otra visión que se dedicase con todas sus fuerzas a obras de caridad y a la conversión de los pecadores. Comenzando por su familia, Catalina ensanchaba poco a poco su radio de acción, especialmente en los hospitales de Siena. En su labor caritativa incluía cada vez a más personas: por una parte, se ocupaba de su comunidad religiosa, pero también de religiosos, clérigos y laicos, que fueron formando poco a poco la *Famiglia*, en la que también personas de más edad la llamaban con afecto y veneración *Madre*.

Su obra caritativa y su carisma condujo a muchas personas a una profunda conversión, y fue acompañada de milagros. En consecuencia, su fama se difundió pronto más allá de Siena y la Toscana hasta alcanzar toda la península de Italia. Catalina comenzó a escribir cartas, o mejor dicho a *dictarlas* a uno de sus fieles amigos, porque carecía de formación académica y tenía dificultad para redactar²⁷⁸. Iban dirigidas a laicos y clérigos cercanos, pero también a obispos, abades y cardenales, e incluso a los papas de su época. El estilo de estas cartas, de las que se conservan más de 380, es sorprendente: Catalina habla con gran fuerza e insistencia y, al mismo tiempo, anima al destinatario con palabras dulces y convincentes a cumplir siempre la voluntad del Señor. Afirma que «*scrive nel sangue di Cristo*» y acaba muchas de sus cartas con la exclamación *Gesù dolce, Gesù amore*.

En sus cartas a los papas conjuga un amor filial y obediente —es muy característica la expresión *il dolce Cristo in terra* que suele usar para referirse al romano pontífice— con las exigencias que presenta sin vacilación: vida personal ejemplar, reforma de las costumbres —sobre todo entre los colaboradores del papa—, retorno del papa a Roma, paz y concordia en los Estados Pontificios y un esfuerzo común, comenzando por el papa, de liberar los lugares santos y a los cristianos de Tierra Santa.

Punto culminante de su fervor por el pontífice y su ministerio es el viaje a Aviñón que Catalina realizó junto a algunos amigos en el año 1376, para presentar en el nombre del Señor a Gregorio XI las mismas exigencias que

antes había manifestado en sus cartas, y luego, en la situación trágica del Cisma de Occidente, a partir de septiembre de 1378, lucha con determinación por la causa del papa Urbano VI y se traslada a Roma, donde permanece ya hasta su muerte²⁷⁹.

La obra maestra de santa Catalina es el *Dialogo della divina Provvidenza*²⁸⁰, obra dictada a sus discípulos sobre las visiones de la santa en los últimos años de su vida.

La veneración de san Josemaría hacia santa Catalina

San Josemaría tenía una veneración muy arraigada en su corazón por Catalina, y por eso llamaba *Catalinas* a sus *Apuntes íntimos* —anotaciones personales todavía inéditas que recogen, a modo de diario, sucesos biográficos, ideas para la meditación o fruto de ella, etc.— por devoción a la santa: «Son notas ingenuas —‘catalinas’ las llamaba, por devoción a la santa de Siena—, que escribí durante mucho tiempo de rodillas y que me servían de recuerdo y de despertador. Creo que, ordinariamente, mientras escribía con sencillez pueril, hacía oración»²⁸¹. Probablemente tenía presente al usar este nombre la conexión entre las inspiraciones de la santa de Siena y sus manifestaciones posteriores en las cartas y en el *Dialogo*. Así sirven para documentar el progreso de la vida interior de san Josemaría y a la vez su aplicación a la obra que Dios le había encargado, el *Opus Dei*²⁸².

San Josemaría, en una carta de 1932 a los fieles del *Opus Dei*, hace el siguiente comentario: «Los santos resultan necesariamente unas personas incómodas, hombres o mujeres —¡mi santa Catalina de Siena!— que con su ejemplo y con su palabra son un continuo motivo de desasosiego, para las conciencias comprometidas con el pecado»²⁸³.

San Josemaría admiraba por una parte la franqueza con la que Catalina defendía la verdad. Por temperamento suyo y porque consideraba esta sinceridad una virtud fundamental: «Estoy seguro —escribió ya en el año 1957— de que habrá quienes no me perdonarán fácilmente que hable con esta claridad, pero debo hacerlo en conciencia y delante de Dios, por amor a la Iglesia, por lealtad a la santa Iglesia, y por el cariño que os debo. Tengo una especial devoción a santa Catalina —¡aquella “gran murmuradora”!—,

porque no se callaba y decía grandes verdades por amor a Jesucristo, a la Iglesia de Dios y al romano pontífice»²⁸⁴.

En una carta escrita el 15 de agosto de 1964 vuelve a tocar el tema de la verdad que hay que decir con valentía, cuando hay confusión que oscurece el claro juicio de la conciencia: «En todas las épocas han existido divergencias, errores, exageraciones o actitudes disparadas: y la voz, que ha traspasado estas barreras, ha sido siempre la voz de la verdad ungida por la caridad. La voz de los verdaderos sabios, la voz del Magisterio; la voz, hijos míos, de los santos, que han sabido hablar en mil tonos, para aclarar, para exhortar, para llamar a una auténtica renovación. (...) Hijos míos, conocéis bien la historia de la Iglesia, y sabéis cómo el Señor se suele servir de almas sencillas y fuertes, para hacer su querer en momentos de confusión o de modorra de la vida cristiana. A mí me enamora la fortaleza de una santa Catalina, que dice verdades a las más altas personas, con un amor encendido y una claridad diáfana; me llenan de fervor las enseñanzas de un san Bernardo (...) Tantas y tantas voces proféticas, junto con el Magisterio iluminado de la Iglesia, inundan de luz a todo el Pueblo de Dios»²⁸⁵.

Le impresionaba el amor incondicionado de la santa a la Iglesia, que era a su vez el motor que le hacía hablar con tanta claridad. De esto encontramos un eco en la homilía *Lealtad a la Iglesia* de san Josemaría, pronunciada el 4 de junio de 1972: «Esta Iglesia Católica es romana. Yo saboreo esta palabra: ¡romana! Me siento romano, porque romano quiere decir universal, católico; porque me lleva a querer tiernamente al papa, *il dolce Cristo in terra*, como gustaba repetir santa Catalina de Siena, a quien tengo por amiga amadísima»²⁸⁶. Encontramos a menudo la expresión *il (dolce) Cristo in terra* y sus variaciones en el epistolario de Catalina, y en el *Diálogo*.

Santa Catalina, que, en reuniones personales, cartas, el *Diálogo* y demás escritos, con frecuencia criticaba ásperamente la mala conducta de sacerdotes que no vivían en sintonía con su vocación, al mismo tiempo tenía gran estima hacia el sacerdocio como tal. En la homilía *Sacerdote para la eternidad*, del 13 de abril de 1973, el fundador del Opus Dei cita un texto clave: «El sacerdocio lleva a servir a Dios en un estado que no es, en sí, ni mejor, ni peor que otros: es distinto. Pero la vocación de sacerdote aparece revestida de una dignidad y de una grandeza que nada en la tierra

supera. Santa Catalina de Siena pone en boca de Jesucristo estas palabras: “No quiero que mengüe la reverencia que se debe profesar a los sacerdotes, porque la reverencia y el respeto que se les manifiesta, no se dirige a ellos, sino a Mí, en virtud de la Sangre que yo les he dado para que la administren. Si no fuera por esto, deberíais dedicarles la misma reverencia que a los seglares, y no más... No se les ha de ofender: ofendiéndolos, se me ofende a Mí, y no a ellos. Por eso lo he prohibido, y he dispuesto que no admito que sean tocados mis Cristos”»²⁸⁷. La consideración de la santa, que a su vez hace referencia al salmo 105,15 ya años atrás había dejado huella en el pensamiento de san Josemaría: «No quiero —por sabido— dejar de recordarte otra vez que el Sacerdote es “otro Cristo”. — Y que el Espíritu Santo ha dicho: “nolite tangere Christos meos” — no queráis tocar “mis Cristos”»²⁸⁸. También en otros puntos de *Camino* se pueden ver ciertos paralelismos con expresiones o modos de pensar de la santa en el *Diálogo*, como señala Pedro Rodríguez²⁸⁹.

«*Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32), cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazaret, con su predicación y milagros por las tierras de Judea y de Galilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura»²⁹⁰. En otro texto de la predicación de san Josemaría, la homilía *Cristo Rey*, del 22 de noviembre de 1970 comenta nuevamente el pasaje neotestamentario: «Jesucristo recuerda a todos: “*et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*” (Jn 12, 32), si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, “*omnia traham ad meipsum*”, todo lo atraeré hacia Mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»²⁹¹. El pasaje de san Juan tenía gran importancia para san Josemaría, desde el 7 agosto de 1931, en aquel entonces fiesta de la Transfiguración del Señor en la diócesis de Madrid Alcalá, día en que sintió en el corazón una intervención divina durante la celebración de la Santa Misa, que él mismo anotó en sus *Apuntes íntimos*: «Llegó la hora de la consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme (...) vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: “*et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*” (Jn 12, 32) (...) Y

comprendí que sería los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a sí todas las cosas»²⁹².

También para santa Catalina de Siena este texto de san Juan tenía mucha importancia. En el *Diálogo* lo comenta con una cierta extensión, cuando habla de la «doctrina del puente», que ocupa los capítulos 25 a 30 de la parte segunda del libro. En el segundo de los capítulos, el 26, explica cómo este puente está constituido entre cielo y tierra. Este puente, elevado en lo alto, pero no separado del mundo, está construido con los méritos de Cristo en la Santa Cruz, y sin el sacrificio de la Cruz no puede pasar ninguno por el puente. Cristo en la Cruz atrae a sí por su ilimitado amor; el corazón del hombre siempre se deja atraer por el amor. Si se dice que Cristo atrae todas las cosas a sí, esto significa por una parte que el hombre es atraído con todas las potencias del alma: memoria, inteligencia y voluntad. Por otra parte, con el hombre son atraídas todas las realidades terrenas, creadas para él²⁹³.

Las obras de santa Catalina

¿San Josemaría conocía las obras de la santa? Por las referencias que hace a su vida parece evidente que había leído *el Diálogo* y la *Legenda maior* o alguna biografía moderna. Del principio de los años sesenta se sabe que pidió a los que trabajaban en la oficina de información de la Obra que consiguiesen una edición completa del epistolario de la santa de Siena²⁹⁴.

En la sede central del Opus Dei se conserva una colección de libros, que fueron trasladados de Madrid a Roma al establecerse san Josemaría en Roma. Estos libros, junto con otros incorporados posteriormente hasta la muerte del fundador en Roma en 1975, forman un depósito que se ha mantenido inalterado, y que puede ser considerado —con precauciones— *biblioteca de trabajo de san Josemaría*²⁹⁵. Según el catálogo establecido por Jesús Gil, encontramos en dicha biblioteca tres ediciones del *Diálogo* en castellano²⁹⁶ y una en italiano²⁹⁷. Entre los libros también está la biografía del autor danés Johannes Jørgensen²⁹⁸.

Santa Catalina, intercesora del apostolado de la opinión pública

Mientras los otros intercesores de la Obra, es decir, san Pío X, san Nicolás de Bari, san Juan María Vianney y santo Tomás Moro ya habían sido *nombrados* en años precedentes, parece que la idea de san Josemaría de invocar a santa Catalina para el apostolado de la opinión pública se remonta a 1964²⁹⁹, como se lee en una carta dirigida a don Florencio Sánchez Bella, consiliario del Opus Dei en aquellos años en España, el 10 mayo de este año: «Voy a contarte ahora que se me ha avivado la devoción, que en mí es vieja, a santa Catalina de Siena: porque supo amar filialmente al papa, porque supo servir sacrificadamente a la santa Iglesia de Dios y... porque supo heroicamente hablar. Estoy pensando en declararla internamente patrona (intercesora) celestial de nuestros apostolados de la opinión pública ¡Ya veremos!»³⁰⁰.

Ya algunos días antes de esta carta, el fundador comentaba en la tertulia del 30 de abril, que antes de la reforma litúrgica era el día de la fiesta de santa Catalina³⁰¹: «Deseo que se celebre la fiesta de esta santa en la vida espiritual de cada uno, y en la vida de nuestras casas o centros. Siempre he tenido devoción a santa Catalina: por su amor a la Iglesia y al papa, y por la valentía que demostró al hablar con claridad siempre que fue necesario, movida precisamente por ese mismo amor. Antes lo heroico era callar, y así lo hicieron vuestros hermanos. Pero ahora lo heroico es hablar, para evitar que se ofenda a Dios Nuestro Señor. Hablar; procurando no herir, con caridad, pero también con claridad»³⁰². Algunos días antes, también el romano pontífice san Pablo VI había hablado en una audiencia de esta fiesta eminente: «Sí, la fuerza del papa es el amor de sus hijos, y la unión de la comunidad eclesial, y la caridad de los fieles que bajo su guía forman un solo corazón y una sola alma. Esta contribución de energías espirituales, que viene del pueblo católico a la jerarquía de la Iglesia, que procede de cada cristiano y llega hasta el papa, nos hace pensar en la santa a quien mañana la Iglesia honrará de un modo especial, santa Catalina de Siena, la humilde, sabia, valiente virgen dominica que, como todos saben, amó al papa y a la Iglesia, a un nivel y con una fuerza de espíritu que no se han conocido en ningún otro»³⁰³.

El 13 de mayo de 1964, san Josemaría decide poner en práctica lo que había anunciado a don Florencio Sánchez Bella. En una tertulia volvió a tocar el tema de la futura intercesora y, después, sonriendo dijo: «¿Para qué esperar

más? Es a mí, como fundador, a quien corresponde nombrarla, y en Casa hacemos las cosas de manera sencilla, sin solemnidades. La nombro intercesora ahora mismo». En ese momento pidió a José Luis Illanes que tomara papel y lápiz y dictó un aviso para enviar a todas las regiones: «El día 13 de mayo, considerando con cuánta claridad de palabra y con cuánta rectitud de corazón, santa Catalina de Siena manifestó, con audacia y sin acepción de personas, los caminos de la verdad a los hombres de su propio tiempo, decreté que el apostolado que los miembros del Opus Dei desarrollan en todo el mundo, con verdad y con caridad, para informar rectamente a la opinión pública, estuviera encomendado a la especial intercesión de esta santa»³⁰⁴.

La decisión de san Josemaría tiene como contexto histórico las celebraciones en Roma del quinto centenario de la canonización de santa Catalina por el papa Pío II en 1461. Con esta ocasión, Juan XXIII envió una carta al general de los dominicos con grandes elogios a la santa³⁰⁵. El servicio italiano de Correos —Poste italiane— emitió un sello en honor de Catalina, y, al final del centenario, se colocó un monumento en Piazza Pia de la Ciudad Eterna, entre Castel Sant’Angelo y Via della Conciliazione, obra del escultor Francesco Messina³⁰⁶.

Es oportuno considerar que la decisión de san Josemaría tiene lugar por un lado en el contexto de unas crecientes incomprendiones que sufría el Opus Dei en España y en otros sitios, y por otro en la forma inadecuada con la que se difundían informaciones sobre los cambios de impresiones que tenían lugar en el aula conciliar durante el Concilio Vaticano II. San Josemaría temía que prevaleciera una visión negativa del desarrollo de ese gran concilio ecuménico: ya a finales de los años cincuenta, el fundador de la Obra había creado una oficina de información para satisfacer la necesidad de dar con eficacia noticias sobre el Opus Dei y sus apostolados, y, más en general, para estudiar temas de actualidad en la vida de la Iglesia y contribuir a divulgar noticias correctas —no sesgadas— sobre la Iglesia y difundir la buena doctrina³⁰⁷. Por lo que se refiere al Concilio Vaticano II, san Josemaría veía con preocupación que durante las labores de preparación circulaban en los *mass-media* actitudes y planteamientos ajenos al espíritu cristiano y a la doctrina de la Iglesia³⁰⁸. Con sus colaboradores en esta oficina de información comentaba estos episodios, haciendo a veces

referencia a santa Catalina de Siena, a quien llamaba con cariño la *gran murmuradora* o la *gran deslenguada*³⁰⁹ porque la santa supo hablar con claridad sin miedo a nada ni a nadie. A veces comentaba frases de las cartas de la santa.

Con el ejemplo de la nueva intercesora, san Josemaría hubiera deseado hablar directamente y con claridad al papa. Escribió una amplia carta que hizo llegar a Pablo VI por medio del cardenal Angelo dell’Aqua³¹⁰.

Reliquias e iconografía

San Josemaría hizo colocar un relicario de la santa junto a las reliquias de los otros intercesores en el oratorio de la Santísima Trinidad en la sede central de la Obra. En este relicario hay dos reliquias de la santa. La primera, *ex ossibus S. Catharinae Senensis V.O.P.*, tiene una auténtica del postulador general de la Orden de los Dominicos, Fr. Tarcisio M. Piccari OP, fechada el 25 junio de 1964³¹¹. La otra la obtuvo del arzobispo de Siena, Mons. Mario Ismael Castellano OP, que firmó la auténtica de una reliquia del velo de la santa, es decir, *ex velo quo coopertum fuit sacrum Caput Sanctae Catherinae Virginis Senensis*³¹². El relicario tiene la inscripción: «*Dilexit opere et veritate Ecclesiam Dei ac Romanum Pontificem*»³¹³. San Josemaría lo comentó en una tertulia del año 1972 con alumnos del Colegio Romano, a raíz de una pregunta de uno de los presentes sobre santa Catalina: «Yo le tengo una devoción extraordinaria. Ya sabéis que es una de nuestras intercesoras, y tengo una reliquia suya encima de la mesa de altar donde celebro la Misa. Yo le escribí una vez al papa actual [Pablo VI], y le decía: tengo esta reliquia por devoción, porque tenía tanto amor a la Iglesia y al papa como tengo yo. No quería decir que tenía más, porque no es verdad. Todos nosotros tenemos el mismo amor que Catalina [...]. Eso es: amó a la Iglesia y al romano pontífice de verdad y con obras, como vosotros y como yo»³¹⁴. A continuación, comentaba brevemente la difícil situación del siglo XIV, con la ausencia del romano pontífice de Roma durante su estancia a Aviñón, los esfuerzos eficaces de uno de los legados del papa, el cardenal Gil de Albornoz, para pacificar los estados pontificios y hacer posible el regreso del sucesor de Pedro a su sede natural, realzando el papel de santa Catalina, que insistió con su oración, su penitencia y sus cartas, para que finalmente el papa volviera a Roma.

En estos mismos años, cuando se trató de elegir una imagen de santa Catalina, el fundador de la Obra prefería la iconografía que corresponde al tipo de la *Vergine di Fontebranda* y no al —más difundido— tipo de la *Mantellata*, con el típico habito blanco y negro de la Orden Tercera de Santo Domingo³¹⁵. Así, al hacer el proyecto para el gran retablo del santuario de Torreciudad, a partir de la primavera del año 1967, se eligió este tipo de imagen, es decir una joven doncella con los atributos de la autora del *Dialogo*: un libro y una pluma, símbolos de su obra maestra, el *Dialogo della Divina Provvidenza* y de su condición de doctora de la Iglesia³¹⁶.

A finales del año 1968, san Josemaría regaló al Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra, la futura Facultad de Comunicación, una imagen de la santa que representa *Las bodas místicas de santa Catalina*, del pintor Pedro Atanasio Bocanegra³¹⁷. La imagen se la habían regalado a su vez en Sevilla³¹⁸. Representa a santa Catalina en compañía de su ángel custodio y de la Sagrada Familia³¹⁹. San Josemaría entregó la imagen a Alfonso Nieto y Francisco Gómez Antón, cuando pasaron ese año por Roma³²⁰. El cuadro se encuentra hoy día en el despacho del decano de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra.

Comentarios en momentos de vida de familia

Con ocasión de encuentros familiares con fieles del Opus Dei, el fundador hacía algunas veces referencia a la santa de Siena. Así, en 1973, aprovechó una pregunta de una alumna del Colegio Romano de Santa María³²¹ sobre la vocación contemplativa para indicar el ejemplo de Catalina: «Haces muy bien en preguntármelo. Yo también tengo vocación contemplativa. Trato de estar siempre con Dios, solo que mi celda es la calle. Lo que tú no sabes es que soy muy amigo de santa Catalina de Siena, por dos razones: la segunda, porque tenía una lengüita tremenda, no se callaba nada. ¡Cómo nos harían falta unas cuantas Catalinas de Siena ahora en el mundo! Y la primera, porque no estaba en el convento, estaba en la calle, y en su alma ella hizo su celda interior, de modo que en cualquier lado que estuviera, no salía de la celda. Este es el camino de las almas en el Opus Dei: estar en medio de la calle y estar metidas en Dios»³²². En la vida de santa Catalina hay un momento concreto en el que nace la idea de la *celda interior*. Cuenta

Raimundo de Capua que la familia, en particular la madre Mona Lapa, intentó disuadir a Catalina de su decisión de vivir en perpetua castidad y dedicarse a la penitencia y a la oración. Le quitaron la habitación que tenía para ella sola, despidieron a la muchacha de servicio y la obligaron a hacer trabajos domésticos. Es allí, en medio del ajetreo de trabajos de una casa grande con muchas personas a las que tenía que servir, donde se hizo, por inspiración del Espíritu Santo, aquella *celda interior*, en la que podía recogerse continuamente³²³. San Josemaría había afirmado en una carta del año 1954: «Nosotros vivimos en la calle, ahí tenemos la celda: somos contemplativos en medio del mundo»³²⁴. En otra ocasión, durante una tertulia un año más tarde con el mismo grupo de personas, volvió al ejemplo de la santa de Siena, afirmando que la quería mucho y explicando al mismo tiempo la vocación contemplativa en la calle, en medio del mundo: «Mantelatas, las llamaban entonces. Se ponían una especie de manto negro para taparse cuando andaban por la calle, porque aquellas buenas mujeres se pasaban un largo rato en la calle. Un lejano precedente vuestro, porque ellas querían ser monjas sin serlo y vosotras y yo tenemos el propósito de no ser monjas ni frailes, porque Dios no nos llama»³²⁵.

Así san Josemaría une estima y amor por el estado religioso en general y el de santa Catalina en particular, con la convicción de vivir la contemplación en medio del mundo según un propio espíritu, diferente del estado religioso: «Donde quiera que estemos, en medio del rumor de la calle y de los afanes humanos —en la fábrica, en la universidad, en el campo, en la oficina o en el hogar—, nos encontraremos en sencilla contemplación filial, en un constante diálogo con Dios. Porque todo —personas, cosas, tareas— nos ofrece la ocasión y el tema de una continua conversación con el Señor: lo mismo que a otras almas, con vocación diversa, les facilita la contemplación, el abandono del mundo —el *contemptus mundi*— y el silencio de la celda o del desierto. A nosotros, hijos míos, el Señor nos pide solo el silencio interior —acallar las voces del egoísmo del hombre viejo—, no el silencio del mundo: porque el mundo no puede ni debe callar para nosotros»³²⁶.

En la ya mencionada tertulia del año 1973, otra persona preguntó si se puede llegar a amar al Señor de la misma manera que se quiere a los padres. San Josemaría nuevamente recordó el ejemplo de la santa: «Yo creo que tú

llegarás a quererle más, sin querer menos a tus padres de lo que les quieres ahora, y con el mismo corazón. ¿Tú tienes dos corazones? Yo, no. Santa Catalina de Siena le aseguraba a su confesor, que no tenía corazón, durante mucho tiempo, que se lo había llevado el Señor; y después le dijo que se lo había devuelto, pero no el suyo, sino el de Jesús. (...) Puedes amar tú también con el Corazón de Jesús, sin necesidad de eso»³²⁷. El fundador de la Obra hace con esto referencia a un pasaje de la *Legenda maior*, en el que Raimundo de Capua cuenta el episodio místico, tal como Catalina se lo había confiado, es decir, que el Señor le había quitado el corazón, y solo después de algún tiempo se lo había devuelto, mejor dicho, le había dado su corazón en lugar del de Catalina³²⁸. En consecuencia, se sentía cambiada, inundada de gracia del Señor, renovada interiormente en pureza y humildad, como una niña pequeña de 4 o 5 años, y llena de amor hacia el prójimo³²⁹.

En otra tertulia, del 20 mayo 1974, el fundador de la Obra volvió hacer referencia a la vida de santa Catalina, y a las tentaciones que tenía que sufrir en cierto momento de su vida. Aunque rechazó todas las insinuaciones del diablo, sin embargo, quedó desconcertada por la violencia del ataque y por el aparente abandono del Señor, y dijo: «Señor mío, ¿dónde estabais cuando mi corazón fue acosado por tantas tentaciones? Y el Señor: “Yo estaba en tu corazón”»³³⁰.

Cuando san Josemaría hacía referencia a las cartas de la santa, la llamaba a veces la «gran murmuradora»³³¹, y afirmaba que «tenía una lengua muy dura, hablaba claro»³³², «que decía al papa unas barbaridades y llamaba a los cardenales diablos encarnados»³³³.

Conclusión

En la vida de san Josemaría hay un amor hacía santa Catalina de Siena que tiene sus raíces en su vida de piedad ya antes de la fundación de la Obra y que aumenta con el tiempo. Por eso llamaba a sus apuntes *las Catalinas*. San Josemaría apreciaba el amor incondicionado de Catalina a la Iglesia y al romano pontífice, que se unía con una gran valentía para hablar con claridad a los hombres de su tiempo, también a las autoridades más elevadas, hasta el papa. En esto, san Josemaría veía un ejemplo para sí mismo y para sus hijas y sus hijos en el Opus Dei. En los últimos años de su

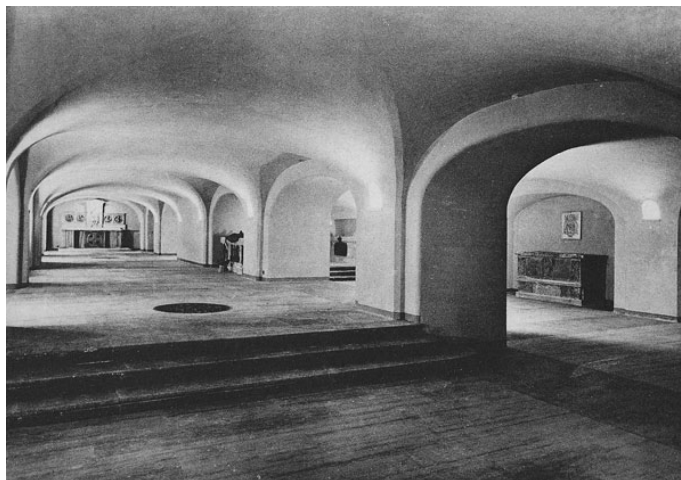
vida, subrayaba otros dos aspectos de la vida ejemplar de la santa: la unión entre la vida contemplativa y la actividad exterior, en la que se puede estar siempre con Dios, en la *celda* del alma, y finalmente la unicidad del amor humano y divino, aquel amar a Dios y a los hombres con un solo corazón, que debería ser según el ejemplo de la santa de Siena el corazón de Jesús, que ella había recibido en el acontecimiento místico del «cambio de corazones» del mismo Señor Jesucristo.

[Volver al índice](#)

GALERÍA FOTOGRÁFICA DE SAN PÍO X



San Pío X ocupó la Sede de Pedro desde el día 9 de agosto de 1903 hasta el día 20 de agosto de 1914



Vista de la Nave central de la Cripta de los Papas, en 1949, una vez concluidas las obras de remodelación.

En el extremo occidental de la nave se ve el altar de Cristo Rey, dentro del cual estuvo la urna con el cuerpo de Pío X entre los días posteriores a su beatificación y el mes de diciembre de 1951. El 17 de febrero de 1952, la misma urna fue colocada dentro del altar de la Capilla de la Presentación, donde permanece hasta hoy. En el lugar donde entonces se encontraba el altar de Cristo Rey, puede verse ahora una pared de cristal que permite divisar, desde la Cripta, la Tumba de san Pedro y el arca de los palios

(fuente: Archivo fotográfico de la Fábrica de San Pedro).



Reclinatorio utilizado por Pío X. Actualmente se conserva en Roma, en el oratorio de la Santísima Trinidad de la sede central del Opus Dei.



En los días 10 y 11 de marzo de 1945 se trasladó el cuerpo de Pío X al nicho lateral derecho de la capilla de la Presentación. A su llegada a Roma en 1946, san Josemaría Escrivá el cuerpo de Pío X se encontraba en este lugar

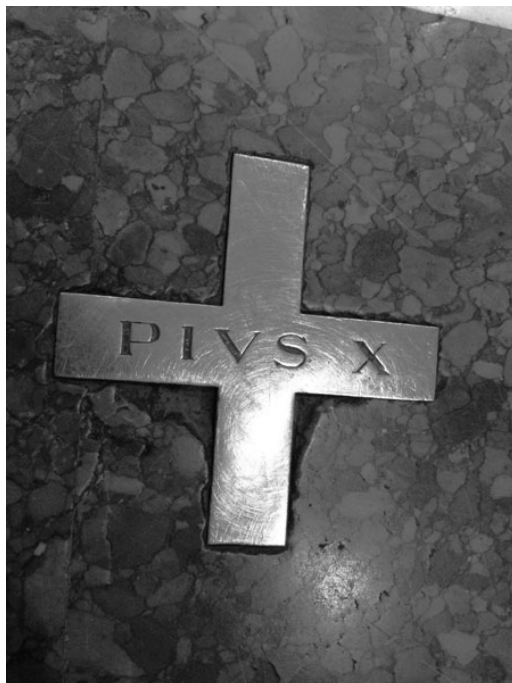
(fuente: Archivo fotográfico de la Fábrica de San Pedro).



La lápida indica sencillamente el nombre «Pius Papa X», ya que entonces era solo siervo de Dios.

Las autoridades de la Basílica pusieron en la zona inferior de la pared la lápida que estuvo inicialmente en la tumba de Pío X en las Grutas Vaticanas. El cuerpo del papa estuvo en este nicho del 11 de marzo de 1946 al 28 de mayo de 1951, pocos días antes de su beatificación.

(fuente: Archivo fotográfico de la Fábrica de San Pedro).



Cruz de latón (12x12 cm) que Mons. De Bisogno, ecónomo de la Basílica de San Pedro, hizo colocar en el suelo de la Basílica para señalar el lugar en el que se situaba, en el piso inferior, la tumba del papa Pío X.

[Volver capítulo](#)

[Volver al índice](#)

Papas	Canonizaciones	Santos del XIX	Santos del XX
Pío VII (1800-1823)	5		
Gregorio XVI 1831-1846)	5		
Beato Pío IX (1846-1878)	52		
León XIII (1878-1903)	18		
San Pío X (1903-1914)	4	1	
Benedicto XV (1914-1922)	3	1	
Pío XI (1922-1939)	34	11	
Pío XII (1939-1958)	33	20	4
Juan XXIII (1958-1963)	10	5	1
Pablo VI (1963-1978)	84	34	1
Juan Pablo II (1978-2005)	482 (402 de ellos mártires)	300	125
Benedicto XVI (2005-2013)	43	19	15

[Volver](#)

NOTAS

Notas

[← 1]

De Spiritu et de piis servandis consuetudinibus, Roma, 1990, n. 103, Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (AGP).

[← 2]

San Josemaría utilizó a veces ese término para inculcar en los miembros del Opus Dei el amor al papa, obispo de Roma. *Romanizarse* era para san Josemaría hacerse más universal, más católico.

[← 3]

Raymond Wilson CHAMBERS, *Tomás Moro*, Editorial Juventud, Buenos Aires 1946; 428 pp. Cfr. Jesús GIL SAÉNZ, *La biblioteca de trabajo de san Josemaría Escrivá de Balaguer en Roma*, EDUSC, Roma, 2015, p. 296.

[← 4]

José Antonio LOARTE (ed.), *San Josemaría Escrivá de Balaguer. Por las sendas de la fe. Selección de textos de la predicación*, Madrid, Cristiandad, 2013, p. 148. La cursiva es mía.

[← 5]

Henri-Irénée MARROU, *De la connaissance historique*, Paris, Éditions du Seuil, 1955, p. 56.

[← 6]

El título original con el que se publicó el artículo es *San Nicolás de Bari, intercesor en las necesidades económicas del Opus Dei*.

[← 7]

Apuntes íntimos, n. 1206, cit. en Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, Madrid, Rialp, 20016, nota 121, p. 537.

[← 8]

Ibid.

[← 9]

Por entonces, era costumbre distribuir la Comunión también fuera de la Misa. El convento citado es el de Santa Isabel, en cuya casa rectoral Escrivá se alojó entre los años 1934 y 1936, con su madre y hermanos. Cfr. Beatriz COMELLA GUTIÉRREZ, *Introducción para un estudio sobre la relación de Josemaría Escrivá de Balaguer con el Real Patronato de Santa Isabel de Madrid*, SetD 3 (2009), pp. 189 y 191.

[← 10]

Diario de la Academia-Residencia DYA, 6 de diciembre de 1934, p. 76, AGP, serie A.2, 4-1-1. Un apunte, posterior, de san Josemaría dice: «Y será en lo sucesivo Hermano nuestro en la Obra». Probablemente sea de 1936 otra nota marginal suya: «Bien lo ha hecho san Nicolás, en poco más de un año. Muy agradecidos estamos».

[← 11]

Álvaro del Portillo explicará que san Nicolás «era Administrador general de todas las deudas, porque otra cosa no había». Cit. en *Crónica* 1977, p. 786, AGP, Biblioteca, P01. Sobre Heliodoro Gil y su relación con san Josemaría durante esos años, cfr. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN – Jaume AURELL, *Josemaría Escrivá de Balaguer en los años treinta: los sacerdotes amigos*, SetD 3 (2009), pp. 66-67.

[← 12]

En realidad, fue nombrado rector de Santa Isabel cuatro días después: el 11 de diciembre de 1934. Sobre la actividad realizada por Josemaría Escrivá en el Real Patronato de Santa Isabel, cfr. Beatriz COMELLA GUTIÉRREZ, *Introducción*, pp. 175-200; ID., *Josemaría Escrivá de Balaguer en el Real Patronato de Santa Isabel de Madrid (1931-1945)*, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá – Rialp, 2010.

[← 13]

Al escuchar estas palabras, alguien preguntó a san Josemaría si el problema se solucionó. La respuesta fue: «¡Dónde estaríamos tú y yo, si no! ¡Debajo de una tienda de campaña y de unos trozos de hojalata! Pero yo no pido milagrerías; primero pido que trabajemos, que nos sostengamos con el trabajo y, cuando no llegamos, pedimos a Dios para que lleguemos. No soy carismático; hay que poner los medios humanos y a la vez los sobrenaturales, que siempre van juntos». Cit. en *Crónica*, 1968, p. 447, AGP, Biblioteca, P01.

[← 14]

San Nicolás nació de familia fervientemente cristiana, hacia el año 255, en Pátara, localidad portuaria en la costa meridional de Asia Menor (actualmente Turquía). Probablemente, antes de que cumpliese los cuarenta años fallecieron sus padres, de quienes heredó una sustanciosa fortuna. Nicolás, profundamente piadoso, practicaba con generosidad las obras de misericordia. Quizá para una mejor administración de su patrimonio, se trasladó a la no lejana ciudad de Myra (o tal vez a su población portuaria, llamada Andriake). En torno al 300 quedó vacante la sede episcopal de Myra y, para suceder al obispo difunto, fue elegido y ordenado Nicolás. Del año 303 al 311 (o quizá 313) hubo de sufrir, muy probablemente con cárcel y acaso torturas, la persecución de Diocleciano. Es posible su participación en el Concilio ecuménico de Nicea (325). Debió de fallecer, octogenario, alrededor del año 335, y fue enterrado en lo que más tarde sería su iglesia, entre Myra y Andriake. Allí se veneraron sus restos mortales hasta que, en 1087, fueron trasladados por la fuerza a Bari, donde permanecen actualmente. Para más datos de su vida, cfr. José Miguel PERO-SANZ, *San Nicolás*, Madrid, Palabra, 2007.

[← 15]

«Dar un sablazo» es una expresión coloquial, comúnmente usada para expresar la petición de ayuda económica, hecha con gracia y de modo amable, con la intención de no tener que devolver la suma recibida.

[← 16]

Palabras de un encuentro informal, 9 de febrero de 1975, *Catequesis en América*, vol. III, 1974, p. 2, AGP, Biblioteca, P04.

[← 17]

La doble apelación corresponde a dos de las más antiguas parroquias de Madrid. Una y otra se citan, como parroquias independientes, en el Fuero de 1202.

[← 18]

José Luis MARTÍN GIL, *Antón Martín, pionero del voluntariado social*, Madrid, BAC, 2009, pp. 152ss.

[← 19]

Sufrió un primer intento de incendio el 13 de marzo de 1936. Cfr. COMELLA GUTIÉRREZ, *Introducción*, p. 70. Y el 20 de julio del mismo año ardió, como muchas iglesias de Madrid, hasta su total destrucción. José Luis Martín Gil señala que «de la cúpula y tejados de la iglesia se recuperaron cerca de 7.000 kilos de plomo derretido, lo único aprovechable de sus cenizas». MARTÍN GIL, *Antón Martín*, p. 181. Cfr. también José Francisco GUIJARRO, *Persecución religiosa y guerra civil. La Iglesia en Madrid, 1936-1939*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006, p. 370. Reconstruida en 1948, después de la guerra civil española, la parroquia de El Salvador y San Nicolás, en la calle Atocha, número 58, junto a la plaza de Antón Martín, sigue siendo el centro de la devoción madrileña al santo. Por ejemplo, allí confluyen —sobre todo, los lunes de cada semana— las populares *Caminatas de san Nicolás*.

[← 20]

Cfr. Julio GONZÁLEZ-SIMANCAS Y LACASA, *San Josemaría entre los enfermos de Madrid (1927-1931)*, SetD 2 (2008), pp. 147-203.

[← 21]

Sobre la penuria económica del fundador en la década de los años 30, cfr., por ejemplo, VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, pp. 366, 374, 396-403, 519-528; Pedro RODRÍGUEZ, *El doctorado de san Josemaría en la Universidad de Madrid*, SetD 2 (2008), pp. 13-103, *passim*.

[← 22]

Sobre la Residencia DYA, cfr. José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. la Academia y Residencia en la historia del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2016; José Carlos MARTÍN DE LA HOZ – Josemaría REVUELTA SOMALO, *Un estudiante en la Residencia DYA. Cartas de Emiliano Amann a su familia (1935-1936)*, SetD 2 (2008), pp. 299-358; Constantino ÁNCHEL, *Fuentes para la historia de la Academia y de la Residencia DYA*, SetD 4 (2010),

pp. 101; José Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *Anotaciones de Ricardo Fernández Vallespín en la Academia DYA de Madrid (18 de marzo – 25 de junio de 1934)*, SetD 7 (2013), pp. 371-402.

[← 23]

VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, pp. 509-510.

[← 24]

Cfr. GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA*, pp. 155-156.

[← 25]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, p. 512.

[← 26]

El anterior rector de Santa Isabel no había presentado formalmente su renuncia y hubo varios reajustes de competencias en el citado Ministerio.

[← 27]

Cfr. *Ibid.*, p. 538.

[← 28]

Cfr. *Ibid.*, pp. 524-526.

[← 29]

Cfr. *Ibid.*, p. 524.

[← 30]

Carta de Josemaría Escrivá a los miembros del Opus Dei de Madrid, 20 de septiembre de 1934, cit. en *ibid.*, p. 525.

[← 31]

Ibid., pp. 525-526

[← 32]

Cfr. GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA*, p. 301.

[← 33]

Se trataba de los Almacenes Simeón, cfr. *ibid.*, p. 526.

[← 34]

Palabras de una meditación dirigida por Josemaría Escrivá, 19 de marzo de 1975, cit. en *ibid.*, pp. 526-527.

[← 35]

Cfr. Academia DYA, curso 1934-1935. «Fichero asistentes a actividades», AGP, serie A.2, 41-3-2.

[← 36]

Cfr. GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA*, p. 395

[← 37]

Cfr. Diario del Centro de Madrid, 16 de abril y 2 de mayo de 1939, AGP, A.2, 11-1-1.

[← 38]

Cfr. José Miguel PERO-SANZ, *Isidoro Zorzano*, Madrid, Palabra, 1996, p. 272.

[← 39]

Cfr. *Ibid.*, pp. 342 y 425.

[← 40]

Cfr. Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Madrid, Rialp, 2012, pp. 315-323.

[← 41]

Diario del Colegio Romano de la Santa Cruz (30 de mayo a 27 de julio de 1954), 5 de julio de 1954, AGP, M.2.2, 427-24. Añade: «Nos rogó que nos unamos a sus intenciones pidiendo por la solución del problema económico».

[← 42]

Apuntes tomados de una reunión informal, 14 de febrero de 2004, *Crónica*, 2004, p. 238, AGP, Biblioteca, P01.

[← 43]

Apuntes tomados de un encuentro informal, «Dos meses de catequesis», vol. II, p. 625, AGP, Biblioteca, P04.

[← 44]

Así recuerda un médico de Bari, Lucio Tauro, haberlo escuchado a san Josemaría, en una tertulia, 1 de enero de 1973. Cfr. AGP, serie A.2, 83-3-5. Hasta el momento, al menos, es la única referencia escrita que informa del altar en que celebró.

[← 45]

El primitivo mosaico —pintado— con el tiempo se sustituyó por uno verdadero, de teselas auténticas.

[← 46]

El recuerdo de Javier Cotelo, con las anotaciones de Álvaro del Portillo y de Javier Echevarría se conserva en AGP, serie A.5, 206-1-1.

[← 47]

Apuntes de una conversación familiar, 1 de enero de 1973, *Crónica*, 1973, p. 54, AGP, Biblioteca, P01. Cfr. también testimonio del interesado, Lucio Tauro, AGP, serie A.2, 83-3-5.

[← 48]

Cfr. Aldo CAPUCCI, *La memoria di san Josemaría Escrivá nello spazio urbano in Italia*, *SetD 4* (2010), p. 442.

[← 49]

El título original con el que se publicó el artículo es *Saint Josémaria et le Curé d'Ars*.

[← 50]

Deseo agradecer su ayuda y sus consejos a Francesc Castells del Archivo General de la Prelatura del Opus Dei y a Luis Cano del Istituto Storico San Josemaría Escrivá.

[← 51]

El artículo se centra, por tanto, en la relación entre los dos santos en lo que respecta al nombramiento del cura de Ars como intercesor. No se intenta aquí *comparar* sistemáticamente la espiritualidad de los dos santos: sería interesante situar a Josemaría en relación con Juan María, y analizar al primero en la historia de la espiritualidad sacerdotal de su tiempo, destacando los aspectos más tradicionales y las posibles originalidades, especialmente la secularidad de la espiritualidad sacerdotal; pero esto sería objeto de otras investigaciones.

[← 52]

Cfr. la siguiente nota n. 54 y los párrafos sobre las visitas a Ars (la primera tuvo lugar el 25 de octubre de 1953) para explicar la elección del año 1953 como el *annus ad quem* del nombramiento.

[← 53]

Nota sobre relación con obispos, Roma, 9 de agosto de 1951: AGP, A.3, 179-4-11. Nada se recoge sobre esta nota en el diario del Colegio Romano alrededor del 9 de agosto: AGP, M.2.2., 427-8, ni en las cuatro cartas del epistolario enviado desde Roma ese día.

[← 54]

AGP, A.3.4, 262-2, carta 500902-01. Esta fecha dada por san Josemaría es sin duda más fiable que el vago recuerdo del redactor del diario del Colegio Romano, que escribió el viernes 27 de febrero de 1953, después de una reunión con el fundador, precisando que le fallaba la memoria: «A mitad de tertulia viene el Padre con nosotros. Nos dice que en 1934 o 1935 —no recuerdo con exactitud— puso bajo el patrocinio del santo cura de Ars las relaciones de la Obra con los obispos. Y hace pocos días, encomendó a san Pío X las relaciones con la Santa

Sede»: AGP, M.2.2., 427-16. Parece que fue precisamente en 1953 cuando tomó forma la idea de un grupo de santos a los que el Opus Dei confiaría diversas intenciones institucionales.

[← 55]

«Don Josemaría se fue haciendo un itinerario al que incorporó también otras finalidades, como la de visitar a todos los obispos para irles dando a conocer la Obra». Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. II, Madrid, Rialp, 1997-2003, p. 254.

[← 56]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. II, pp. 253 y ss.

[← 57]

Cfr. Constantino ÁNCHEL, *La predicación de san Josemaría. Fuentes documentales para el período 1938-1946*, SetD 7 (2013), pp. 125-198, especialmente 135-139.

[← 58]

Para esta breve explicación, utilizo aquí algunas expresiones de la página web de la Prelatura en francés www.opusdei.fr, en su sección ¿Qué es el Opus Dei? (consultado el 9 de enero de 2014).

[← 59]

Cfr. especialmente el *Codex Iuris Particularis Operis Dei*, Tit. IV, cap. V, en Amadeo de FUENMAYOR - José Luis ILLANES - Valentín GÓMEZ-IGLESIAS, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona, Eunsa, 1990⁴, pp. 654-656.

[← 60]

Por sus amistades con los obispos de España, donde nació el Opus Dei y donde se expandió en primer lugar, hay que mencionar a Leopoldo Eijo y Garay, José López Ortiz, Santos Moro Briz, Pedro Cantero Cuadrado, Carmelo Ballester Nieto, José María Bueno Monreal, José María García Lahiguera y Juan Hervás Benet, entre otros. Cfr. los índices de nombres citados en los tres volúmenes de VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*; o los testimonios recogidos en Benito BADRINAS (ed.), *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer: un hombre de Dios. Testimonios sobre el fundador del Opus Dei*, Madrid, Palabra, 1994. Para el periodo posterior y especialmente durante el Concilio Vaticano II, cfr. por ejemplo Carlo PIOPPI, *Alcuni incontri di san Josemaría Escrivá con personalità ecclesiastiche durante gli anni del Concilio Vaticano II*, SetD 5 (2011), pp. 165-228. La relación del cardenal patriarca de Lisboa, Manuel Gonçalves Cerejeira, con el Opus Dei sirve para ilustrar el respeto y afecto de san Josemaría en unos momentos complicados por los malentendidos: cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 359-365. Cfr. también Hugo de AZEVEDO, *Primeiras viagens de S. Josemaría a Portugal (1945)*, SetD 1 (2007), pp. 15-39.

[← 61]

Cfr. Federico M. REQUENA - Javier SESÉ (eds.), *Fuentes para la historia del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 85-93; 109.

[← 62]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 170-176; FUENMAYOR - ILLANES - GÓMEZ-IGLESIAS, *El itinerario*, pp. 288-291.

[← 63]

Cfr. en particular las cartas AGP, A.3.4, 262-2, cartas 500902-01, 500903-01 y 500914-03 del epistolario del san Josemaría.

[← 64]

AGP, A.3.4, 262-2, carta 500902-01.

[← 65]

AGP, M.2.2, D 428-6.

[← 66]

Testimonio de Mons. Agustín Romero, actual vicario judicial de la archidiócesis de París, que relata una visita de san Josemaría a París el 20 de mayo de 1959, es decir, como se verá a continuación, una semana después de visitar Ars: «Como un ejemplo de la universalidad del espíritu que le había dado, nos habló de los santos intercesores: *santo Tomás Moro, un inglés maravilloso; el santo cura de Ars, un francés; san Pío X, un italiano*»: AGP, A.2, 83-1-2, H, p. 4.

[← 67]

«*Mirad que en España tenemos montones de santos y no he buscado ningún español. Nos pide que no seamos nacionalistas. [...] Contaba cómo podía haber escogido como patrono de nuestras relaciones con los ordinarios al beato Juan de Ávila y sin embargo eligió al cura de Ars*»: AGP, M.2.2, 428-6, el 20 de junio de 1956; AGP, A.5, 206-3-8: «Nos hacía ver cómo había escogido intercesores de distintas naciones, para que no fuésemos nacionalistas, pudiendo haber elegido santos españoles en abundancia»: Testimonio de Hugo de Azevedo, Oporto, 6 de septiembre de 1975.

[← 68]

Y proclamado doctor de la Iglesia por Benedicto XVI el 7 de octubre de 2012.

[← 69]

Cfr. Marc VENARD (ed.), *Histoire du christianisme*, t. VIII: *Le temps des confessions*, París, Desclée, 1992, p. 1026. San Pedro Fourier (†1640), párroco de Mattaincourt en Lorena, había sido canonizado en 1897, pero como fundador de las canonisas regulares de la Congregación de Notre-Dame.

[← 70]

El deán del párroco rural de Bernanos observa: «¿No es una excepción el cura de Ars? ¿No es insignificante la proporción, comparada con esta venerable multitud de clérigos celosos, que consagran sus fuerzas a las cargas aplastantes del ministerio? ¿Y quién osaría pretender, sin

embargo, que la práctica de las virtudes heroicas sea privilegio de los monjes o, si mucho me apuras, hasta de los simples seglares?»: Georges BERNANOS, *Journal d'un curé de campagne*, en Albert BÉGUIN (ed.), *Œuvres romanesques*, Paris, (Bibliothèque de la Pléiade, 155) Gallimard, 1966, p. 1083.

[← 71]

Cfr. Gilbert HUMBERT, *Jalons chronologiques pour une histoire de la pénétration en pays francophones de la pensée et des œuvres d'Alphonse de Liguori*, en Jean DELUMEAU (ed.), *Alphonse de Liguori: pasteur et docteur*, París, Beauchesne, 1987, pp. 369-401; *La recezione del pensiero alfonsiano nella Chiesa: atti del congresso in occasione del terzo centenario della nascita di S. Alfonso De Liguori*, Roma 5-7 marzo 1997, (Bibliotheca historica Congregationis SSmi. Redemptoris, 18) Collegium S. Alfonsi de Urbe, 1998.

[← 72]

Cfr. Gérard CHOLVY - Yves-Marie HILAIRE, *Histoire religieuse de la France contemporaine (1800-1880)*, I, Toulouse, Privat, 1985, p. 156.

[← 73]

Cfr. Gérard CHOLVY, *Être chrétien en France au XIXe siècle (1790-1914)*, París, Seuil, 1997, p. 113.

[← 74]

Cfr. Henri CONVERT, *Le saint curé d'Ars et le sacrement de pénitence*, 1ª parte, c. VII, Lyon, Emmanuel Vitte, 1923.

[← 75]

Cfr. Bernard NODET, *Jean-Marie Vianney, Curé d'Ars. Sa pensée, son cœur*, Le Puy, Xavier Mappus, 1960⁵, p. 20.

[← 76]

En 1930 escribió: «Desde hace mucho tiempo, además de llevar revistas religiosas (*El Mensajero*, el *Iris de Paz*, revistas de misiones y otras de diversas congregaciones) a los enfermos, las he repartido, tranquila y frescamente, por las calles: en los barrios bajos, hubo temporada que no podía pasar por algunas calles sin que me pidieran revistas»: Josemaría ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 86, 25 de agosto de 1930, en VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, p. 321. También podemos pensar en una revista más científica como *La Vida Sobrenatural*. Cfr. Federico M. REQUENA, *El «Amor Misericordioso» en La Vida Sobrenatural*, «Vida Sobrenatural» 591 (1997), pp. 166-182; ID, *San Josemaría Escrivá de Balaguer y la devoción al Amor Misericordioso (1927-1935)*, SetD 3 (2009), pp. 139-174.

[← 77]

Cfr. Benoît PELLISTRANDI, *De la «acción de los católicos» a la santidad laical. El historiador frente a la santidad contemporánea*, en Josep-Ignasi SARANYANA et alii (eds.), *El camino histórico de la santidad cristiana: de los inicios de la época contemporánea hasta el Concilio Vaticano II*, XXIV Simposio Internacional de Teología de la Universidad de

Navarra, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2004, pp. 19-42, aquí p. 40. Cfr. también http://www.vatican.va/news_services/liturgy/saints/index_canoniz-beat_fr.html consultado el 14 de febrero de 2014.

[← 78]

Pietro STELLA s.d.b., *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, II, Roma, LAS, 1981, p. 307. En este contexto, Pío XI nombró al cura de Ars patrono de los párrocos de todo el mundo en la Carta Apostólica *Anno iubilari* (23 de abril de 1929): AAS 21 (1929), pp. 312-313.

[← 79]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, p. 414.

[← 80]

«Añadió que quería mucho a Francia. *Por espíritu de justicia, por reparación. ¡Me la enseñaron a odiar tanto de pequeño!*»: AGP, M.2.2, 428-6, 20 de junio de 1956. Un francés del Opus Dei, François Gondrand, recuerda que en su primer encuentro con san Josemaría, en mayo de 1960, le dijo que «había tenido que hacer un esfuerzo para amar a Francia, cuando se dio cuenta de que los buenos religiosos que habían sido sus profesores en la escuela primaria, habían intentado inculcarle el odio a los franceses, ya que en Aragón se conservaba un recuerdo muy vivo de las campañas napoleónicas. El Padre nos encargó decir a los otros franceses que vendrían después, que él amaba mucho más a Francia, precisamente porque había debido hacer este esfuerzo en su juventud, para compensar el odio a los franceses que habían intentado inculcarle en sus primeros años. Añadió que era una cosa espantosa el introducir el odio en el corazón de los niños y que, a pesar de todo, a pesar de lo que había hecho en España, Napoleón no era el ogro que le habían descrito»: AGP, A.2, 83-1-2, K, p. 2.

[← 81]

Cfr. Jesús GIL SÁENZ, *La biblioteca de trabajo de san Josemaría Escrivá de Balaguer en Roma*, EDUSC, Roma, 2015. Algunos de los libros llegaron de Madrid después de 1950, san Josemaría ocupó la sala que conduce a los estantes de esta biblioteca de trabajo el 9 de enero de 1953.

[← 82]

San Juan Bautista María VIANNEY, *Sermones de Juan Bta. M.^a Vianney, cura de Ars*, Barcelona, Eugenio Subirana, 1927, vol. 1-2.

[← 83]

Alfred MONNIN, *Esprit du Curé d'Ars: Saint J.-B. M. Vianney dans ses catéchismes, ses homélies et sa conversation*, París, P. Téqui, 1935³⁴. Libro sin cortar; ID., *Spirito del Curato d'Ars*, Roma, Ares, 1956 (dos ejemplares); Francis TROCHU, *L'âme du Curé d'Ars*, Lyon-Paris, Emmanuel Vitte, 1928. Libro sin cortar; Hippolyte CONVERT, *Le Saint Curé d'Ars et la Famille*, Lyon-París, Emmanuel Vitte, 1922. Libro sin cortar; ID. *Méditations sacerdotales: Le Saint Curé d'Ars modèle du prêtre retraitant*, Lyon-Paris, Emmanuel Vitte [1935]. Como observa Gil Sáenz: «Los tomos cerrados, es decir, los que conservan los pliegos sin cortar: no permiten afirmar que el fundador del Opus Dei nunca leyera esos títulos, sino que jamás nadie

leyó esos ejemplares en concreto. Al tratarse de regalos, muchos los había leído antes de que se los enviaran». Gil Sáenz añade en una nota: «También afirmado por Mons. Echevarría en el mismo lugar [un cuestionario presentado por el autor del escrito el 20 de mayo de 2011], y además lo reitera en varias preguntas del cuestionario».

[← 84]

Cfr. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, ed. crítico-histórica preparada por Pedro RODRÍGUEZ, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá - Rialp, 2004³, p. 733.

[← 85]

Cfr. JUAN PABLO II, *Ma vocation: don et mystère*, París, Bayard-Cerf-Fleurus-Mame-Téqui, 1996, p. 70.

[← 86]

En el n. 277, según la numeración de www.vatican.va.

[← 87]

AGP, A.5, 221-2-2: «Otro recuerdo de la tertulia que tuvimos con el Padre, en el verano de 1961, en la Estila, es el que sigue: Uno de los presentes le preguntó —fue una pregunta bastante larga— si debíamos imitar a los que entonces llamábamos patronos menores. Se extendió acerca de que le resultaba difícil pensar que los sacerdotes de Casa debieran imitar las virtudes del cura de Ars, tomarlo como modelo. El Padre se apresuró a aclarar que los patronos menores, eran simples intercesores, y que acudíamos a ellos exclusivamente en este sentido. Que nuestro espíritu era uno concreto —el querido por Dios— que es el que teníamos que vivir. Que solamente debíamos imitar a Jesús, a la Virgen Santísima y a san José, y a los demás pedirles su intercesión en aquellas cosas que habíamos puesto bajo su protección. Unos meses más tarde nos llegó una indicación del Padre, diciendo que a partir de entonces a los patronos menores les llamaríamos santos intercesores». Testimonio de Carlos Jordana Buttica, 20 de julio de 1975.

[← 88]

«Voluntariamente, por mortificación y espíritu de humildad, llevaba una sotana gastada, un sombrero viejo, zapatos remendados que no conocieron el lujo del cepillado lustroso»: Francis TROCHU, *Le curé d'Ars, saint Jean-Marie-Baptiste Vianney, 1786-1859, d'après toutes les pièces du procès de canonisation et de nombreux documents inédits*, E. Vitte, Lyon-Paris 1954¹², p. 315, que cita en la misma página a una de las personas que acudían a recibir los consejos del santo, la baronesa Alix-Henriette de Belvey: «Si al Sr. Vianney le gustaba la limpieza, su indigencia exterior le perjudicaba un poco»; «Solamente consentía en pasar su sotana para arreglar y lavar cuando ya lo necesitaba demasiado»: Alfred MONNIN, *Le Curé d'Ars, vie de M. Jean-Baptiste-Marie Vianney*, Lyon, C. Douniol, 1868, p. 167.

[← 89]

Cfr. Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2000, pp. 159-161.

[← 90]

AGP, A.5, 217-2-5. Cfr. TROCHU, *Le curé d'Ars Saint Jean Marie Vianney*, pp. 555-564: Trochu dice también p. 556 que esta mortificación del santo le parece «más admirable que imitable».

[← 91]

AGP, E.1.3, nota 658: «Los patronos de la Obra no son propiamente modelos para nosotros, para nuestra vocación específica; sino intercesores, protectores de nuestra Obra. Tenedlo en cuenta en las meditaciones y en las charlas». San Josemaría introdujo el cambio de vocabulario, de patronos menores a intercesor, en el Catecismo de la Obra, que presenta el derecho particular del Opus Dei en forma de preguntas y respuestas. Cfr. el ejemplar de la tercera edición del AGP (29 de marzo de 1959), art. 5, nn. 20-27, 25 y 27, AGP, E.1.9, 205-3-1, con correcciones manuscritas de san Josemaría para la cuarta edición, de patronos a intercesores.

[← 92]

Testimonio de Iñaki Celaya, Roma, 22 de septiembre de 1975: AGP, A.5, 204-3-4.

[← 93]

Henri CONVERT, *Le saint curé d'Ars et le sacrement de pénitence*, 1ª partie, c. VII, Lyon, Emmanuel Vitte, 1923.

[← 94]

Bernard NODET, *Jean-Marie Vianney, curé d'Ars. Sa pensée, son cœur*, Le Puy, Xavier Mappus, 19605, p. 18

[← 95]

Bernard ARDURA o.praem., «Nella biblioteca del curato d'Ars. Conoscere san Giovanni Maria Vianney attraverso i suoi libri», *L'Osservatore Romano*, 9 gennaio 2010, p. 5.

[← 96]

Enrique PÈLACH, *Abancay: un obispo en los Andes Peruanos*, Madrid, Rialp, 2005, p. 86; AGP, A.5, 237-1-3.

[← 97]

Cfr. Tocanier, *Procès de l'ordinaire*, p. 115, en Henry AURENCHE, *La passion du saint curé d'Ars*, Paris, NEL, 1949, p. 54.

[← 98]

Javier ECHEVARRÍA, *Carta Pastoral* (1 de julio de 2009) en <http://www.opusdei.fr/art.php?p=34517> consultada el 9 de enero de 2014.

[← 99]

AGP, A.2, 83-1, sobre las 35 estancias de san Josemaría en Francia. Sin embargo, los elementos encontrados permitirán aclarar ciertos puntos. La biografía de Andrés Vázquez de Prada da las fechas: 1953, 1956, 1958, 1959 y 1960. Por lo tanto, la visita de 1955 y las tres visitas de 1957 han desaparecido. El autor menciona como fuente el *Summarium* del proceso de canonización, p. 837, que habla de las peregrinaciones a Ars, pero no da ninguna fecha. Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, p. 338.

[← 100]

AGP, A.2, 83-1-1. No hemos encontrado nada sobre Ars y el santo cura alrededor del 25 de octubre en los diarios del Centro de la Rue de Bourgogne (París) AGP, M.2.2., 270-17; ni en los del Colegio Romano de la Santa Cruz: AGP, M.2.2., 427-18. El centro de Grenoble no abrirá hasta julio de 1962, después de la última visita de san Josemaría a Ars; el de Lyon no abrirá hasta después del fallecimiento del fundador del Opus Dei: por tanto, no hay diarios para estos dos centros, que están más cerca de Ars que de París, para el período que nos interesa.

[← 101]

«Estuvieron presentes en un oficio solemne al que asistió todo el pueblo, y que hace pensar en la profunda huella dejada por este santo»: AGP, A.2, 83-1-2, B, p. 1; *Crónica*, XII-1955, p. 14, AGP, Biblioteca, P01.

[← 102]

AGP, A.2, 83-1-1. No se encontró nada sobre Ars y el santo cura a su regreso del viaje de san Josemaría en el diario del Colegio Romano de la Santa Cruz: AGP, M.2.2, 248-3. Cfr. también Ana SASTRE, *Tiempo de caminar*, Madrid, Rialp, 1991⁴, p. 440

[← 103]

AGP, A.2, 83-1-1. «Sin duda celebraron la Misa»: AGP, A.2, 83-1-2, C, p. 1. San Josemaría estuvo acompañado por el beato Álvaro del Portillo y por Giorgio de Filippi (misma fuente). No se encontró nada sobre Ars y el santo cura alrededor del 27 de junio en los diarios del centro del Boulevard Saint-Germain (París): AGP, M.2.2., 269-17, y del Colegio Romano de la Santa Cruz: AGP, M.2.2., 428-6.

[← 104]

1957 fue un año importante por los malentendidos expresados por el cardenal Manuel Gonçalves Cerejeira a los que se ha hecho referencia anteriormente. Esta intención por sí sola no puede explicar las tres peregrinaciones a Ars, pero estaba presente en el corazón de san Josemaría y de quienes le acompañaban, especialmente del beato Álvaro del Portillo, que había ido *ex professo* a Lisboa en mayo de 1956 para aclarar la situación con el patriarca. Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, p. 362.

[← 105]

San Josemaría estuvo acompañado en este viaje por el beato Álvaro del Portillo, Giorgio de Filippi, y por el que luego fuera prelado del Opus Dei Mons. Javier Echevarría, entonces joven sacerdote que viajaba por primera vez a París: AGP, A.2, 83-1-2, D.

[← 106]

AGP, A.2, 83-1-2. No se encontró nada sobre Ars y el santo párroco alrededor del 21 de mayo en los diarios del centro del Boulevard Saint-Germain (París): AGP, M.2.2., 269-19 y del Colegio Romano de la Santa Cruz: AGP, M.2.2., 428-8.

[← 107]

AGP, A.5, 237-1-4; VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 263-272.

[← 108]

AGP, A.2, 83-1-1. No se encontró nada sobre Ars y el santo cura alrededor del 13 y 14 de septiembre en los diarios del Centro del Boulevard Saint-Germain (París): AGP, M.2.2., 269-20 (san Josemaría no pasó por París en este viaje) y del Colegio Romano de la Santa Cruz: AGP, M.2.2., 428-8.

[← 109]

San Josemaría estuvo acompañado en este viaje por el beato Álvaro del Portillo y por Giorgio de Filippi: AGP, A.2, 83-1-2, E.

[← 110]

No se encontró nada sobre Ars y el santo párroco alrededor del 24 de noviembre en los diarios del centro del Boulevard Saint-Germain (París): AGP, M.2.2, 269-21, y del Colegio Romano de la Santa Cruz: AGP, M.2.2, 428-9.

[← 111]

San Josemaría estuvo acompañado por el beato Álvaro del Portillo, don Javier Echevarría y Armando Serrano: AGP, A.2, 83-1-2, F.

[← 112]

AGP, A.2, 83-1-1. No se encontró nada sobre Ars y el santo cura alrededor del 1 y 2 de febrero en los diarios del centro del Boulevard Saint-Germain (París): AGP, M.2.2, 269-21 y del Colegio Romano de la Santa Cruz: AGP, M.2.2, 428-9.

[← 113]

AGP, A.2, 83-1-1. San Josemaría estuvo acompañado por el beato Álvaro del Portillo, D. Javier Echevarría y Armando Serrano. No hay ningún diario del centro del Boulevard Saint-Germain para este período en el AGP. No se encontró nada sobre Ars y el santo cura alrededor del 13 de mayo en el diario del Colegio Romano de la Santa Cruz: AGP, M.2.2, 428-12.

[← 114]

AGP, A.2, 83-1-1. No se encontró nada sobre Ars y el santo cura alrededor del 31 de octubre y el 1 de noviembre en los diarios del centro del Boulevard Saint-Germain (París): AGP, M.2.2., 269-27 y del Colegio Romano de la Santa Cruz: AGP, M.2.2., 428-16. Cfr. también Peter

BERGLAR, *Josemaría Escrivá. Leben und Werk des Gründers des Opus Dei*, Köln, Adamas, 2005⁴, p. 351.

[← 115]

AGP, A.2, 83-1-1.

[← 116]

Cfr. por ejemplo VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 582-588; pp. 591-596.

[← 117]

Por lo menos los del 23 de julio de 1961 y del 3 de octubre de 1972, último paso por Francia en Lourdes: AGP, A.2, 83-1-1.

[← 118]

San Josemaría decidió más tarde llamarlos agregados

[← 119]

AGP, E.1.3, nota 100.

[← 120]

AGP, M.2.2, 269-15 (22 de noviembre de 1955); AGP, A.2, 83-1-2, B.II. No se encontró nada sobre el tema alrededor de las mismas fechas en el diario del Colegio Romano de la Santa Cruz, AGP, M.2.2, 428-3.

[← 121]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 257-260.

[← 122]

AGP, E.1.3, nota 4144 (15 de marzo de 1956).

[← 123]

Cfr. los recuerdos de Mons. Javier Echevarría en *Crónica*, 1994, p. 330, AGP, Biblioteca, P01.

[← 124]

Cfr. por ejemplo Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría. Estudio de teología espiritual*, vol. II, Madrid, Rialp, 2011, pp. 400-405.

[← 125]

Cfr. AGP, A.3, 176-2-19, que es una lista, escrita a mano por san Josemaría, de 23 oratorios previstos en Villa Tevere, siendo el 22 el del cura de Ars. En el reverso de la lista hay indicaciones sobre las obras de Villa Tevere, de marzo de 1952.

[← 126]

«Quiere el Padre que sea de estilo relativamente moderno y que en el retablo, donde irá presidiendo la estatua, se conmemore en algún modo la historia de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz»: *Diario de obras*, 30 de mayo de 1957: AGP, M.2. Por la información que proviene del diario de las obras, llevado por el arquitecto Jesús Álvarez Gazapo, agradezco su ayuda a Alfredo Méndiz, del *Istituto Storico San Josemaría Escrivá*.

[← 127]

Diario de obras, 12 de marzo de 1958: AGP, M.2.2, D 1059, 9.

[← 128]

«El Padre ha estado mucho rato con nosotros en la oficina por la mañana. Ha visto cómo se ha plantado el oratorio del cura de Ars, que queda pequeñísimo. Dice el Padre que puede quedar una cosa simpática, donde será posible hacer mucha labor con los curas oblatos y supernumerarios»: *Ibid.*, 15 de marzo de 1958: AGP, M.2.2, D 1059, 9: «Ha estado mucho rato el Padre por la mañana en la oficina. Comentando sobre el oratorio del cura de Ars, ha dicho que no nos preocupemos, ya llegará la hora de hacer catedrales»: 17 de marzo de 1958: *Ibid.*, «El Padre estuvo gran rato en la oficina con nosotros por la mañana. Seguimos dándole vueltas al cura de Ars; el Padre dice que nos conformemos con lo que habíamos preparado, pero es que no nos acaba de gustar»: 18 de marzo de 1958: *Ibid.*

[← 129]

El diario del Colegio Romano de la Santa Cruz dice exactamente: «El cuerpo entero de san Félix [irá] bajo el altar del cura de Ars, que era muy devoto de las reliquias; encima irá una estatua de cuerpo entero del santo cura que hará un buen escultor»: AGP, M.2.2., 428-8 (6 de junio de 1957). Las reliquias de san Félix no están en Villa Tevere: el redactor del diario debe confundir con san Severino, cuyas reliquias, entregadas a san Josemaría por el cardenal Marcello Mimmi, arzobispo de Nápoles, llegaron a Villa Tevere en 1957 y fueron colocadas bajo el altar del oratorio de San José.

[← 130]

Cfr. por ejemplo MONNIN, *Le Curé d'Ars*, p. 573.

[← 131]

AGP A.5, 329-2-1; AGP A.5, 323-2-9; AGP A.5, 338-1-4; AGP A.5, 218-2-3. Deseo agradecer a Constantino Ánchel por haberme comunicado estos datos.

[← 132]

«El Padre dio a Jesús [Álvarez Gazapo] anoche varias cosas que traía del viaje, para nosotros. Fotografías de cosas aprovechables, un librito sobre Avignon y unas fotos y una escultura del cura de Ars. Estas últimas nos servirán para que un escultor —posiblemente Sciancalepore— haga una escultura del santo, a tamaño natural, que presidirá su oratorio»: *Diario de obras*, 30 de mayo de 1957: AGP, M.2.2, D 1059, 7.

[← 133]

«Hoy salieron Fernando Maycas y Pepe y han comprado una estatua del cura de Ars (estaba encargada ya hace tiempo) para el Padre. Es una talla en madera, digna pero sencilla»: Diario del centro de la rue du Docteur Blanche (París), 12 de abril de 1953: AGP, M.2.2., 272-40.

[← 134]

Como informa Fernando Maycas según el redactor del diario: «La imagen del cura de Ars que le enviamos le ha gustado muchísimo, la tiene siempre sobre su mesa de trabajo»: Diario del centro de la rue du Docteur Blanche (París), 10 de julio de 1953: AGP, M.2.2., 272-40. Mons. Maycas, que fue vicario judicial de la archidiócesis de París —designado por el cardenal Jean-Marie Lustiger— y con el que mantuve correspondencia sobre este asunto antes de su fallecimiento en 2014, con 92 años de edad, reconocía la imagen que le regalaron en 1953 en las fotos del oratorio-biblioteca de Villa Tevere, a pocos pasos de la habitación que ocupaba san Josemaría, lo que confirmaría una vez más su devoción al santo párroco. Me gustaría agradecer su colaboración a don Fernando Maycas, y a don Ángel Martínez, que tuvo la amabilidad de actuar como intermediario de nuestros correos electrónicos.

[← 135]

«El Padre y D. Álvaro estuvieron largo rato en la oficina. Por la mañana temprano, viendo el boceto del cura de Ars, que trajo Sciancalepore, y que ha gustado al Padre»: *Diario de obras*, 16 de junio de 1957: AGP, M.2.2, D 1059, 7.

[← 136]

Ibid. 8 de julio de 1957: AGP, M.2.2, D 1059, 7.

[← 137]

«El Padre con Jesús han ido en el coche de las obras, que conducía Javier Abad, a ver a Sciancalepore. El Padre ha visto el cura de Ars, que está ya muy adelantado y le gustó mucho: quiere que hagamos un molde del boceto pequeño en barro, para poder fundir figuritas en metal ligero»: *Ibid.* 31 de marzo de 1958: AGP, M.2.2, D 1059, 9; «Invención de la Santa Cruz. El Padre ha ido a Santa Croce in Gerusalemme a primera hora de la mañana a rezar junto a las reliquias, y al volver ha pasado por el taller de Sciancalepore, que se debe haber llevado una buena sorpresa. El Padre viene muy contento de cómo queda la estatua»: *Ibid.* 3 de mayo de 1958: AGP, M.2.2, D 1059, 10.

[← 138]

Ibid. 17 de mayo de 1958: AGP, M.2.2, D 1059, 10

[← 139]

Ibid. 13 de agosto de 1958: AGP, M.2.2, D 1059, 10.

[← 140]

Por ejemplo, *Ibid.* 2 de junio de 1957: AGP, M.2.2, D 1059, 7

[← 141]

«El Padre quiere que conservemos los modelos de los cuatro intercesores para poder hacer copias después»: *Ibid.* 4 de julio de 1959: AGP, M.2.2, D 1059, 11.

[← 142]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 306-309.

[← 143]

Cfr. Manuel GONZÁLEZ-SIMANCAS LACASA, *Un retablo de alabastro en pleno siglo XX*, en Manuel GÓMEZ LEIRA - Manuel GARRIDO GONZÁLEZ (eds.), *Torreciudad*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 165-192, especialmente en lo que respecta a la estatua del cura de Ars: pp. 170-172; 174; 182-184; 187-188; 191.

[← 144]

John Henry NEWMAN, La mission de saint Benoît, en Yves-Marie J. CONGAR o.p., *Sainte Église*, París, (Unam Sanctam, 41) Cerf, 1964, p. 559.

[← 145]

«En la santa Iglesia los católicos encontramos (...) el sentido de la fraternidad, la comunión con todos los hermanos que ya desaparecieron y que se purifican en el purgatorio —Iglesia purgante—, o con los que gozan ya —Iglesia triunfante— de la visión beatífica, amando eternamente al Dios tres veces santo. Es la Iglesia que permanece aquí y, al mismo tiempo, trasciende la historia»: Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar a la Iglesia*, Madrid, Rialp, 20024, pp. 42-43.

[← 146]

François-Marie LÉTHEL o.c.d., *La lumière du Christ dans le cœur de l'Église. Jean-Paul II et la théologie des saints*, París, Parole et Silence, 2011, p. 16.

[← 147]

El título original con el que se publicó el artículo es *A devoção de São Josemaría Escrivá a São Pio X e a sua nomeação como intercessor do Opus Dei*.

[← 148]

Cfr. Vittorio LANZANI, *Le Grotte Vaticane*, Roma, Elio de Rosa Ed., 2003, p. 49. Para más detalles sobre el estado de la Cripta de los Papas, cfr. ID., *Le Grotte Vaticane. Memorie storiche, devozioni, tombe dei papi*, Roma – Città del Vaticano, Elio de Rosa Ed. – Fabbrica di San Pietro, 2010, pp. 109ss.

[← 149]

Téngase en cuenta que el beato Pío IX fue sepultado en la basílica de San Lorenzo Extramuros y el papa León XIII, en la basílica de San Juan de Letrán.

[← 150]

Todos los datos que ofrecemos en esta primera parte del estudio se basan en la *Positio* preparada para la Causa de canonización de este papa. Agradecemos la colaboración prestada a la Congregación de las Causas de los Santos, en particular al cardenal Angelo Amato S.D.B., al secretario y al subsecretario, y a los que trabajan en el archivo de ese dicasterio vaticano. Queremos también agradecer al delegado de la Fábrica de San Pedro, Mons. Vittorio Lanzani, al director del archivo de la misma Fábrica, Dr. Pietro Zander y a todos los que allí trabajan, la colaboración prestada para que pudiéramos realizar este estudio. Por fin, agradecemos al cabildo de San Pedro, en la persona de Mons. D. de Rezza, las facilidades para investigar en el archivo capitular.

[← 151]

Cfr. S. Rituum Congregatio, E.mo ac R.mo Domino Carolo Card. Salotti Praefecto S.R.C., Relatore, *Romana Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Pii Papae X. Positio super introductione Causae*, Romae, Typis Poliglottis Vaticanis, 1942, pp. 163-172. El testimonio del cardenal Rafael Merry del Val está recogido en el *Summarium*, p. 982. La cruz tiene 12x12 cm y un espesor de 3 cm, aún hoy indica el primer lugar ocupado por el cuerpo de san Pío X en las Grutas Vaticanas.

[← 152]

Cfr. *Romana Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Pii X, Summarium super dubio. An sit signanda Commissio Introductionis Causae in casu et ad effectum de quo agitur. Litterae Postulatoriae*, Roma, 1939, pp. 302-304. La Causa se desarrolló en cuatro Procesos informativos: Roma, Venecia, Mantua y Treviso, que fueron presentados a la Sagrada Congregación de los Ritos el 8 de julio de 1931.

[← 153]

En las cartas y mensajes recogidos por la postulación se hace referencia a varias otras iniciativas pastorales de Pío X. Relativas al clero: la reforma del breviario, la formación de los sacerdotes, la reforma de la disciplina del clero y el fomento de la santidad sacerdotal, el Código de Derecho Canónico. En lo referente a la fe: el Catecismo de la doctrina cristiana, al que se añade ordinariamente la acción del papa en la difusión de la doctrina católica, su defensa de la fe contra el modernismo. En lo que respecta a la situación de la Iglesia en el mundo: su defensa de los derechos de la Iglesia en relación al Estado (Portugal, Francia y México) y, ante las amenazas del liberalismo de entonces, su búsqueda constante de la paz, su esfuerzo para que se difundiera el Reino de Cristo en las naciones y en las personas, su empeño en la Acción Católica, entre otros. Este tercer conjunto de temas no es tan señalado y hay varios testimonios y cartas que no se refieren a ninguno de los temas que se encuentran en este grupo. Además, el espacio dedicado a este tipo de cuestiones es siempre mucho más breve que el que se dedica a la Eucaristía.

[← 154]

Véanse las cartas del cardenal Eugenio Tosi, arzobispo de Milán (5 de noviembre de 1923), del cardenal Michael Loghe, arzobispo de Armagh (21 de octubre de 1924), del cardenal Louis-Joseph Luçon, arzobispo de Reims (15 de agosto de 1923) y del arzobispo Raymond M. Rouleau, o.p. (27 de octubre de 1927), en *Romana Beatificationis et Canonizationis Servi Dei*

Pii X, *Summarium super dubio. An sit signanda commissio introductionis Causae in casu et ad effectum de quo agitur. Litterae postulatoriae*, Roma, 1939, pp. 6-11, 14 y 144s.

[← 155]

Ese fue el caso del episcopado suizo (carta del 2 de agosto de 1924), cfr. *Ibid.*, pp. 36s; del episcopado de la nueva república de Checoslovaquia (carta de 25 de enero de 1924), cfr. *Ibid.*, p. 39; los obispos de Australia fundamentan su petición en tres razones: 1. la santidad personal de Pío X; 2. su amor a la Eucaristía, su recomendación de la comunión frecuente y el anticipo de la primera comunión a los niños; 3. su interés paterno por la formación y santificación del clero, cfr. *Ibid.*, pp. 49-54 (la carta es del 17 de marzo de 1925). El cardenal Francis Bourne, arzobispo de Westminster se refiere al modernismo, brevemente, y dedica más espacio a la Comunión frecuente y la de los niños. Cfr. *Ibid.*, p. 13.

[← 156]

Después de 1959, la diócesis pasó a llamarse Calahorra y La Calzada-Logroño.

[← 157]

Cfr. Romana Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Pii X, *Summarium super dubio. An sit signanda commissio introductionis Causae in casu et ad effectum de quo agitur. Litterae postulatoriae*, Roma, 1939, p. 11. En primer lugar firma Mons. Henrique Reig y Casanova, cardenal arzobispo de Toledo. El seminario de Mantua llamó también a Pío X «Pontífice de la Eucaristía» en la carta postulatoria que envió, cfr. *ibid.*, p. 86.

[← 158]

Cfr. *ibid.*, p. 35.

[← 159]

En 1959, esta diócesis gallega cambió de nombre, pasando a llamarse Tuy-Vigo.

[← 160]

Cfr. LANZANI, *Le Grotte Vaticane. Memorie*, pp. 92-94 e 100-101. «En las Grutas Vaticanas las obras continúan lentamente debido a las persistentes dificultades de suministro de materiales y transporte; aún no ha sido posible reabrir al público ni siquiera la parte en la que se ubicaron las tumbas de los últimos pontífices fallecidos [...]. Ante las incesantes peticiones de los fieles que deseaban postrarse ante la tumba de Pío X, el Promotor de la Fe ha obtenido el necesario permiso del Santo Padre para colocar provisionalmente el cuerpo del siervo de Dios en un nicho en la Ss. Basílica, en la pared derecha de la capilla de la Presentación de la Santísima Virgen. Este emplazamiento es especialmente apropiado, ya que está cerca del monumento de Pío X» (la traducción es nuestra): *L'Attività della Santa Sede. Dal 15 dicembre 1944 al 15 dicembre 1945*, Città del Vaticano, Tipografia Poliglotta Vaticana, p. 168, cfr. también *L'Osservatore Romano*, 11 de marzo de 1945, p. 2. Hacemos constar que el cuerpo de Pío X fue exhumado en mayo de 1944, para el reconocimiento canónico, y recolocado en una hornacina cercana al pilar de Longinos, en las Grutas Vaticanas, en julio de ese mismo año. Con lo cual, entre julio de 1944 y marzo de 1945 el cuerpo de Pío X no estuvo accesible a los fieles.

[← 161]

Cfr. *L'Osservatore Romano*, 20 de agosto de 1939, pp. 1 e 3; Romana Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Pii X, *Summarium super dubio. An sit signanda commissio introductionis Causae in casu et ad effectum de quo agitur. Litterae postulatoriae*, Roma, 1939, pp. 112f-112n.

[← 162]

Cfr. *L'Osservatore Romano*, 21 y 22 de agosto de 1939, p. 2. En la página 3 del periódico se explica la disposición de las tumbas de Pío X, Benedicto XV y del cardenal Merry del Val, en un ambiente de penumbra y algo estrecho por la altura, que en aquellos años era más bien baja. Sobre la cruz dorada engastada en el suelo cfr. *ibid.*, 20 de agosto de 1939, p. 3.

[← 163]

Sacra Rituum Congregatio, E.mo ac R.mo Domino Clemente Card. Micara Præfecto S. R. C., Relatore, *Romana Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Pii Papae X. Positio super virtutibus*, Typis Polyglottis Vaticanis 1949, p. 154. Para más informaciones sobre esta peregrinación, cfr. *ibid.*, p. 153; *L'Osservatore Romano*, 1 de septiembre de 1948, p. 2.

[← 164]

Cfr. *L'Osservatore Romano*, 2 de septiembre de 1948, p. 1.

[← 165]

Todos estos pasos fueron debidamente publicitados en el periódico de la Santa Sede, cfr. *L'Osservatore Romano*, 4 y 5 de septiembre de 1950, pp. 1ss; 12 y 13 de febrero de 1951, p. 1; 5 y 6 de marzo 1951, pp. 1ss; 3 de junio de 1951, pp. 1ss; 4 e 5 de junio de 1951, pp. 1-3.

[← 166]

Cfr. *L'Osservatore Romano*, 3 de junio de 1951, p. 3; 4 y 5 de junio de 1951, pp. 1ss. El discurso de Pío XII en la beatificación de Pío X refleja y confirma la honda investigación hecha durante el Proceso de beatificación. Como se sabe, Pío XII tenía la intención de beatificarlo en 1950, pero a causa de algunas dudas sobre la heroicidad de las virtudes, surgidas en la fase de estudio de la Causa, el papa encargó a la Congregación de Ritos la investigación detallada de algunas cuestiones relacionadas con el modo de tratar los temas afines al modernismo. Resultado de ese estudio, hecho por el Padre F. Antonelli, franciscano y Relator general, quedó recogido en el documento Sacrorum Rituum Congregatio Sectio Historica n. 77, *Romana Beatificationis et canonizationis Servi Dei Pii Papae X. Disquisitio circa quasdam obiectiones modum agendi Servi Dei respicientes in modernismi debellatione una cum Summario additionale ex officio compilato*, Typis Polyglottis Vaticanis, 1950, que convenció a Pío XII de la oportunidad de proceder a la beatificación.

[← 167]

Cfr. *L'Osservatore Romano*, 6 de junio de 1951, p. 1; 21 de agosto de 1951, p. 1; 17 de febrero de 1952, entre otros números de esos mismos días, que recogen material fotográfico y relatos de la afluencia de los fieles.

[← 168]

Cfr. *Compendium vitae virtutum et miraculorum necnon actorum in Causa canonizationis beati Pii Papae X, Confessoris*, Typis Polyglottis Vaticanis, 1954, p. 12.

[← 169]

Cfr. *L'Osservatore Romano*, 1 de junio de 1954, p. 1.

[← 170]

Para los detalles, cfr. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1997-2003, vol. I, pp. 38-39 y «Boletín Eclesiástico Oficial del Obispado de Barbastro», año LV, núm. 18, de 24 de noviembre de 1908, que recoge circulares del año anterior, publicitación de los concursos, resultados y premios, etc.

[← 171]

Una cita de la biografía más importante sobre san Josemaría ayuda a explicar las circunstancias del momento: «En España no solían hacer los niños la Primera Comunión hasta haber cumplido los doce o trece años, costumbre seguida también en otros muchos países. Fue en virtud de un decreto de san Pío X, en 1910, cuando se rebajó esa edad al momento en que se alcanzase el uso de razón, alrededor de los siete años. La fecha de la disposición coincidía con los preparativos para el Congreso Eucarístico Internacional que iba a celebrarse en Madrid en junio de 1911. Por ello se hizo en todas las parroquias de España una intensa labor catequética, con la idea de que se acercasen a recibir la Sagrada Eucaristía el mayor número posible de niños», VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. I, p. 50.

[← 172]

«Si los hombres oyeran su voz [de Cristo, n.d.r.] y le conocieran, recobraría el mundo su perdido equilibrio y volverían a su antiguo orden los que hoy son elementos de perturbación. Este es nuestro trabajo: renovar en Cristo todas las cosas, llevar a la realidad aquel lema santo de un pontífice santo: *Instaurare omnia in Christo*. Este es el objetivo de la Obra», Apuntes de una meditación de Josemaría Escrivá, 16 de mayo de 1937, *Crecer para adentro*, Archivo General de la Prelatura (AGP), Biblioteca, P12, p. 77.

[← 173]

Josemaría ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 1430, cit. en *Positio super virtutibus Servi Dei Iosephmariae Escrivá de Balaguer. Biographia Documentata*, p. 515. De acuerdo con el testimonio de Mons. Pedro Casciaro, que le acompañaba en esta travesía, san Josemaría celebró en el segundo altar lateral de la derecha de la nave, muy cerca de la entrada de la cripta, cfr. *ibid.*

[← 174]

Testimonio de Francisco Ponz Piedrafita, AGP, serie A.5, 238-3-5.

[← 175]

Diario del Colegio Romano de la Santa Cruz, 22 de julio de 1951, 13 de noviembre de 1951 y 15 de mayo de 1953, AGP, serie M.2.2-427, entre otros lugares.

[← 176]

Diario del Colegio Romano de la Santa Cruz, 25 de enero de 1952, AGP, serie M.2.2-427.

[← 177]

Diario del Colegio Romano de la Santa Cruz, 30 de octubre y 16 de noviembre de 1953, AGP, serie M.2.2-427.

[← 178]

En los diarios que hemos consultado no hay especificaciones sobre el lugar en el que está el cuerpo de Pío X, es decir, en el nicho (antes de la beatificación) o en el altar de la capilla de la Presentación (después del 17 de febrero de 1952), cfr. *L'Osservatore Romano*, 17 febrero 1952, p. 1 e 18-19 febrero 1952, p. 1.

[← 179]

«El Padre tiene verdadera ilusión de celebrar en San Pedro su primera Misa “apud S. Petrum”», *Diario de Villa Tevere*, 21 de noviembre de 1947, AGP, serie M.2.2-436-10; en los mismos términos, pero refiriéndose también a la celebración antes de la salida de Roma, *Diario de Villa Tevere*, 22 de mayo de 1948, AGP, serie M.2.2-436-13.

[← 180]

«Por la mañana el Padre y don Álvaro fueron a hacer la oración a la basílica de San Pedro, mientras Salvador e Ignacio la hacían en el oratorio. Don Álvaro celebró allí en el altar de Pío X y el Padre volvió y celebró en casa», *Diario de Piazza della Città Leonina*, 31 de agosto de 1946, AGP, serie M.2.2. Hacemos notar que en esa fecha el cuerpo de Pío X no estaba en el altar, sino en el nicho abierto en la pared derecha de la capilla de la Presentación. Esto significa que la persona que escribió el Diario parece usar ordinariamente como referencia de aquel altar la tumba del papa, entonces situada en un lugar cercano, pero no en el altar.

[← 181]

«Son casi innumerables los detalles relacionados con el amor de nuestro Padre por el romano pontífice, fuese quien fuese el vicario de Cristo en la tierra. Escojo algunos. Por ejemplo, las numerosas “escapadas” que, de pronto, hacía el Padre hasta la basílica de San Pedro para hacer la visita en la Capilla del Santísimo y, luego, la oración. Y para rezar ante la tumba de Pío X, antes de que fuese canonizado, encomendándole las relaciones filiales de la Obra con la Santa Sede», *Testimonio de Lourdes Toranzo*, AGP, serie A.5, 246-1-1.

[← 182]

El diario registra que san Josemaría regresaba a Viale Bruno Buozzi con don Álvaro del Portillo, después de haber ido a hacer un trámite, pero, «antes de regresar a casa pasan por la plaza de San Pedro, donde el Padre, según tiene por costumbre —que estos días intensifica— reza un Credo», *Diario del Colegio Romano de la Santa Cruz*, 12 de febrero de 1953, AGP, serie M.2.2, 427-16.

[← 183]

Diario del Colegio Romano de la Santa Cruz, 27 de febrero de 1953, AGP, serie M.2.2, 427-16.

[← 184]

Diario del Colegio Romano de la Santa Cruz, 17 de abril de 1953, AGP, serie M.2.2, 427-16.

[← 185]

Para una exposición de los detalles sobre estas dificultades y para conocer mejor el contexto general de estos años, se puede consultar VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 179-246.

[← 186]

Cfr. *Diario del Colegio Romano de la Santa Cruz*, 29 de mayo de 1954 AGP, serie M.22, 427; cfr. *L'Osservatore Romano*, 1 de junio 1954, p. 1; *Carta a don Fernando Maycas*, Roma, 31 de mayo 1954, AGP, serie M.1.1, 1537-B15; *Carta a Fernando Inciarte*, Roma, 31 de mayo 1954, AGP, serie M.1.1, 1537-B15.

[← 187]

«Roma estos días estaba invadida completamente por extranjeros con motivo de la canonización de Pío X. El día anterior a la canonización el Padre nos recordaba que es patrón nuestro, el de las relaciones de la Obra con la Santa Sede», *Carta de Antonio Linares González a don Fernando Maycas*, Roma, 31 de mayo 1954, AGP, serie M.1.1, 1537-B15; en aquella fecha, el fundador del Opus Dei no había precisado aún la diferencia entre patronos e intercesores.

[← 188]

«Sé que, al comienzo, cuando eran apenas un pequeño puñado en Roma, le gustaba al Padre llevarlos personalmente a la basílica de San Pedro y allí hacer ese recorrido que tantísimas veces hicimos; Visita al Santísimo, Credo en la Confesión ante la tumba del Apóstol Pedro, Salve a la Virgen María y Padrenuestro en la tumba de san Pío X», *Testimonio de Cipriano Rodríguez Santamaría*, AGP, serie A.5, 1465-1-10; *Testimonio de Rafael Horacio Téllez*, AGP, serie A.5, 348-3-4.

[← 189]

«Voy a referir un hecho que pude presenciar referente a su devoción a san Pío X. Un día de la primavera de 1962, al volver del mercado estábamos Elena Vázquez y yo oyendo la Santa Misa en San Pedro, en el altar de san Pío X, cuyo cuerpo está visible en una urna debajo del altar; entró el Padre con don Javier Echevarría. Estuvo rezando durante largo rato, embebido en la oración. Muchas veces nos había hablado de su devoción a san Pío X y nos había dicho que acudiéramos a su intercesión», *Testimonio de Purificación González*, AGP, serie A.5, 217-1-1.

[← 190]

«El 3 de septiembre [de 1960] regresamos a Londres y tuvimos una tertulia, con el Padre para celebrar la fiesta de san Pío X. El Padre nos pidió que rezáramos por una intención especial a través de aquel santo papa, intercesor nuestro», *Testimonio de José María de Torre Callejas*, AGP, serie A.5, 245-3-3.

[← 191]

Testimonio de Jaime Planell Fonrodona, AGP, serie A.5, 238-2-6.

[← 192]

Diario de Obras, 15 de marzo de 1957, AGP, serie M.2.2, 1059-7.

[← 193]

Diario de Obras, 12 de enero de 1957, AGP, serie M.2.2, 1059-7.

[← 194]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 306-307.

[← 195]

Diario de Obras, 22 de enero de 1957, AGP, serie M.2.2, 1059-7. Como ya dijimos, en aquella fecha aún no se llamaba a los *intercesores* con ese término; todos eran considerados *patronos*. Solo más tarde san Josemaría Escrivá explicó la diferencia entre patronos e intercesores.

[← 196]

El período de 1946 a 1965 es denso en trámites del fundador del Opus Dei con la Santa Sede, primero para lograr una aprobación pontificia y, más tarde, para lograr un marco jurídico que respondiera a la realidad del Opus Dei. Para un estudio más atento de los diversos pasos y gestiones, cfr. Amadeo de FUENMAYOR – José Luis ILLANES – Valentín GÓMEZ IGLESIAS, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, Pamplona, Eunsa, 1989, pp. 145-361.

[← 197]

Julián HERRANZ CASADO, *En las afueras de Jericó. Recuerdos de los años con san Josemaría y Juan Pablo II*, Madrid, Rialp, 20073, p. 192. Para conocer mejor las circunstancias y el desarrollo de la situación, cfr. *ibid.*, pp. 189-201 y 225-242.

[← 198]

«El día 3 de septiembre de 1969, fiesta de san Pío X, a las ocho de la mañana, nos llamó el Padre a Marlies y a mí para que fuéramos al comedor de la Villa Vecchia. Nos dijo que deseaba que ese día se celebrase mucho más la fiesta de san Pío X, que tuviésemos bendición con el Santísimo y que rezáramos muy especialmente invocando la ayuda de este santo intercesor. Después añadió que advirtiéramos a la Administración, para que en la comida hubiera algún pequeño extraordinario», *Testimonio de Mercedes Morado García*, AGP, serie A.5, 159-1-3.

[← 199]

«El Padre ha contado algunas cosas en las tertulias, que trataré de resumir: el común denominador ha sido sin embargo el mismo: oración por la intención especial; rezar mucho a san Pío X; estar todos unidos *cor unum et anima una*», *Diario del Consejo General del Opus Dei*, 1-15 de septiembre de 1969, AGP, serie M.1.2, 430-17. En los inicios de los años 70, el diario del Consejo General del Opus Dei registra la ida de varios miembros de la Obra a la tumba de san Pío X, el día 3 de septiembre, para pedirle por las intenciones de san Josemaría.

[← 200]

Se trata de dos sobrinos de un sobrino de Pío X, Mons. Giovanni Battista Parolin.

[← 201]

Apuntes de una conversación con Mons. Joaquín Alonso en Roma, 26 de julio de 2011.

[← 202]

Testimonio de Antonio Miralles García, AGP, serie A.5, 326-3-3. Este reclinatorio fue utilizado también por Juan Pablo I unos días antes de haber sido elegido papa. El cardenal Karol Wojtyła, antes de entrar en el cónclave en el que fue elegido, estuvo también en el oratorio en Viale Bruno Buozzi pero, cuando le sugirieron que se arrodillara en él, prefirió solo besar esta reliquia de san Pío X: *Testimonio de Amelia Díaz Guardamino Echevarría*, AGP, serie A.5, 2236-2-4: cfr. HERRANZ CASADO, *En las afueras de Jericó*, pp. 265 e 278.

[← 203]

Testimonio de Pablo Bofill de Quadras, AGP, serie A.5, 198-3-1.

[← 204]

Apuntes de una conversación con san Josemaría, 20 de noviembre de 1974, *Crónica*, diciembre 1974, p. 32, AGP, Biblioteca, P01.

[← 205]

Apuntes de una conversación con Mons. Joaquín Alonso en Roma, 26 de julio de 2011.

[← 206]

Cfr. *Testimonio de Peter Haverty*, AGP, serie A.5, 219-1-1; Werner H. Schmidt, AGP, serie A.5, 2199-3-10; Vicente Villanueva Ochoa, AGP, serie A.5, 334-2-5; Manuel Ordeig Corsini, AGP, serie A.5, 233-3-1; José Gabriel de la Rica Olave, AGP, serie A.5, 345-3-2; Ernst Burkhart, AGP, serie A.5, 199-3-7; Andrés Rueda Salaberry, AGP, serie A.5, 243-1-3; Javier González Murgoiobeña, AGP, serie A.5, 348-3-3; José Rodríguez Iturbe, AGP, serie A.5, 241-3-1, entre otros.

[← 207]

«He estado leyendo recientemente los documentos de este santo papa... Le quiero particularmente, y pienso que él, desde el cielo, está ayudando mucho al Opus Dei. Parece que está contento, porque ha puesto en mis manos, en este año pasado, un montón de reliquias

suyas». *Apuntes de una conversación de san Josemaría con sacerdotes en Enxomil (Portugal)*, 31 de octubre de 1972, «Dos meses de catequesis», 1972, vol. I, p. 258, AGP, Biblioteca, P04.

[← 208]

Testimonio de María Eugenia Amado, AGP, serie A.5, 329-3-6.

[← 209]

Noticias, 1972, p. 774, e 1973, p. 38, AGP, Biblioteca, P02; *Testimonio de Alejandro Cantero Fariña*, AGP, serie A.5, 202-2-9.

[← 210]

Testimonio de Manuel García Rodríguez, AGP, serie A.5, 214-3-7; Ismael Sánchez Bella, AGP, serie A.5, 244-1-2; Manuel Cabello, AGP, serie A.5, 320-2-2; Rolf Weingand, AGP, serie A.5, 345-1-18.

[← 211]

Testimonio de Peter Haverty, AGP, serie A.5, 219-1-1; Pedro Martínez, AGP, serie A.5, 331-3-2; José Rodríguez, AGP, serie A.5, 241-3-1.

[← 212]

Carta de 14 de febrero de 1974, nn. 25 e 26, AGP serie A.3, leg. 95, carp. 2, exp. 4.

[← 213]

Apuntes de una conversación con san Josemaría, 20 de noviembre de 1974, *Crónica*, diciembre 1974, p. 32, AGP, Biblioteca, P01.

[← 214]

AGP, *Positio super vita et virtutibus Servi Dei Iosephmariae Escrivá de Balaguer y Albás. Biographia documentata*, p. 1387; cfr. también el Testimonio de don Álvaro del Portillo en *Summarium*, pp. 1657 y 1993, entre otras declaraciones de los testigos oídos en los Procesos de Roma y de Madrid.

[← 215]

El título original con el que se publicó el artículo es *St. Thomas More as Intercessor of Opus Dei*.

[← 216]

The Times (Londres), 20 de agosto de 1959, p. 9. Thomas Ferrier Burns (1906-1995) aceptó escribir el artículo con la condición de reunirse con san Josemaría ese verano, el texto impreso da a entender que el encuentro ya había tenido lugar y que en él hablaron de santo Tomás Moro: Archivo General de la Prelatura, Roma [AGP], Sec. A, Leg. 0212, Carp. 03, Exp. 1: 11 pp., MS. testimonio, 'Londres 1959', firmado por Juan Antonio Galarraga, Cádiz, 30 de agosto de 1975, p. 4. Cfr. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones con Monseñor*

Escrivá de Balaguer, edición crítico-histórica preparada bajo la dirección de José Luis ILLANES, Roma-Madrid, Istituto Storico San Josemaría Escrivá - Rialp, 2012, pp. 16-17. Sobre lo que tenían en común los dos santos, cfr. Dominique LE TOURNEAU, *Josemaría Escrivá et Thomas More: l'héroïsme au quotidien*, 'Moreana' 38, 147-48, Dec. 2001, pp. 25-40.

[← 217]

Cfr. Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei. Vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1997-2003 [en adelante, VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*], vol. III, pp. 305-307.

[← 218]

En julio de 1954 se planificó la realización de un cuadro que representara a los cuatro intercesores en torno a una imagen central de Nuestra Señora (posteriormente cambiada por una de san José): *Diario de las obras de Villa Tevere*, julio de 1954, AGP, serie M.2.2, 1059-5. Hay sendos oratorios en Villa Tevere dedicados a san Nicolás y san Juan María Vianney, nombrados intercesores con anterioridad, pero no a san Pío X o a santo Tomás Moro, nombrados intercesores cuando ya las obras estaban avanzadas. Un altar (colocado en el lateral de la sala llamada el Aula, tras una reja) está dedicado conjuntamente a los cuatro intercesores nombrados hasta el momento de su construcción.

[← 219]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, p. 306; AGP, serie A.5, 192-3-1, testimonio de Jesús Álvarez Gazapo.

[← 220]

Cfr. *ibíd.*, p. 414, nota 70. Testimonio de Hugo de Azevedo, 6 de septiembre de 1975, AGP, serie A.5, 206-3-8.

[← 221]

Cfr. Michael CLIFTON, *Amigo – Friend of the Poor: Bishop of Southwark 1904-1949*, Leominster, Gracewing, 1987, pp. 57-65. Cfr. George SANTAYANA, *Persons and Places: Fragments of Autobiography*, W.G. HOLZBERGER - H.J. SAATKAMP Jr. (eds.), con introducción de R.C. LYON, Cambridge, MIT Press, 1986, p. 527: el mismo anglófilo observó que la familia española de su hermana justo después de la Primera Guerra Mundial se había contagiado de una anglofobia en sintonía con la *clerical and nationalist Spanish opinion*.

[← 222]

AGP, serie A.5, 252-1, 1 p. TS. testimonio de Andrés Vázquez de Prada, firmado, Madrid, 20 de agosto de 1975, que comienza, «Durante las estancias». San Josemaría dijo a los visitantes irlandeses que se «vengaran» devolviendo bien por mal al convertir a los británicos.

[← 223]

Por ejemplo, palabras citadas en *Obras*, agosto de 1964, pp. 11-12, AGP, Biblioteca, PO3.

[← 224]

AGP, serie A.2, 24-2-1: 12 pp. TS., con el título «Inglaterra: verano 1958», sin firmar, de 1975, p. 7. Comisión Regional del Opus Dei en Gran Bretaña, Londres [en adelante, Comisión Regional GB], MS. A6 nota del difunto profesor John Henry sobre los comentarios del fundador al respecto, Londres, 1962.

[← 225]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 158-163.

[← 226]

En la versión completa de este artículo (disponible tanto en formato impreso como digital en *Studia et Documenta*, vol. 8) recogemos amplia y minuciosamente los cauces por los que san Josemaría pudo tener acceso a la abundante bibliografía existente sobre santo Tomás Moro, antes y después de su nombramiento como intercesor en 1954. Por razones de espacio no incluimos aquí esa parte del estudio, para la que remitimos al lector al original en inglés.

[← 227]

Comisión Regional GB, hoja A6, MS. doble cara, de Giorgio De Filippi a Juan Antonio Galarraga, sin fecha (¿separada de la carta fechada?). La última correspondencia de De Filippi fue el 18 de enero de 1958. La asignación de las reliquias de los intercesores al oratorio de la Santísima Trinidad puede ser posterior.

[← 228]

Comisión Regional GB, hoja A5, TS. copia, sin fecha, informa en español del resultado de la visita del 14 de febrero de 1958, presumiblemente para su envío al fundador.

[← 229]

Cfr. Hugo O. ALBIN, *Opening of the Roper Vault in St. Dunstan's Canterbury and Thoughts on the Burial of William and Margaret Roper*, 'Moreana' 63 (Dec. 1979), pp. 29-35. Para la bóveda y el ataúd de plomo con el cráneo: <http://www.youtube.com/watch?v=3h0sQRqVWtk> (consultado el 7 de julio de 2012). San Josemaría no accedió más allá de la lápida.

[← 230]

Juan Antonio Galarraga (San Sebastián 1920, Sevilla 2005), doctor en Farmacia, tras dirigir las residencias universitarias de Jener (Madrid) y Albayzín (Granada), en 1946 se trasladó a ampliar estudios en el *London School of Hygiene and Tropical Medicine* e inició la actividad apostólica del Opus Dei en Gran Bretaña. Recibió la ordenación sacerdotal en 1953 y durante el periodo al que se refieren estos datos era consiliario del Opus Dei en esa región. Regresó a España en 1972.

[← 231]

Comisión Regional GB, TS. carta de Mons. Gordon Wheeler a don Juan Antonio Galarraga, 18 de junio de 1958. Mons. Wheeler informa de que la reliquia había llegado antes de que Zulueta ocupase su cargo en 1941. Cfr. *Catholic Herald* (Londres), 13 de febrero de 1981, p.

3, «Relic of Chelsea's Own Saint is Stolen», en el que se sugiere que la reliquia fue adquirida «hace unos 20 años». Cfr. *Ibid.*, 6 de marzo de 1970, p. 3, «St. Thomas More relics sought by Germans in Mexico»: la reliquia de Chelsea, «demasiado pequeña para ser dividida», se dice que procede de Brujas. El relato de don Alfonso de Zulueta puede ser compatible con el del *Herald* si «hace 20 años» se refiere a la presentación posterior de la reliquia restaurada. No hay documentación parroquial existente sobre su adquisición.

[← 232]

Información suministrada por Mons. Richard Stork.

[← 233]

Cfr. AGP, serie A.5, 214-1-1, 17 pp. MS. testimonio, firmado por Juan Antonio Galarraga, Cádiz, 30 de agosto de 1975, «1958», pp. 8-9; AGP, serie A.2, 24-2-1, 12 pp. TS. testimonio, encabezado «Inglaterra: verano 1958», sin firmar, fechado en 1975, p. 12; AGP, serie A.2, 238-2-6, testimonio de don Jaime Planell Fonrodona, Pamplona, 30 de agosto de 1975; Ana SASTRE, *Tiempo de Caminar: Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989, p. 375. En noviembre o diciembre de 1959 el fundador mostró el relicario vacío a algunos miembros del Opus Dei: AGP, serie A.5, 244-2-1, testimonio de Gumersindo Sánchez Fernández, Bilbao, 16 de septiembre de 1975.

[← 234]

Cfr. *Lives of the English Martyrs Declared Blessed by Pope Leo XIII. in 1886 and 1895: Written by Fathers of the Oratory, of the Secular Clergy, and of the Society of Jesus*, vol. I, *Martyrs under Henry VIII*, Bede CAMM (ed.), reeditado, Londres, Longmans, Green and Co, 1914, p. 172; información proporcionada por correo electrónico el 3 de julio de 2012 por la hermana Mary Aline, archivera del convento de Brujas; y por correo electrónico del 10 de julio de 2012 de Anna Edwards, archivera auxiliar de los archivos de la provincia británica de la Compañía de Jesús.

[← 235]

Cfr. 'The Hairshirt of St. Thomas More, Newton Abbot, South Devon, St. Augustine's Priory': folleto duplicado de TS. 4 pp., en Comisión Regional GB; mencionado en la voz «More» de la *Catholic Encyclopedia* (1912): en línea en: <http://www.newadvent.org/cathen/14689c.htm> (consultado el 5 de julio de 2012).

[← 236]

Comisión Regional GB, TS. y MS. once cartas entre Juan Antonio Galarraga y la madre Mary Dorothy, priora de las canonesas regulares, Priorato de San Agustín, Newton Abbot, Devon, 28 de agosto a 21 de diciembre de 1959. Cfr. AGP, serie A.5, 214-1-1, 17 pp. MS. testimonio, firmado por Juan Antonio Galarraga, Cádiz, 30 de agosto de 1975, «1958», pp. 8-9, para un relato posterior; AGP, serie A.5, 238-2-6, testimonio de Jaime Planell Fonrodona, Pamplona, 30 de agosto de 1975; AGP, serie A.2, 24-2-2 'nuestro Padre en Inglaterra [verano 1959]', 5 pp. TS. en español, sin firmar, pp. 3-4. El Priorato se cerró en 1983, la reliquia pasó al obispo de Plymouth que la confió a otra comunidad femenina, las monjas brigittinas de Syon Abbey, Marley Road, South Brent, Devon, que se cerró recientemente. El obispo —información suministrada por correo electrónico el 5 de julio de 2012, por la hermana Benignus O'Brien,

archivera diocesana— ha confiado ahora la reliquia a los monjes benedictinos de la Abadía de Buckfast, Devon.

[← 237]

Comisión Regional GB, TS. Intenciones mensuales generales para enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio de 1957; noviembre y diciembre de 1958; mayo, junio, julio, agosto, septiembre y octubre de 1962; noviembre y diciembre de 1963.

[← 238]

Para el contexto histórico, cfr. Jaume AURELL, *La formación de un gran relato sobre el Opus Dei*, SetD 6 (2012), pp. 235-294, *passim*.

[← 239]

El tono moderadamente positivo de la semblanza de san Josemaría que publicó *The Times* en 1959 —citada más arriba— fue motivo de un breve embargo de la venta de ese número en España. Cfr. *The Times* (Londres), 24 de agosto de 1959, p. 7, y 27 de agosto de 1959, p. 7. El incidente provocó que un miembro del Opus Dei y crítico del régimen, publicara en París un análisis detallado de lo sucedido: Rafael CALVO SERER, *Notes sur un article du "Times", 'La Table Ronde'*, 142, oct. 1959, pp. 144-153.

[← 240]

Cfr., por ejemplo, *The Times* (Londres), 30 de septiembre de 1957, p. 9, carta aclaratoria de don Juan Antonio Galarraga al editor.

[← 241]

Cfr. AGP, serie A.2, 24-2-2 «nuestro Padre en Inglaterra [verano 1959]», ítem 2, 5 pp. TS. en español, sin firmar, p. 3: el autor del testimonio había oído decir a don Juan Antonio Galarraga que la visita de san Josemaría en 1959 a su viejo amigo, el obispo Pedro Cantero Cuadrado — que entonces se alojaba en la residencia del obispo de Salford, en Wardley Hall— estaba relacionada con la futura universidad y con una intención que el fundador había confiado a santo Tomás Moro; la misma fuente indicaba que el fundador acababa de visitar la bóveda de los Roper con esa intención. Cfr. Comisión Regional GB, A6 MS. nota de Gonzalo González, 19 de diciembre de 2008, en la que señala que Galarraga estaba seguro de que el fundador había rezado por el Estudio General en su primera visita a la bóveda en 1958; Manuel GARRIDO GONZÁLEZ, *Correspondencia de san Josemaría Escrivá con aragoneses*, en Martín IBARRA BENLLOCH (ed.), *Semblanzas Aragonesas de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, Torreciudad (Huesca), Patronato de Torreciudad, 2004, pp. 161-198, en p. 165, para una carta del fundador a Mons. Cantero, 9 de agosto de 1959, sobre el nuevo Instituto de Derecho Canónico. Para la correspondencia con otro eclesiástico sobre la futura Universidad, cfr. Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ, *Dos amigos que se escriben: Josemaría Escrivá y José María Bueno Monreal. 1939-1975*, SetD 6 (2012), pp. 297-394, en pp. 317-319, 342-346, 350-357, 359. Existe una fotografía de san Josemaría rezando en San Dunstán en la que aparece acompañado, entre otros, por Florentino Pérez Embid, que estuvo muy involucrado en esas negociaciones y vino en 1960 a consultar al fundador. El entonces prelado del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría —que acompañó a san Josemaría durante sus estancias en Londres entre 1958 y 1962—, en las respuestas orales a las preguntas formuladas por el autor de este artículo en Londres, el 12 de abril de 2008, confirmó que el fundador estaba siguiendo con

mucho interés las gestiones para que se aprobase lo que sería con el tiempo la Universidad de Navarra y que rezó por ello ante los sagrados restos de santo Tomás Moro en la bóveda de los Roper. Añadió que la Santa Sede tenía mucho interés en que se erigiera como Universidad Católica para romper el dominio del Estado sobre la educación superior, pero que el fundador no deseaba una institución confesional. Solo aceptó esa fórmula porque la Santa Sede lo deseaba. Para los primeros años de la Universidad, cfr. Francisco PONZ, *Principios fundacionales de la Universidad de Navarra*, en Onésimo DÍAZ - Federico M. REQUENA (eds.), *Josemaría Escrivá de Balaguer y los inicios de la Universidad de Navarra (1952-1960)*, Pamplona, Eunsa, 2002, pp. 41-108, *passim*, esp. pp. 56-57; Federico SUÁREZ, *Los orígenes de la Facultad de Filosofía y Letras: la Escuela de Historia*, en *Ibid*, pp. 185 y 202, *passim*. Cfr. («From a Correspondent»), «The University of Navarre: Its Aims and Achievements», *The Tablet* (Londres) 22 de junio de 1963, p. 678, para un resumen bien informado de sus primeros once años, los detalles del reconocimiento del Estado y los aspectos en los que se diferencia de una universidad eclesiástica en sentido estricto.

[← 242]

Para un esbozo, cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 340-350.

[← 243]

Que Canterbury fuera la sede episcopal de san Agustín, enviado por el papa san Gregorio Magno a evangelizar Inglaterra, era motivo más que suficiente para la visita.

[← 244]

Cfr. AGP, serie A.5, 214-1-1, 17 pp. MS. testimonio, «1958», firmado por Juan Antonio Galarraga, Cádiz, 30 de agosto de 1975, pp. 7-8: duda si el fundador fue dos o tres veces a Canterbury en 1958, e incluso sobre si la ocasión en que se quedó a solas con el beato del Portillo tuvo lugar entonces o en 1959. Otro recuerda que Galarraga le dijo mucho antes que el 26 de agosto no visitaron San Dunstán: Comisión Regional GB, A6 MS. nota de Gonzalo González, 19 de diciembre de 2008.

[← 245]

Cfr. AGP, serie A.5, 252-1, pp. 21-22; AGP, serie A.2, 24-2-1: 12 pp. TS. Testimonio, titulado «Inglaterra: verano 1958», sin firmar, de 1975, pp. 2, 3, 5, 6, 8, 9, 10, 12. Hay una fotografía tomada en San Dunstán, el 3 de septiembre de 1958, con el arquitecto Jesús Álvarez Gazapo.

[← 246]

Cfr. CHAMBERS, *Thomas More*, pp. 64-66, 215.

[← 247]

Cfr. AGP, serie M.2.2, 283-14, Diary, Grandpont-2, Oxford (Inglaterra), 12 feb. 1960 - 5 mar. 1961, en el martes 1 mar. 1960. El mismo diario, en el 26 de junio de 1960, indica que Vázquez de Prada vivía entonces allí y estaba trabajando en su biografía. Nada sugiere que el cuadro se trasladara por indicación del fundador. Cfr. también AGP, serie M.1.1, c1586-A1, carta de Joaquín Alonso a Juan Antonio Galarraga, Roma, 20 de octubre de 1960, instando a la gente del Opus Dei de Gran Bretaña, de parte del fundador, a rezar tanto a santo Tomás Moro

como al (aún no beatificado) cardenal John Henry Newman por el éxito del proyecto de Oxford.

[← 248]

Cfr. Comisión Regional GB, TS. Intención mensual general, septiembre, octubre y noviembre de 1960: «Pidamos a Dios Nuestro Señor que bendiga el desarrollo de la labor que hacemos en Oxford [...] y haga posible que muchas personas de los diferentes países de Asia, Africa, Escandinavia, etc., vengan a formarse a nuestra residencia; de modo que contribuyan después a que esos países vivan y se desarrollen según los principios y el espíritu de Cristo, y sean también una ayuda eficaz en la labor apostólica de la Iglesia».

[← 249]

Cfr. AGP, serie A.2, 24-2-1, 12 pp. TS. testimonio, titulado «Inglaterra: verano 1958», sin firmar, de 1975, p. 5; AGP, serie A.5, 214-1-1, 17 pp. MS. testimonio, firmado por Juan Antonio Galarraga, Cádiz, 30 de agosto de 1975, «1958», pp. 14-15; VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, p. 343.

[← 250]

Cfr. Peter ACKROYD, *The Life of Thomas More*, Londres, Chatto & Windus, 1998, p. 350. La hijastra de Moro se casó con sir Giles Alington de Willesden, por lo que probablemente lo visitaba a menudo. Cfr. también VÁZQUEZ DE PRADA, *Sir Tomás Moro*, p. 229.

[← 251]

Don Nicholas Schofield, entonces sacerdote asistente en la parroquia —y después archivero de la Archidiócesis de Westminster— y, por supuesto, el párroco, don Stephen Willis, participaron activamente en el proyecto. Tras la beatificación de don Álvaro del Portillo en 2014 se añadió su imagen al conjunto.

[← 252]

Andrés Vázquez de Prada (Valladolid 1924, Madrid 2005), historiador, jurista, profesor, diplomático y escritor, trabajó durante 30 años en la Embajada española en Londres y es autor de la más extensa biografía publicada del fundador (tres volúmenes y un total de 2.200 páginas, que se citan varias veces en el presente trabajo), al que conoció en 1942 y trató personalmente en numerosas ocasiones, especialmente durante las estancias del fundador en Inglaterra (1958-1962).

[← 253]

AGP, serie A.5, 252-1, 3 pp. TS., firmado por Andrés Vázquez de Prada, Madrid, 4 de septiembre de 1975, que comienza «En el verano de 1959»; también, referencia resumida en «Prólogo a la primera edición», VÁZQUEZ DE PRADA, *Sir Tomás Moro*, p. 12: «una voz paternal y amiga me animó a rematar el trabajo»

[← 254]

AGP, serie A.5, 252-1, pp. 4, 21-27.

[← 255]

Cfr. *Ibid.*, p. 27, 1 p. TS Testimonio firmado por Andrés Vázquez de Prada, Madrid, 13 de agosto de 1975.

[← 256]

Cfr. Comisión Regional GB, A6 MS. nota de Gonzalo González, 19 de diciembre de 2008, en la que se recuerda a san Josemaría diciendo a Vázquez de Prada en Londres que había leído su libro y declarando, «me lo pasé en grande»; AGP, serie A5, 247-2-4, testimonio de Richard Stork, 31 de agosto de 1975; AGP, serie A.5, 197-1-5, testimonio de Rafael María de Balbín Behrmann, con referencia a una reunión en Pamplona, 12 de septiembre de 1962.

[← 257]

Cfr. AGP, serie A.5, 198-3-1, testimonio de Pablo Bofill, Elorrio, 18 de agosto de 1975, con referencia a unas palabras escuchadas en Roma el 20 de enero de 1973.

[← 258]

En 1961 fue a Canterbury al menos el 10 de agosto y en 1962 el 27 de agosto: información suministrada por Mons. Richard Stork a partir de resúmenes hechos en ese momento por las mujeres del Opus Dei que estaban en Londres.

[← 259]

Cfr. AGP, serie A.5, 252-1, p. 24, 1 p. TS. testimonio, firmado por Andrés Vázquez de Prada, Madrid, 14 de agosto de 1975. Puede que no entrara en la Torre —para hacerlo se ha de abonar una entrada, y su espíritu de pobreza le llevaba habitualmente a evitar esos gastos— pero con seguridad la vio desde fuera.

[← 260]

Cfr. AGP, serie A.5, 1465-1-10, testimonio firmado de Cipriano Rodríguez Santa María, Manizales, agosto de 1975: los estudiantes del Colegio Romano de la Santa Cruz hablaron de las visitas del fundador a la bóveda de los Roper, con motivo de su estancia en Londres durante el verano de 1959.

[← 261]

Por ejemplo, Peter BERGLAR, *Die Stunde des Thomas Morus: Einer gegen die Macht*, Friburgo, Walter, 1978; Gerard WEGEMER, *Thomas More: A Portrait of Courage*, Princeton, Scepter, 1995.

[← 262]

Cfr. AGP, serie A.5, 252-1, 1 p. TS. testimonio, firmado por Andrés Vázquez de Prada, Madrid, 13 de septiembre de 1975; VÁZQUEZ DE PRADA, *Sir Tomás Moro*, p. 361, nota 6; Comisión Regional GB, A6 MS. nota, de fecha 19 de diciembre de 2008, por Gonzalo González. Pole defendió el uso que hace Moro de la ley para guardar silencio durante el juicio como algo apropiado para un abogado laico, y señaló su manifiesto recurso a la ley divina al declarar públicamente lo que pensaba en conciencia después de la condena: cfr. Thomas F.

MAYER (ed.), *The Correspondence of Reginald Pole* (4 vols. hasta la fecha), Aldershot, Ashgate, 2002-2008, ii, pp. 120 y 121, Pole a Francisco de Navarra, obispo de Badajoz [probablemente a principios de 1553]. Un folleto (conservado en la Comisión Regional GB) utilizado por el fundador en su visita a Londres en algún momento de 1958-1962, afirmaba explícitamente que Moro fue condenado «por silencio»: *The Tower of London: Notes for Catholics*, Londres, Catholic Truth Society, 1955, p. 4. De hecho, se puede argumentar que sus esfuerzos por influir en el rey continuaron incluso después de su dimisión del cargo

[← 263]

En particular, John A. GUY, *The Public Career of Thomas More*, Brighton, Harvester Press, 1980, *passim*, esp. pp. 97-203. Sobre el «silencio» en el derecho inglés y el derecho civil, cfr. J. Duncan M. DERRETT, «More's Silence and his Trial», *Moreana* 22 (87-88, nov. 1985), pp. 25-27. Cfr. Oliver MOORE, «Sir Thomas More's Final Years: Silence, Silencing, and Constitutional Change», *Law and Humanities* 2 (1), (2008), pp. 75-98; Hernán CORRAL TARCANI, «*Qui tacet consentire videtur*. La importancia de una antigua regla canónica en el juicio contra Tomás Moro», *Ius Canonicum* 51, no. 101 (2011), pp. 137-160; Henry Ansgar KELLY - Louis W. KARLIN - Gerard B. WEGEMER (eds.), *Thomas More's Trial by Jury*, Woodbridge, Boydell Press, 2011, *passim*.

[← 264]

Cfr. AGP, serie A.5, 252-1, 2 pp. TS. testimonio, firmado por Andrés Vázquez de Prada, Madrid, 3 de septiembre de 1975.

[← 265]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador*, vol. III, pp. 518-536, *passim*; AURELL, *La formación*, esp. pp. 271-274, 285-86; ILLANES, *Conversaciones*, ed. crít., pp. 19-25.

[← 266]

Crónica, mayo de 1964, p. 62, AGP, Biblioteca, PO1; *Crónica*, marzo de 1989, pp. 304-305, AGP, Biblioteca, PO1; ambas citan palabras del fundador. Santo Tomás Moro había sido nombrado por el fundador patrono de las intenciones mensuales generales incluso a finales de 1963: Comisión Regional GB, TS. Intenciones mensuales generales, noviembre y diciembre de 1963, la primera relativa a la comunicación del Magisterio de la Iglesia y la segunda a la aclaración de la libertad política de los miembros del Opus Dei.

[← 267]

Crónica, mayo de 1964, p. 61, AGP, Biblioteca, PO1; *Crónica*, marzo de 1989, p. 305, AGP, Biblioteca, PO1.

[← 268]

Tomás Moro veneraba a santa Catalina y conocía bien sus escritos. Cfr. CW vol. 7, Frank MANLEY - Germain MARC'HADOUR - Richard MARIUS - Clarence H. MILLER (eds.), p. 209, líneas 19-25; p. 375, nota 209/25.

[← 269]

AGP, serie A.5, 327-1-1, TS. testimonio de Ramón García de Haro, con referencia a una reunión del 25 de marzo de 1966. Sobre este último punto, cfr. AGP, serie A.5, 224-1-6, testimonio de Fernando Varela de Limia, Madrid, 22 agosto 1975, con referencia a palabras pronunciadas por el fundador en Roma en torno a la fiesta de santo Tomás Moro, 1967; Comisión Regional GB, A6 MS., nota de Gonzalo González, 19 diciembre 2008, recordando palabras de san Josemaría durante una estancia veraniega en Londres.

[← 270]

Josemaría Escrivá de Balaguer Sacerdote Fundador del Opus Dei: Artículos del Postulador, Roma, 1979, sección 784, p. 262, con referencia a las palabras pronunciadas en Roma el 22 de junio de 1972, a partir de los testimonios de Eugenio Giménez Martínez de Carvajal y del Dr. Umberto Farri: «Esta mañana lo veía con claridad en la Misa de santo Tomás Moro: hasta el final de su vida fue ejemplarmente fiel al rey, pero sin ceder ni un milímetro en lo que no podía ceder. Desde antes de que Dios quisiera la Obra en el tiempo, he visto con claridad los dos campos: deberes y derechos de ciudadano; deberes y derechos de cristiano».

[← 271]

AGP, serie A.5, 198-3-1, testimonio, firmado por Pablo Bofill, Elorrio, 18 de agosto de 1975, con referencia a una reunión en Roma, 20 de enero de 1973.

[← 272]

Cfr. AGP, serie A.5, 202-2-9, testimonio, firmado por Alejandro Cantero Fariña, Madrid, 19 de febrero de 1979, con referencia a una reunión en Castelldefels, Barcelona, septiembre de 1974; AGP, serie A.5, 198-3-1, testimonio, firmado por Pablo Bofill, Elorrio, 19 de agosto de 1975, con referencia a una reunión en Castelldefels, Barcelona, 23 de septiembre de 1973: tal vez se refiera a la misma reunión, aunque la sitúe un año antes.

[← 273]

Cfr. AGP, serie A.5, 326-3-3, testimonio de Antonio Miralles García, Roma, 30 de agosto de 1975, con referencia a una reunión de miembros del Opus Dei con el fundador en Tor d'Aveia, Italia, 5 de julio de 1967.

[← 274]

Recuerdo personal del autor de este artículo —basado en notas tomadas en ese momento— de una conversación del 30 de septiembre de 1973 que tuvo lugar mientras el fundador le mostraba el relicario. Cfr. AGP, serie A.5, 249-1-4, testimonio de Robin Weatherill, Roma, 26 de agosto de 1975, sobre cómo el fundador le mostró la reliquia el 27 de enero de 1974.

[← 275]

Comisión Regional GB, ref. en una nota A6, MS., doble cara, del difunto Prof. John Henry, a palabras del fundador, probablemente del 22 de agosto de 1962, sobre una falsa concepción de la libertad muy difundida en Inglaterra entre personas que temen involucrarse en la vida de los demás por un malentendido respeto a la *privacy*.

[← 276]

El título original con el que se publicó el artículo es *Santa Caterina da Siena, san Josemaría Escrivá e l'“apostolato dell'opinione pubblica”*.

[← 277]

La fuente por excelencia para la vida es la *Legenda maior* del confesor de la santa, el beato Raimundo de Capua OP (1330-1399) y la *Legenda minor* del postulador de la causa de canonización de Catalina, el beato Tommaso Caffarini (1350-1443); de ambas existen varias ediciones en italiano y castellano que citaremos a lo largo de este trabajo. La bibliografía sobre la vida de santa Catalina es abundantísima: aquí basta indicar los dos volúmenes de Johannes JØRGENSEN, *Santa Catalina de Siena*, Voluntad: Madrid 1924; y la biografía de Adriana CARLOTTI ODDASSO, *Caterina Benincasa*, in Filippo CARAFFA et al. (dir), *Bibliotheca Sanctorum*, Roma, Istituto Giovanni XXIII della Pontificia Università Lateranense – [poi] Città Nuova, 1961-2000, vol. III, coll.1033-1035.

[← 278]

Umberto MEATTINI (a cura di), *Caterina da Siena, Le Lettere*, Milano, Paoline, 1993. Ediciones en castellano de las cartas de la primera mitad de siglo pasado: *Cartas de la Seráfica Virgen Santa Catalina de Siena, de la orden de predicadores*, Vergara, El Santísimo Rosario, 1910; Ernesto J. ETCHEVERRY (trad.), *Santa Catalina de Siena, Cartas espirituales (selección)*, Buenos Aires, Emecé, 1947.

[← 279]

Durante los años 1305-1377 los papas no residieron en Roma sino en Francia —a partir de 1309 en Aviñón—. Esta situación anormal de permanencia del sucesor de Pedro durante tanto tiempo fuera de su sede natural se explica por los disturbios en los Estados Pontificios y, en particular, en Roma, que hicieron difícil, si no imposible, que el gobierno de la Iglesia funcionara sin problemas. Las décadas pasadas en Francia llevaron a la Iglesia a un vínculo demasiado fuerte con la corona francesa; esta tendencia también se vio reforzada por la creación predominante de cardenales franceses, que a su vez eligieron papas franceses. La dependencia de Francia, un largo conflicto con el emperador Luis de Baviera y con algunos de los franciscanos debido a la disputa sobre la pobreza, la creación del sistema fiscal de la curia para compensar de alguna manera la falta de ingresos de los Estados Papales, etc., hizo que la estancia del papado en Aviñón fuera juzgada negativamente entre los contemporáneos y las generaciones posteriores. Cuanto más duraba esta situación, más crecía el coro de voces críticas: Petrarca, el emperador Carlos IV, Brígida de Suecia, Catalina de Siena y otros rogaban a los papas que volvieran a la Ciudad Eterna. Las apelaciones fueron finalmente escuchadas, y después del legado papal del cardenal español Gil de Albornoz en los años 1353-1357, que logró pacificar al menos una buena parte de los Estados Pontificios, Urbano VI regresó en 1370 en un primer intento, luego fallido, a Roma, mientras que Gregorio XI finalmente pudo establecer su residencia en Roma. Sin embargo, el regreso a Roma fue rechazado por los cardenales franceses, quienes pocos meses después eligieron a uno de ellos como papa, iniciando así el Cisma de Occidente, que duraría hasta 1417 (cfr. Vicente Ángel PALENZULA, *El cisma de Occidente*, Madrid, Rialp 1982, pp. 25-92).

[← 280]

Il Dialogo della Divina Provvidenza, Siena, Cantagalli, 1998. Ediciones en castellano: Ángel MORTA (Introd., trad. y notas), *Obras de santa Catalina de Siena. El Diálogo*, Madrid, La

Editorial Católica, 1955 (= BAC 143); *El Diálogo*, Madrid, Rialp, 1956 (= Colección Nebli 5).

[← 281]

San Josemaría ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 1862, Roma, 14-VI-1948 cit. en Andrés VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, Vol. I: ¡Señor, que vea!*, Rialp: Madrid 1997, p. 338. Las anotaciones de sus *Apuntes íntimos* en las *catalinas* escritas en cuadernos comenzaron en 1928. Sin embargo, ni el primero de los cuadernos, ni tampoco otras notas sueltas se han conservado, porque el fundador de la Obra los quemó. Las *catalinas* más antiguas se encuentran en el segundo cuaderno de Apuntes, que comienza en marzo de 1930 (cfr. *Ibid.* pp. 337-347; San Josemaría ESCRIVÁ, *Camino*. Edición crítico-histórica preparada por Pedro RODRÍGUEZ, Madrid, Instituto Histórico Josemaría Escrivá – Rialp, 2004, p. 23.

[← 282]

Cfr. VÁZQUEZ DE PRADA I, p. 338.

[← 283]

Carta del 9-I-1932, n° 73 (AGP, ser. A.3., leg. 91, carp. 3, exp.1; VÁZQUEZ DE PRADA I, p. 338).

[← 284]

Carta del 29-IX-1957, n° 49 (AGP, ser. 3., leg. 94, carp. 1, exp. 3).

[← 285]

Carta del 15-VIII-1964, n° 3 (AGP ser. A.3, leg. 93, carp. 3, exp. 3).

[← 286]

San Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar a la Iglesia*, Madrid, Palabra, 1986, p. 28.

[← 287]

San Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amar a la Iglesia*, Madrid, Palabra, 1986, p. 68. El texto citado se encuentra en: SANTA CATALINA DE SIENA, *El Diálogo*, cap. 116. Para este texto san Josemaría no usa la edición de Ángel MORTA, Madrid 1955 (= BAC 143). Tampoco ha usado la edición de Rialp, Madrid, 1956. Probablemente la cita es de la edición *Catalina de Siena, Libro de la Divina Doctrina vulgarmente llamado «El Diálogo»*, Ávila, Senén Martín, 1925. 607 pp.

[← 288]

J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*. edición crítico-histórica preparada por P. RODRÍGUEZ, Madrid 2002, punto 67, pp. 279-80. Como explica Rodríguez: Este modo de expresión —los sacerdotes *mis Cristos* (que procede del salmo 105)— lo hizo célebre santa Catalina: «Son mis ungidos y los llamo mis Cristos porque los he puesto para que me administraran a vosotros» (*Diálogo* 113) y «Estos son mis ungidos; por esto dije en la Escritura: no toquéis a mis Cristos» (*Diálogo*, 115).

[← 289]

Rodríguez señala los puntos de *Camino*: 85, sobre la relación entre la oración vocal y mental (cfr. ed. crít. pp. 294-95); 126, sobre la gula como vanguardia de la impureza (cfr. ed. crít. pp. 327-27); 183, sobre la guarda de la vista y del corazón (cfr. ed. crít. pp. 373-74); y 258, sobre las *visitas* que hace el Señor al alma (cfr. ed. crít. pp. 431-32).

[← 290]

Homilía *Cristo presente en los cristianos*, pronunciada el 26-III-1967, Domingo de Resurrección, en Josemaría ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n 105.

[← 291]

Ibid., n 183.

[← 292]

ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos* n. 217, 218 (cit. en VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador... Vol. I*, p. 381; cfr. RODRÍGUEZ, ed. crít. p. 473). En una entrevista comentaba el fundador del Opus Dei: «Desde hace muchísimos años, desde la misma fecha fundacional del Opus Dei, he meditado y he hecho meditar unas palabras de Cristo que nos relata san Juan: *Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum (Jn 12, 32)*. Cristo, muriendo en la Cruz, atrae a sí la Creación entera, y, en su nombre, los cristianos, trabajando en medio del mundo, han de reconciliar todas las cosas con Dios, colocando a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas» (*Conversaciones* 59). Cfr. P. RODRÍGUEZ, «La exaltación de Cristo en la Cruz. Juan 12,32 en la experiencia espiritual del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer», en Gonzalo ARANDA PÉREZ – Claudio BASEVI – Juan CHAPA PRADO (eds.), *Biblia, exégesis y cultura: estudios en honor del prof. D. José María Casciaro*, Pamplona, Eunsa, 1994, pp. 573-601.

[← 293]

Cfr. *El Diálogo*, cap. 26.

[← 294]

«En la opinión pública», *Recuerdos de nuestro Padre*, p. 398, AGP, Biblioteca, P21.

[← 295]

Jesús GIL SÁENZ, *La biblioteca de trabajo de san Josemaría Escrivá de Balaguer en Roma*, EDUSC, Roma, 2015.

[← 296]

SANTA CATALINA DE SIENA, *Diálogos*, Madrid, Andrés García de la Iglesia, 1668; Ángel MORTA (Introd., trad. y notas), *Obras de Santa Catalina de Siena, El Diálogo*, La Editorial Católica, 1955; SANTA CATALINA DE SIENA, *El Diálogo*, Madrid, Rialp, 1956.

[← 297]

Il Dialogo di S. Caterina da Siena dettato in volgare dalla medesima essendo rapita in eccesso ed astrazione di mente. Trattato della Divina Provvidenza, Roma, Tipografia in Piazza di Monte Citorio, 1866 (= *Le opere di Santa Caterina da Siena III*).

[← 298]

Johannes JØRGENSEN, *Santa Catalina de Siena*, Buenos Aires, Editorial Difusión, 1943? (el original: *Den hellige Katerina af Siena*, København, Gyldendal, 1915). Jørgensen (1866-1956) es un escritor danés, que se convirtió a la Iglesia católica en 1894 y, como resultado de una peregrinación a Asís, decidió dedicar su talento de escritor en buena parte a la realización de biografías de santos como Francisco de Asís, Brígida de Suecia, Catalina de Siena y otros. Los libros han tenido buena acogida y difusión en diversas lenguas.

[← 299]

Así se entiende, que, cuando se trató de fijar el programa iconográfico del sagrario del oratorio de Pentecostés en Villa Tevere entre 1954 y 1956, se colocaron solo *cuatro* intercesores. Son pequeñas estatuas de plata en cuatro hornacinas alrededor del sagrario en forma de templete circular (cfr. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador... Vol. III*, pp. 306-307; *Crónica*, marzo 1997, 26-32, AGP, Biblioteca, P01). También el altar de los santos intercesores, colocado detrás una reja en el *aula* de Villa Tevere, fue concebido sin santa Catalina (cfr. la descripción en *Crónica*, mayo 1960, pp. 63-67 y febrero 1962, p. 48-49, AGP, Biblioteca, P01). Lo mismo puede decirse con respecto a un oratorio de Villa delle Rose en Castelgandolfo, donde se pusieron pequeñas tecas con reliquias de los santos Nicolás de Bari, Tomás Moro, Pío X y Juan María Vianney.

[← 300]

Carta a Florencio Sánchez Bella, 10-V-1964 (AGP, ser. A.3.4., leg. 280, carp. 4; cit. en VÁZQUEZ DE PRADA III, p. 532).

[← 301]

La santa había sido declarada patrona de Italia por Pío XII. Juan XXIII dispuso que en Italia se celebrase la fiesta de santa Catalina —igual que la de san Francisco de Asís— como fiesta de grado de I clase (cfr. *Communicatio* de la S. Congregación de los Ritos del 5 de agosto de 1961, AAS 53 [1961], p. 630).

[← 302]

Apuntes tomados en una tertulia, 30 de abril de 1964, *Crónica*, mayo 1964, pp. 61-62, AGP, Biblioteca, P01.

[← 303]

Audiencia general del 29 de abril de 1964 (recuérdese que la fiesta de santa Catalina se celebraba entonces el 30 de abril), *L'Osservatore Romano* del 30 abril 1964. La traducción es nuestra.

[← 304]

Testimonio de José Luis Illanes, AGP, ser. A.5, 220-1-8.

[← 305]

JUAN XXIII, Carta *Hoc anno* al Maestro General de los Dominicos, Michael Browne, 20-VII-1961, AAS 53 (1961), pp. 555-557.

[← 306]

CARTOTTI ODDASSO, *Caterina Benincasa*, p. 1033. El culto de la santa de Siena recibió todavía un último incremento: el 15 de octubre de 1967, Pablo VI anunció su intención de conferir a santa Catalina junto a santa Teresa de Ávila el título de *doctora de la Iglesia*. Desde el momento del primer anuncio hasta la efectiva proclamación pasaron todavía tres años, hasta que el romano pontífice declaró solemnemente a las dos doctoras de la Iglesia en la Basílica Vaticana, el 8 de octubre de 1970 (cfr. G. CAVALLINI, *Caterina da Siena*, BSS, Appendice 1, col. 284-290).

[← 307]

Cfr. «En la opinión pública», *Recuerdos de nuestro Padre*, pp. 391-401, AGP, Biblioteca, P21.

[← 308]

Cfr. *Ibid.*, 393.

[← 309]

Ibid., 398.

[← 310]

Carta de Josemaría Escrivá al papa Pablo VI, 14 de junio de 1964, n. 1 (AGP, ser. A.3.4., leg. 281, carp. 1; cfr. VÁZQUEZ DE PRADA III, pp. 534-536).

[← 311]

Hay una pequeña nota manuscrita de san Josemaría en el revés de la auténtica conservada en Villa Tevere que dice: «Está en la arqueta del *oratorio del Padre*. Me la ha enviado, a través de Álvaro, el P. Aniceto, general de los dominicos. Roma, 23-10-64». El maestro general de los dominicos fue de 1962 a 1974 Aniceto Fernández Alonso (†1981). Tarcisio M. Piccari era entonces postulador general de las causas de canonización de la Orden Dominicana.

[← 312]

La auténtica está fechada el 9 octubre de 1964 y se conserva también en Villa Tevere. En el revés de la auténtica se encuentra también en este caso una breve nota manuscrita de san Josemaría: «Esta reliquia está dentro de la arqueta, que ya guarda otra de la misma santa, sobre la mesa del altar del *oratorio del Padre*. Roma, 13 oct. 1964. Mariano». Otra nota manuscrita conservada con las auténticas, escrita en italiano con letra diferente, dice: «Lamentablemente no hay partes del cuerpo de la santa aparte de la cabeza que se venera en un relicario en la iglesia de santo Domingo en Siena y del resto del cuerpo, que está bajo el altar mayor de Santa Maria sopra Minerva en Roma —Aparte de esos sagrados restos, la única reliquia auténtica valiosa es este fragmento del velo de la santa, conservado por el arzobispo de Siena». La traducción es nuestra.

[← 313]

Cfr. Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989, p. 488.

[← 314]

Apuntes de un encuentro de familia, 23 de octubre de 1972, AGP, ser. A.4.

[← 315]

Cfr. Werner PLEISTER, *Katherina (Caterina) von Siena*, en Engelbert KIRSCHBAUM (Begr.) – Wolfgang BRAUNFELS (Hrsg.), *Lexikon der christlichen Ikonographie*, Freiburg im Breisgau, Herder, 1968-1976, vol. VII, coll. 300-306.

[← 316]

Cfr. Manuel GONZÁLEZ-SIMANCAS LACASA, *Un retablo de alabastro en pleno siglo XX*, en Manuel GÓMEZ LEIRA – Manuel GARRIDO GONZÁLEZ (eds.), *Torreciudad*, Madrid, Rialp, 2003, pp. 165-190. El escultor del retablo, Juan Mayné Torras, publicó un extenso artículo sobre su obra: *Retablo*, en *Ibid.*, pp. 191-214. En la p. 209 se ofrece una reproducción de la imagen de santa Catalina: la estatua está colocada sobre un capitel adornado con patos, en el lado derecho del retablo (*Crónica*, 1990, pp. 380-389, AGP, Biblioteca, P01).

[← 317]

Pedro Anastasio BOCANEGRA (Granada 12-V-1638 – Granada, 1689); Cfr. Alfonso E. PÉREZ SÁNCHEZ, *Pintura Barroca en España, 1600-1750*, Madrid, Cátedra, 1992.

[← 318]

Carlos BARRERA DEL BARRIO, *San Josemaría de Balaguer y el Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra*, SetD 2 (2008), pp. 245-246.

[← 319]

Testimonio de Alfonso Nieto Tamargo, Islabe, 15 de agosto de 1975, AGP, ser. A.5, 230-02-12: «En el despacho del decano de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra, hay un cuadro que tiene como tema las bodas místicas de santa Catalina de Siena. Ese cuadro fue regalado por el Padre. Recuerdo que, en el año 1968, durante una estancia del Padre en Pamplona, me llamaron para que fuera al colegio mayor Aralar. En la sala de dirección del Colegio Mayor, durante un rato de conversación con el Padre, le conté algunas anécdotas y detalles de la labor que se hacía en el entonces instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra. Con el Padre estaba don Álvaro [del Portillo], don Javier [Echevarría] y don Florencio [Sánchez Bella]. Después de contarle al Padre un detalle de la labor apostólica que se hacía, dijo que nos iba a enviar, como regalo especial, un cuadro de santa Catalina de Siena. Y me indicó concretamente: cuando te pregunten por qué el Padre os ha regalado ese cuadro, di que fue para recordar a los periodistas la obligación de escribir y defender la verdad; así lo hizo santa Catalina de Siena, que no tenía “pelos en la lengua” y, con caridad, siempre dijo a todos la verdad..., hasta al mismo papa».

[← 320]

«Nos sorprendió con un regalo: el cuadro de santa Catalina [...] para que —aclaró— siguiéramos su ejemplo y enseñáramos a hacerlo a los alumnos, diciendo siempre que fuera necesario verdades como puños, con firmeza y a las claras, pero con caridad y comprensión»: Francisco Gómez Antón, *Desmemorias*, Pamplona, Eunsa, 2002, pp. 78-79; cfr. BARRERA, *Josemaría Escrivá*, p. 246).

[← 321]

Sobre los comienzos de este centro internacional de formación cfr. María Isabel MONTERO CASADO DE AMEZÚA, *L'avvio del Collegio Romano di Santa Maria*, SetD 7 (2013), pp. 259-319.

[← 322]

Apuntes de un encuentro de familia, 21-IV-1973, *Noticias*, 1973, p. 434, AGP, Biblioteca, P02. (*Noticias* 1973, p. 434).

[← 323]

Cfr. RAIMONDO DA CAPUA, *Santa Caterina da Siena, Legenda maior*, Siena, Cantagalli: Siena, 1998 (rist. della 5ª edizione riveduta 1969), cap. 49, p. 62. Raimundo añade que la santa le daba el consejo de proceder del mismo modo cuando él mismo tuviera unos encargos muy exigentes: «Recuerdo [...] que, cuando me encontraba oprimido por las ocupaciones, o cuando tenía que emprender un viaje, me amonestaba repitiéndome: “Hazte una celda en tu mente, de la que no puedas salir nunca”»: *Ibid.*, pp. 62-63. La traducción es nuestra.

[← 324]

Carta del 31-V-1954, n. 7 § 2, citada por Manuel BELDA, «Contemplativos en medio del mundo», *Romana. Bolletino della Santa Croce e Opus Dei* 14 (1998), p. 327. Cfr. también José Luis ILLANES, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2001, p. 125, que aduce entre otras citas también este texto: «Almas contemplativas en medio del mundo: eso son los hijos míos en el Opus Dei, eso habéis de ser siempre para asegurar vuestra perseverancia, vuestra fidelidad a la vocación recibida. Y en cada instante de nuestra jornada, podremos exclamar sinceramente: “*loquere, Domine, quia audit servus tuus*” (1 S 3,9); habla, Señor, que tu siervo escucha. Dondequiera que estemos, en medio del rumor de la calle y de los afanes humanos —en la fábrica, en la universidad, en el campo, en la oficina o en el hogar—, nos encontraremos en sencilla contemplación filial, en un constante diálogo con Dios» (Carta del 11 de marzo de 1940, n. 15).

[← 325]

Apuntes de un encuentro de familia, 24-V-1975, AGP, ser. A.4.

[← 326]

ESCRIVÁ, Carta del 11 de marzo de 1940, n. 15.

[← 327]

[← 328]

Según los relatos el episodio hay que situarlo en julio 1370: «Una vez, mientras oraba con más fervor al Señor, le dijo con el profeta: “Crea en mí, Dios mío, un corazón puro, y renueva en mi interior un espíritu firme” (salmo 50:12), y le pidió insistentemente que le quitara el corazón y la voluntad. Él la consoló con esta visión: le pareció que el eterno Esposo había venido como siempre a visitarla, le había abierto el pecho por el lado izquierdo y le había quitado el corazón. Y todo esto se coincidió tan justamente con lo que Catalina sentía en su interior, que cuando fue a confesarse le dijo a su confesor que su corazón ya no estaba en su pecho. El confesor, sin embargo, se encogió de hombros ante esta forma de expresarse, y bromeando, en cierto modo le reprochó que se expresase de esa forma. Pero ella confirmó lo que había dicho: “En verdad, oh Padre, por mucho que pueda saber y sentir, me parece que no tengo corazón, porque el Señor se me apareció, me abrió el pecho por el lado izquierdo, tomó mi corazón y se fue”. El confesor le recordó que es imposible vivir sin el corazón, pero Catalina respondió que nada es imposible para el Señor, y que estaba convencida de que ya no tenía el corazón. Así que por un tiempo insistió en repetir que vivía sin el corazón. —Un día estaba en la capilla de la iglesia de los frailes Predicadores de Siena, donde se reunían las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo. Las otras se habían marchado, pero ella se había quedado allí para rezar y tuvo un éxtasis. Finalmente se recuperó y se levantó para ir a casa. Una luz del cielo la envolvió de repente, y en la luz se le apareció el Señor, que tenía en sus manos santas un corazón humano, rojo y brillante. Aunque al aparecer el Autor de la luz, ella había caído toda temblorosa al suelo, el Señor se acercó a ella, le abrió de nuevo el pecho por el lado izquierdo, e introduciendo el mismo corazón que tenía en sus manos, le dijo: “Queridísima niña, como el otro día tomé tu corazón, ahora te doy el mío, con el que siempre vivirás”. Dicho esto, cerró la abertura que había hecho en su costado, y como signo del milagro, quedó una cicatriz en esa parte del cuerpo, como sus compañeras, que pudieron verla, me dijeron a mí y a otros. Cuando quise saber la verdad acerca de lo sucedido, ella misma se vio obligada a confesármela, y añadió que desde ese momento ya no podía decir: “Señor, te encomiendo mi corazón”»: *Legenda maior*, cap. 6, nn. 179-180, pp. 198-199; cfr. JØRGENSEN, *Santa Catalina de Siena*, pp. 142-144. La traducción es nuestra.

[← 329]

La santa, dirigiéndose a su confesor en aquel momento, fray Tommaso della Fonte, decía: «Mi mente está llena de tanta alegría y gozo que me maravilla el hecho de que mi alma permanezca en mi cuerpo». Y añadió: «Este ardor genera en mi mente una verdadera renovación de la pureza y la humildad, tanto que parece que vuelvo a la edad de cuatro o cinco años. De ahí que sea tal mi amor al prójimo, que por él estaría dispuesta a afrontar la muerte con alegría y gran gozo de corazón» (*Ibid.*, p. 182). La *legenda minor* recoge el mismo suceso en la parte II, cap. VI, pp. 90-91. La traducción es nuestra.

[← 330]

Legenda maior, 110, cfr. JØRGENSEN 58-60.

[← 331]

Apuntes de un encuentro de familia, 26-VI-1974, AGP, ser. A.4.

[← 332]

Apuntes de un encuentro de familia, 28-IV-1974, AGP, ser. A.4.

[← 333]

Tertulia, 11-II-1962, AGP, ser. A.4.